

Desde dentro y desde fuera

Los efectos internos del estigma territorial en La Mariola

Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y África

Universidad de Barcelona

Máster en Antropología y Etnografía - Curso 2012-2014

Tutor: Mikel Aramburu Otazu

Alumno: Juan Manuel Solís Solís

Estaba yo más cerca de los pisos de la M30 de Madrid, o de los bloques checoslovacos de Pan Tau (una serie para niños que habían pasado en la tele), o de las canastas de baloncesto y de las vallas metálicas de Harlem que se veían en el cine, estaba más cerca yo de todo aquel callejeo tan distante que del paseo de Gràcia o de cualquier otra calle del centro de Barcelona.

(Javier Pérez Andújar, Paseos con mi madre)

... Y tantas veces la han contado que ha quedado grabada en las mentes de todos. Y, como en todos los cuentos que van de boca en boca y calan en los corazones de las gentes, sólo existen los extremos: lo bueno o lo malo, lo blanco o lo negro, cosas virtuosas y malignas, y no hay posiciones intermedias. Si se toma esta historia como una parábola, es probable que cada uno le dé una interpretación particular y pueda aplicársela a su propio caso. Sea como fuere, dicen en la ciudad que...

(John Steinbeck, La perla)

ÍNDICE

BLOQUE I

1. INTRODUCCIÓN.....	4
2. TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN: DEL CAMPO AL TEXTO.....	9
3. MARCO TEÓRICO	12
3.1. DE LA MARGINALIDAD AL ESTIGMA	12
3.2. ¿QUÉ ES Y CÓMO ACTÚA EL ESTIGMA TERRITORIAL?.....	22
3.3. CAPITAL SOCIAL Y MARGINALIDAD URBANA.....	31

BLOQUE II

1. SOBRE LA MARIOLA: HISTORIA Y ETNOGRAFÍA	38
1.1. LA HISTORIA URBANÍSTICA: DE LA PROMOCIÓN PÚBLICA DE VIVIENDAS AL <i>PLA DE BARRIS</i>	38
1.2 BREVE DESCRIPCIÓN DE LA MARIOLA	48
1.3. UNA APROXIMACIÓN ETNOGRÁFICA AL BARRIO	52
1.4. UNA ETNO(GEO)GRAFÍA DEL CAPITAL.....	65
2. DENTRO Y FUERA: SOBRE EL ESTIGMA DEL LUGAR.....	73
2.1. LA FORMACIÓN DEL ESTIGMA EN LA MARIOLA	73
2.2. CONSECUENCIAS EXTERNAS: CAPITAL SIMBÓLICO Y DISCRIMINACIÓN	82
2.3. CONSECUENCIAS INTERNAS: FRAGMENTACIÓN Y EROSIÓN DEL CAPITAL SOCIAL	87
2.4. NI DENTRO NI FUERA: LA ASOCIACIÓN DE VECINOS DEL TURÓ DEL GARDENY Y EL RESIDENCIAL ALOSA.....	101
2.5. LA ESCUELA Y EL INSTITUTO: ALUMNOS DE SEGUNDA	104

3. SOBRE LA VIOLENCIA: EL PAPEL DEL ESTIGMA	111
3.1. VIOLENCIA INSTITUCIONAL Y LA SUMISIÓN Y ACEPTACIÓN DE LA SITUACIÓN: LA DESAPARICIÓN DE LAS FIESTAS.....	113
3.2. UNA MUY SUCINTA DESCRIPCIÓN SOBRE LA VIOLENCIA Y LA DELINCUENCIA EN LA MARIOLA	116
3.3. VIOLENCIA SIMBÓLICA Y VIOLENCIA TEATRALIZADA DEL RESPETO	121
CONCLUSIONES.....	127
BIBLIOGRAFÍA	137

BLOQUE I

1. INTRODUCCIÓN

Vivo en la ciudad de Lleida desde 2008, cuando abandoné Barcelona en busca de más tranquilidad para realizar mis nuevos estudios en geografía. Desconocido en y desconocedor de la ciudad me alojé en un piso nuevo situado justo al lado del barrio de La Mariola, aún más desconocido para mí. Las continuas reacciones de desconcierto ante el conocimiento de mi domicilio, tan próximo al impopular barrio, siempre se me han tornado en dudas, ya que nunca he percibido ningún tipo de problema, inseguridad o temor en los años que llevo viviendo próximo al barrio -por el que transito casi cada día-. Sin embargo, este tipo de reacción es común en muchos habitantes de Lleida, a pesar de que el barrio no suele ser un lugar visitado ni concurrido.

A menudo, no somos conscientes de que interactuamos con el territorio continuamente, incluso cuando no estamos en el lugar, pues al hablar de él, por ejemplo, provocamos reacciones y creamos imágenes mentales que suscitan a su vez la limitación o el desarrollo de actividades o relaciones. En definitiva, la interacción con el territorio dialoga y modifica nuestra forma de pensar, sentir y actuar.

La ciudad, en un sentido holístico, produce una imagen -o muchas, en verdad- que configura una parte de nuestras sensaciones y actitudes -algo de lo que hace tiempo se ocupó Lynch (1960)- y que se manifiesta en mapas mentales; que nos dicen por dónde hay que pasar, por dónde no, quienes están en un lugar y qué hacen, y cuáles son los lugares más apropiados para realizar una actividad. Es decir, nos vinculan en mayor o menor medida con el entorno. Todo ello, la suma de los mapas mentales de cada individuo, termina generando un imaginario colectivo, que da lugar, como en nuestro caso de estudio, a lugares indeseados para la mayoría de los ciudadanos: lugares estigmatizados.

El estigma de lugar es uno de los factores más destacables en la dinámica que tiene la marginalidad y la pobreza en las sociedades contemporáneas, y que, posiblemente, se esté extendiendo a causa del nuevo desarrollo urbano, como la proliferación de barrios cerrados,

y de la sociedad informal globalizada¹. No hay que olvidar tampoco la relación entre la morfología urbana y los individuos y como afecta a su percepción, así como la facilidad o dificultad para realizar actividades. Los procesos de globalización económica y cultural están influyendo fuertemente tanto en la relación capital-trabajo y, por tanto, en la morfología espacial de la ciudad, así como en la percepción, la forma y las contradicciones sociales que tienen reflejo en la morfología social y en las actitudes y comportamientos que hay dentro de la misma.

Los barrios metropolitanos han cambiado. En Estados Unidos, el gueto negro se ha transformado de un lugar comunitario² a uno de absoluta marginación; en Europa los viejos barrios obreros acogen a numerosos inmigrantes y sufren graves problemas de desempleo juvenil; en América Latina aumentan el número de Villas miseria, favelas o ranchos; y en África proliferan los *slums*. La mayoría tienen en común una mala reputación que les impide desarrollarse con las mismas oportunidades que otros lugares urbanos. Este proceso no parece tener un fin inmediato, sino que, más bien, se está agrandando a causa de la desaparición -o la nunca aparición- del Estado social en las zonas pobres de las ciudades. Los programas de austeridad de Estados de buena parte del mundo³ -con la importante excepción de algunos países sudamericanos- impiden la mejora de la vivienda, incluyendo el acceso a ella, y, por tanto, se acrecienta la acumulación de lugares pobres donde residir. Por tanto, hablamos de problemas socio-económicos como el desempleo masivo, la falta de accesos a bienes colectivos y finalmente, de la marginalidad y la estigmatización.

Es por todo esto, que no trato el tema de la marginalidad como un fin aislado sino que presento la marginalidad como forma de control social y que tiene al estigma como punto fundamental en esta relación. Como veremos, el estigma no es únicamente una característica que afecta exclusivamente a la relación entre ciudadano y territorio sino que también se mueve en el trato de la administración y las instituciones al territorio. Es más,

¹Sobre la sociedad informacional y su impacto territorial, véase, por ejemplo, Castells, M.(1995):*La ciudad informacional*. Madrid: Alianza Ed. Sobre la relación capital-trabajo, véase Beck, U. (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós

² Loïc Wacquant habla del paso del “gueto comunitario” al “hipergueto”; William J. Wilson diferencia el gueto anterior a 1960 -“inner-city communities prior to 1960 exhibited the features of social organization”- a lo que denomina el actual “gueto *underclass*”(Wilson, 1987: 3)

³ Léase para más información sobre las consecuencias de los programas de recorte social a Davis, M. (2007). *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Foca, en especial, el capítulo titulado: “‘Ajustando y erosionando estructuralmente’ el Tercer Mundo”.

tanto la administración como las instituciones hacen del estigma un instrumento útil para sus objetivos políticos tornando a estos lugares zonas de control, de presión social o de confinamiento sobre todo a partir de las políticas de vivienda, pero también a través de la carencia en instalaciones de servicios públicos que generen ciudadanía -es decir, acción colectiva y participación ciudadana, para plantear demandas y propuestas.

En este estudio, se parte de la premisa que la actual pobreza o exclusión son resultado de: primero, la nueva estructuración del capital y su nuevo modo de desarrollo⁴, que crea una sociedad polarizada; segundo, la discriminación activa basada en intereses estamentales⁵ y prejuicios, como el caso de etnias, razas o estilos de vida. Por el contrario, se aleja de las proposiciones que basan la generación de pobreza por una *infraclase*, la cual decidiría auto-excluirse al ser víctima de grandes dificultades sociales y sobreviviría a partir del Estado de Bienestar y actividades informales. En mi caso, esbozo unos fundamentos en los que se muestra la importancia de las dos primeras formas, sobre todo, la que presenta la marginación como producto de intereses y prejuicios; intereses en muchos casos relacionados con factores de producción y organización social y que dan como resultado formas de control.

La Mariola es un pequeño barrio perteneciente a una ciudad intermedia⁶, ajena a alguna *ciudad global* y que no está enclavada dentro de un gran eje económico o comercial transnacional. Aunque ya nada parece escapar de la globalización, sí que los efectos que produce en cada lugar pueden ser diferentes -algo que algunos han dado por denominar lo glocal-. Saber qué sucede en estas ciudades y pequeños barrios es un objetivo indirecto de

⁴Manuel Castells diferencia modo de producción de modo de desarrollo. Este último hace referencia a “las fórmulas tecnológicas mediante las cuales el trabajo actúa sobre la materia para crear un determinado producto determinado en último término el nivel de excedente”. En la actualidad, estaría basado en el modelo de organización socio-técnica a partir de las tecnologías de la comunicación. (Castells, 1989: 33)

⁵ Aquí se usa el término estamento tal como lo definió Weber en la que la situación estamental se llama a “una pretensión, típicamente efectiva, de privilegios positivos o negativos en la consideración social”. Weber, M. (2004): “Economía y Sociedad”. México, Fondo de Cultura Económica. pp. 245-246. Así los intereses estamentales tienen que ver con el modo de vida, pero sobre todo, ligado a la profesión y a los poderes de mando (políticos). También, en una visión más bourdiana, tiene que ver con la posición en un campo definido por el campo de fuerza que determina: “una posición y en particular a través de condicionamientos sociales asociados a unas condiciones materiales de existencia particulares y a un estamento particular en la estructura social” (1995: 381)

⁶ Ciudad intermedia no hace referencia tanto a la demografía y a la extensión física sino a la capacidad de tejer una red urbana y la dinamización de la misma. Para más información véase Bellet y Llop, 1999, 2000, 2003 y 2004)

esta investigación; determinar si los efectos del estigma y, en consecuencia, de la marginación y las reacciones que conlleva son iguales o si únicamente tienen algunos puntos en común con las grandes metrópolis. Por tanto, se puede formular una pregunta de partida: ¿qué consecuencias tiene la existencia de un estigma territorial en el desarrollo y reproducción sociales, en las identidades y en el uso del espacio en La Mariola? Tres principales cuestiones se ponen en juego: intereses estamentales, percepción y prejuicios, y medio urbano. La interacción de estos tres factores se presenta como central en el estudio.

El trabajo se estructura en dos partes diferenciadas. La primera está formada por los contenidos metodológicos y el marco teórico. En la metodología se hace un sucinto repaso sobre las técnicas de investigación usadas para el desarrollo del estudio. En ellas se explica la evolución del trabajo de campo y la relación que hay entre las diferentes técnicas utilizadas. El marco teórico pone en primer lugar el contexto de la actual marginalidad urbana y su relación con el estigma territorial. Posteriormente hace recorrido por las propiedades y características del estigma territorial según diversos autores y se añade un apartado con un pequeño estado de la cuestión sobre el estigma territorial. A partir de aquí, se relaciona el estigma territorial con conceptos clave para sus fundamentos: capital social, cultural y movilidad.

La segunda parte del trabajo es la propia etnografía. Está dividida en tres capítulos que están relacionados entre sí. El primero trata sobre la historia del barrio, sobre todo a través del relato de sus propios habitantes. Al ser un barrio joven, formado a partir de los años 40-50 del siglo XX, es posible contar con relatos biográficos, que se remontan casi a los inicios. Este capítulo también se introduce en la situación social del barrio de forma general, aunque se adentra sobre todo en los temas del paisaje simbólico, la identidad y algunos procesos socio-económicos y culturales que tuvieron lugar durante mi trabajo de campo. El segundo capítulo es la parte central del trabajo, y trata directamente la formación del estigma territorial del barrio, así como sus consecuencias internas y externas, haciendo una sucinta incursión en dos casos particulares, una nueva asociación de vecinos y la problemática escolar. En este apartado, se pone especial atención al papel de la administración y de las instituciones en la fijación del estigma en el territorio. Finalmente,

el último capítulo aborda de manera somera el mundo de la violencia en el barrio. Con ello, se busca relacionar violencia estructural, violencia simbólica y violencia institucional como causante de falta de resistencia y organización en el barrio. Para ellos se muestran dos ejemplos: primero, lo que he decidido llamar violencia teatralizada del respeto, una forma de violencia simbólica según la cual hay que aparentar ser violento para ser respetado; segundo, muestro la desaparición de las fiestas populares del barrio como ejemplo de la fragmentación y de la dificultad del barrio para la acción colectiva, una analogía con la historia del barrio.

No quisiera acabar esta introducción sin mencionar algunos datos o focos que no han sido posibles. Aunque la ambición de la presente investigación no apunta muy alto es necesario mencionar algunas lagunas que podrían ser significativas.

En primer lugar, es destacable en la etnografía la carencia de un foco dirigido hacia las posibles diferentes consecuencias que el estigma -y la violencia como consecuencia de ésta- tiene sobre la variable género. En el transcurso de la etnografía vi que ésta podía ser importante, pero al no estar contemplada dentro del diseño del proyecto no ha tenido un peso adecuado en el resultado final, estando ausente como foco de análisis.

También, hay que resaltar la debilidad en algunos puntos de los datos sobre capital social y lazos sociales. La pregunta de investigación, sobre la estigmatización, se presentaba en algunos casos demasiado vaga, con lo que la dirección de las entrevistas hacia este tipo de cuestiones se planteó difícil, y siempre quedaba en un margen secundario. La relación entre estigma y capital social se hace a posteriori de las entrevistas, tras los datos obtenidos y no durante las entrevistas. A pesar de ello, el trabajo se introduce en el tema pues creo que la importancia lo requería.

Por último, también es posible echar en falta una mayor profundización en ciertos temas como las luchas vecinales, la situación de los comercios y su funcionamiento y algunos datos más sobre inmigración. La naturaleza del trabajo también ha puesto sus límites siendo imposible abarcar todos los temas que fueron surgiendo en el trabajo de campo.

2. TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN: DEL CAMPO AL TEXTO

Aunque lo hubiera pretendido, no habría habido posibilidad de realizar este estudio a partir de técnicas cuantitativas. No existen datos mínimamente actualizados y fiables en los que refleje la realidad social de cualquier barrio de Lleida --. No sólo a nivel de economía informal o relaciones privadas, sino a nivel formal como son los datos sobre desempleo, seguridad social, nivel de instrucción, etc. o la situación de dependencia, de relaciones de parentesco, situación de vivienda, etc. Los pocos datos que se han podido dar en el trabajo provienen de la inestable y poco fiable fuente del padrón municipal de habitantes.

Por suerte, ya hace décadas que la técnica de la observación participante se ha mostrado como la más adecuada para el estudio de las relaciones sociales con y entre marginados, pobres o desposeídos. Como señala Bourgois:

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir "datos precisos", los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos. (Bourgois, 2010: 43)

Mi trabajo de campo se desarrolló entre principios de octubre de 2013 y finales de abril de 2014. Casi siete meses de presencia en el barrio por el que, quiera o no, transito casi cada día del año y que me ha ocupado gran parte de mi tiempo.

Con el objetivo de introducirme en el barrio y familiarizarme con sus vecinos y situaciones, así como de conocer gente, entré a formar parte como voluntario de los dos *centres oberts* que existen en La Mariola: el *Calidoscopi* y el *Pas a Pas*, ambos regentados por la hermandad de los maristas. Dos centros que trabajan ayudando a jóvenes y adolescentes, y niños del barrio, respectivamente. Durante todos los meses de trabajo de campo, estuve yendo a colaborar. Ello me suponía poder observar directamente a los más jóvenes del

barrio, pero también implicaba poder tener relación con padres, madres y familiares en general y conocer sus situaciones familiares a través de la información que podían proporcionarme los educadores sociales. Éstos además me ayudaban a la hora de poder tener acceso a personas a quien entrevistar.

Los centros educativos, no fueron el único método de acceso a los datos. Durante todo este tiempo, fueron innumerables las vueltas que di por el barrio, paseos sin dirección con el único objetivo de “ver qué sucedía”. Esas caminatas me llevaban muy de vez en cuando a hablar con la gente de la calle, pero más que nada me permitieron conocer palmo a palmo el barrio y todos los puestos que posee. Esta parte tediosa, de andar y descubrir, y sobre todo las conversaciones más cotidianas, es en realidad la más importante en mi trabajo de campo; es la que me ha permitido saber a quién entrevistar y donde poder conseguir acceso.

Los siete meses de trabajo de campo fueron relativamente pocos para poder entablar relaciones de una fuerte confianza, pues tampoco tenía la posibilidad de pasar grandes ratos con ellos pero conseguí tener dos relaciones de amistad que me contaban qué sucedía en el barrio, las “últimas noticias”, acontecimientos importantes, etc. Sobre todo Gregorio, mi informante predilecto, un hombre gitano, que no trabaja por problemas de salud, pero realiza labores voluntarias en centros de fuera de La Mariola -pues no le gusta nada su barrio, de hecho lo conocí fuera-, me mantuvo informado en todo momento del más mínimo suceso que él creía pertinaz⁷: peleas, violencia de género, detenciones, nuevas ocupaciones, etc. También Víctor, un comerciante del barrio -posee la única tienda de ropa de toda la zona- me mantuvo informado y sobre todo, me dio acceso a hablar con otros vecinos. Ambos, Gregorio y Víctor, tienen poca presencia en el texto etnográfico final, posiblemente una laguna importante en la etnografía, pero muchas entrevistas fueron realizadas por su ayuda y sobre todo, me ayudaron a desmontar, comprender y construir lo que estaba pasando.

Por otra parte, pienso que los casi siete meses de trabajo de campo han podido ser suficientes para cumplir mi objetivo, pero posiblemente, un trabajo más amplio donde

⁷ Gregorio tenía la creencia de que en el barrio sólo había cosas malas y, por eso, únicamente me contaba lo malo que sucedía en el barrio.

poder haber hecho relaciones más (con) fiables y poder haber asistido a eventos particulares o públicos dotarían un análisis de mayor complejidad y profundización.

Realicé para la investigación más de treinta entrevistas, de las cuales sólo cinco fueron realizadas a personas trabajadoras en instituciones públicas o privadas. Creo que ninguna de ellas fue realizada aleatoriamente, en todo momento he estado seguro de a quién y por qué estaba entrevistando. Todas ellas fueron entrevistas abiertas; la pregunta de investigación con la que iba -la mala reputación del barrio- no solía dar lugar a más de dos o tres comentarios, generalmente bastante vagos, por lo que dejaba hablar a los entrevistados sobre los problemas o la historia del barrio, con lo que se podía extraer mucha más información. Intenté que los entrevistados fueran lo más heterogéneos posibles por lo que entrevisté a: payos, gitanos, magrebíes; desempleados, trabajadores, jubilados; jóvenes, adolescentes, ancianos; antiguos vecinos, nuevos inquilinos u “okupas”; etc.

El texto final está basado básicamente en los relatos de los habitantes a partir de las entrevistas realizadas. Considero que las entrevistas son la parte visible del trabajo de campo y que, en cierto modo, oculta a la autoridad etnográfica dando paso a quienes realmente sufren las consecuencias del estigma. Sin embargo, no deja de ser más cierto que finalmente, yo he decidido como autoridad etnográfica quién, qué y cómo se transmitía en el texto final. Por ello, me preocupa en cierta manera que el relato final pueda dar al barrio un aspecto más degradado del que realmente tiene, ya que está centrado exclusivamente en una parte de la marginación, el estigma, y se pierda un contexto más general donde el barrio se sitúa en un ambiente “normalizado”. No pretendo mostrar a las víctimas del estigma como actores pasivos en el proceso de estigmatización, pues no quiero caer en la trampa de provocar un tipo de lástima hacia ellos, pero sí quiero señalar los prejuicios y valores morales que puedan existir hacia ellos aunque sea a costa de exponer una imagen desfavorable, siempre alejado de los estereotipos racistas en los que se basa la clase y la raza o etnia dominante. En este sentido, todo ello dependerá en buena parte de la habilidad en la escritura etnográfica y de la capacidad que tengan las entrevistas de reflejarla realidad social.

3. MARCO TEÓRICO

3.1. DE LA MARGINALIDAD AL ESTIGMA

Los cambios socio-históricos padecidos en las últimas cuatro décadas han modificado los procesos económicos y han afectado a la vida social. El régimen neoliberal se ha beneficiado de los avances tecnológicos para consolidarse y afianzarse como hegemónico en los países desarrollados. Su funcionamiento ha conllevado a una nueva forma de marginalidad urbana que aún está en vías de configurarse totalmente.

El desarrollo de las nuevas tecnologías ha creado un espacio de flujos, donde se concentran, pero también se descentralizan, industrias y servicios a partir de movimientos constantes de información, capital y recursos. La producción en red es consecuencia directa del empleo de las tecnologías de telecomunicación y de su implantación a nivel general en las empresas e industrias (Beck, 1998, 1999; Castells, 1989; Sassen, 1998). Ha aumentado la interdependencia entre empresas, sistemas productivos y territorios a través de movimientos globales de flujos. Las fronteras se han vuelto casi totalmente permeables lo que permite aplicar estrategias mundiales a la hora de localizar centros productivos y de conocimiento (Méndez, 2004). En la actualidad, tres macroprocesos marcan la relación actual entre la sociedad y el territorio: la globalización, la informacionalización y la difusión urbana (Borja y Castells, 1997).

La necesidad de flexibilización empresarial, tanto en sentido horizontal (de la producción) y en vertical (de los recursos humanos) se muestra ciertamente importante. La flexibilidad desempeña también un doble papel: para quienes crean oferta laboral se trata de libertad para elegir y aceptar; para los empleados se trata de un destino difícil de divisar: puestos de trabajo que van y vienen. Esto se traduce en contratos temporales y la subcontratación vertical de empresas interconectadas entre ellas que debilitan los lazos obreros y sindicales de las clases trabajadoras, atenuando a su vez los viejos métodos de reclamo de las clases desfavorecidas y desgastando las identidades obreras y trabajadoras. Así pues, una mayoría de población está contratada temporalmente, reciben salarios bajos y con facilidad de despido o directamente están en situación de desempleo.

Si aceptamos la teoría de la sociedad del riesgo de Beck, tres son pues los problemas para luchar contra la pobreza derivados del nuevo orden: la individualización creciente, alimentada por la flexibilidad del mercado laboral; el fuerte desempleo, provocado por el uso del progreso científico-técnico; y la pérdida de poder de los Estados-nación y el debilitamiento del Estado social. En este contexto, aumenta la desigualdad social gravemente. Según Beck, a pesar de que esto separa a dos grandes grupos, empresarios y trabajadores, no va en contra de la individualización sino que ésta explica la nueva pobreza. Individualización y precariedad laboral han hecho que el destino colectivo se haya convertido en un destino personal: el desempleo y la pobreza golpea de forma totalmente individual. La entrada al actual mercado laboral hace abandonar lazos sociales tradicionales que se despliega en: la elevación del estándar de vida -se cambian lazos sociales por ahorros y bienes materiales-; en la educación -con grandes cambios en las relaciones de desigualdad; en la movilidad -social, geográfica y cotidiana, que autonomiza a las personas y cambia las relaciones de poder en el matrimonio y en la familia. “Impulsos de individualización relativos a los lazos familiares, vecinales, profesionales y empresariales, así como a lazos con una cultura regional y un paisaje determinados” (p.132) (Beck, 1998: 128-136)

Lo global se localiza, y lo hace de forma segmentada socialmente y segregada espacialmente. Con ello se rompen viejas formas de vida -y de producción- y se crean nuevos centros localizados de actividad (Borja y Castells, 1997); lo que conlleva numerosos desplazamientos humanos de diversos tipos, tanto en sentido espacial (de campo a ciudad, entre ciudades o intercontinentales), temporal (eventuales, con o sin retorno) como en volumen (individual, familiares o masivas). Algunos de estos desplazamientos se producen de una forma no normativa⁸, intentando escapar del hueco social que empresas y fábricas han dejado en un lugar que han abandonado. Pero quienes realizan este tipo de desplazamiento tampoco salen victoriosos en la lucha por el nuevo espacio, ya que, a su llegada, son víctimas de una visibilidad social, muchas veces repleta de prejuicios, en la que existe un proceso de exclusión enmarcada por una elaboración cultural y por discursos

⁸ Se entiende por no normativo el incumplimiento de las normas o criterios e incluso del sistema para la realización de este desplazamiento, entendiendo con ello que la llegada al lugar de recepción forma parte de tal desplazamiento. Este conjunto de normas no seguidas son marcadas por las leyes de los Estados.

sociales sobre ellos. La gestión de esta exclusión corresponde a las instituciones locales; en muchos casos dicha gestión contribuye a la fijación territorial de la marginación ya que el estigma está presente en la propia base de los mecanismos de poder (San Román, 1991; Borja y Castells, 1997). Los discursos sociales pueden debilitar y estigmatizar el espacio ocupado por aquellos que no siguen las normas de la mayoría.

La globalización, como el capitalismo avanzado, se consolida como un sistema con una capacidad dual: primeramente excluyente, rechazando por completo todo aquello que se devalúa o minusvalora, en este caso las migraciones, sobre todo las ilegales, y la movilidad descendente; y segundo una capacidad incluyente, haciendo propio todo lo que crea valor o se valora, en este caso nuevas empresas alojadas en un territorio (Borja y Castells, 1997). Los resultados, en el campo de la exclusión, son: una desvalorización, una fuerte estigmatización y una marginación social generalizada. Este proceso crea situaciones de segregación espacial y los lugares donde se concentran las víctimas son motivo igualmente de estigmatización territorial. Así, un doble estigma sacude a los movilizados “fuera de la norma”: el social y el espacial (Wacquant, 2007). Se puede decir que existen pues lugares marginados en la “periferia social” y en la “periferia geográfica”.

En la sociedad del riesgo, la incertidumbre provoca que los ricos creen sus propios espacios que les protejan de los riesgos -aunque en muchos casos están basados en discursos sociales erráticos y sesgados. Compran seguridad en sus casas, barrios o coches e incluso en la alimentación ya que tienen miedo a aquello desconocido o afectado por sus riesgos (Bauman, 2006; García Vázquez, 2004). Este reparto de riesgos y de riqueza aumenta por sí misma la distancia social entre clases, ya que, quienes se ven afectados por la debilidad del Estado social -como no conseguir empleo o protección social- han de acudir a zonas residenciales baratas, en muchos casos marginadas y también, en otros muchos casos, cerca de centros industriales que son generadores constante de riesgo. Alimentando todo ello el aumento de la distancia social.

La marginalidad avanzada en el contexto de la nueva pobreza

Estas nuevas condiciones socio-económicas han provocado un nuevo régimen de marginalidad urbana que viene marcado sobre todo por la polarización e incremento de las

distancias sociales (Wacquant, 2007: 268). Beck y Wacquant coinciden sustancialmente en tres dinámicas estructurales que alimentan el crecimiento de las desigualdades: a) individualización o fragmentación del trabajador asalariado; b) dualización socioprofesional provocada por el uso del avance científico-técnico; c) dinámicas políticas que han debilitado el Estado social. Además, para Wacquant, habría que añadir una cuarta dinámica, la espacial: se produce una concentración de pobres y una estigmatización del territorio. La nueva pobreza no es resultado de la inadaptación o del estancamiento económico sino que, como se ha señalado, viene dado por el cambio en los modos de desarrollo de los sectores más altos de la sociedad y su impacto en los segmentos inferiores (Wacquant, 2007: 268-269)

Estas dinámicas han provocado una nueva forma de marginalidad que Wacquant denomina *marginalidad avanzada*, ya que ésta no hace referencia a formas pasadas o residuales de tiempos acontecidos sino que se “dibuja delante nuestro” y se inscriben en el devenir de las sociedades contemporáneas (Wacquant, 2001, 2007).

Wacquant ofrece una caracterización en la que se presentan seis rasgos particulares de la marginalidad avanzada.

1. *El asalariado como vector de la inestabilidad y de la inseguridad sociales*. La relación capital-trabajo se ha visto fuertemente modificada y, ahora, los salarios no son un instrumento de solución para la marginalidad. En cambio, el salario se ha convertido en una muestra y un rasgo diferenciador y una fuente de fragmentación guiada por la flexibilidad, la precariedad y la individualización de planes de remuneración y contratos. La incertidumbre se ha apoderado de los trabajadores y por tanto aumenta la inseguridad social.

2. *La desconexión funcional de las tendencias macroeconómicas*. Los afectados por la marginalidad están cada vez más desconectados de las tendencias globales de la economía. Los periodos de bonanza y auge no afectan positivamente a los barrios relegados, en cambio, las crisis y recesos económicos empeoran visiblemente la situación. El crecimiento económico es incapaz de absorber la demanda de trabajo y por tanto destina a la relegación social a una parte importante de la población.

3. *Fijación y estigmatización territoriales*. La marginalidad tiende a estar concentrada cada vez más en barrios aislados socialmente que son percibidos tanto externa como internamente como lugares infames. Lugares que se denigran tanto desde arriba -medios de comunicación y política- como desde abajo -en la vida cotidiana. A los estigmas ya operantes de pobreza o etnia hay que añadirle, en la actualidad, el del territorio. Este estigma afecta a quien vive en él, pero además se hace sentir a nivel de políticas públicas y de funcionamiento institucional.

4. *La alienación espacial y la disolución del “lugar”*. Este rasgo es consecuencia del anterior; se pierde un marco humanizado con el que identificarse y sentirse seguro. Existe una compleja reformulación espacial, en cuanto a su organización y su experiencia. Se ha pasado de lugares comunitarios a espacios indiferentes de competencia y de lucha diaria.

5. *La pérdida de un país interno*. Se ha cambiado la colectividad de la economía social por una autoaprovechamiento, trabajo en negro y actividades informales e ilegales. El alto desempleo y la precariedad laboral ha roto los lazos de subsistencia colectiva que existían dentro de los barrios obreros y las familias ya no están en situación de acoger o ayudar a familiares en situación de desempleo.

6. *Fragmentación social y estallido simbólico o la génesis inacabada del “precariado”*. Para Wacquant la precarización y la desproletarización conlleva una descomposición de clase que les desconecta de las herramientas tradicionales de representación y movilización. Los sindicatos y partidos de izquierda han quedado obsoletos para la organización de los no asalariados. Estos últimos están en un estado de simple aglomeración de individuos, definidos negativamente por la privación social, las carencias materiales y el déficit simbólico.

Divergencias respecto a Wacquant

La comparación entre gueto y *banlieues* de Wacquant carece de una definición esclarecedora de ambos conceptos, sobre todo en lo referido a la segunda. En su escrito “Tres premisas nocivas en el estudio del gueto norteamericano”, Wacquant hace referencia sobre qué es el gueto americano:

El gueto no es una simple entidad topográfica o una suma de familias y de individuos pobres, sino una forma institucional, es decir, una concatenación particular, anclada en el espacio, de mecanismos de clausura y control etnoracial. Para resumir, un gueto puede ser caracterizado de manera convencional como una constelación socioespacial limitada, racial y culturalmente uniforme, fundada sobre la relegación forzosa de una población estigmatizada (...) en un territorio reservado en cuyo seno dicha población desarrolla un conjunto de instituciones propias que operan a la vez como un sustituto funcional y como un tope protector de la sociedad circundante.

(...) no es un monolito social: a pesar de su descalabro extremo, numerosos barrios de la *innercity* negra encierran aún un mínimo de diversidad socioprofesional y familiar, y que no está completamente desertificado: en medio de la desolación general social, que ofrecen rampas de lanzamiento frágiles pero cruciales para las estrategias de adaptación y de fuga de sus residentes, sin contar que se desarrollan continuamente nuevas formas sociales y culturales en las grietas de un sistema que se derrumba.(Wacquant, 2007:)

Así, como resalta Aramburu (2000: 58) el gueto queda definido como “el espacio de relegación forzada de un grupo de población con uniformidad cultural o racial, estigmatizado y con una organización social alternativa que suple en precario a las instituciones dominantes y con las cuales mantienen una dependencia estructural”.

Wacquant advierte así de tres problemas a evitar: la disolución de la noción de gueto -sin evitar las bases raciales y de pobreza sin despojar al término de significado histórico y contenido sociológico y, por tanto, reconsiderar la concepción institucionalista; tratar al gueto como un espacio alienado y exotizarlo; el gueto sufre de desorganización social sin orden interno ni gobierno específico.

Las nociones anteriores del gueto se alejaban de la concepción de Wacquant, que relaciona éste con los factores estructurales como clase y raza. Los sociólogos de la Escuela de

Chicago fueron quienes se ocuparon primeramente de una sociología urbana preocupados por “reunir los rasgos indeseables de la sociedad industrial en desarrollo” (Hannerz, 1989). Los integrantes de la escuela de Chicago pronto se dieron cuenta, al igual que lo habían hecho Simmel y Weber anteriormente, de que la organización social se veía modificada por el urbanismo. Estos se obcecaban por el orden moral e individual; hay una relación entre la morfología social y la psicología que queda definida en una morfología urbana de “regiones morales”. Son interesantes algunas afirmaciones de Park que mostraban la diferenciación de mundos -ciertamente, en un carácter muy simbólico y material a la vez-: “los procesos de segregación establecen distancias morales que convierten a la ciudad en un mosaico de pequeños mundos que se tocan pero no se compenetran” (Park, 1952: 47 en Hannerz, 1989: 37). También Park llega a categorizar zonas de la ciudad como comunidades “descriptibles” y “no descriptibles”; las primeras eran lugares de unidad y encanto, las segundas carecían de estas cualidades (Hannerz, 1989: 57)

En este sentido, Louis Wirth definió el gueto como un “área natural” nacida del deseo universal de diferentes grupos para preservar sus formas culturales peculiares, en el que cada uno satisface una “función” especializada en el amplio organismo urbano”⁹ (Wirth 1927). Ésta es una visión ejemplar de la Escuela de Chicago, la ciudad como un ser vivo organizada a través de una ecología humana basada en las relaciones raciales. Wacquant hace un crítica a esta visión naturalizada del gueto en su texto “Las dos caras del gueto: la construcción de un concepto sociológico”, él dice:

El error de la primera Escuela de Chicago consistía aquí en falsamente “convertir la historia en historia natural” y hacer pasar la formación de guetos como “una manifestación de la naturaleza humana”, virtualmente ocupando el mismo espacio que “la historia de la migración”, cuando es una forma de urbanización altamente peculiar distorsionada por las relaciones asimétricas de poder entre grupos etnoraciales, una forma especial de violencia colectiva concretizada en el espacio urbano”. (Wacquant, 2004: 76)

⁹Traducido del inglés: ‘natural area’ born of the ‘universal desire of different groups to preserve their peculiar cultural forms, each fulfilling a specialised ‘function’ in the broader urban organism’

Líneas más adelante, Wacquant muestra las ventajas de evitar esta visión y definir el gueto en relación a formas de dominación:

Reconocer que es un producto y un instrumento del poder de grupo hace posible apreciar que, en su forma más desarrollada, el gueto es una institución de dos caras, ya que sirve funciones opuestas para los dos colectivos a los que une en una relación de dependencia asimétrica. Para la categoría dominante, su lógica es confinar y controlar, lo que se traduce en lo que Max Weber llama el “encierro excluyente” (*exclusionaryclosure*) de la categoría dominada. Para esta última, sin embargo, es un instrumento integrador y protector en la medida en la que alivia a sus miembros del contacto con los dominantes y fomenta la asociación y la construcción de la comunidad dentro de la restringida esfera de relaciones que crea (Idem)

La definición de gueto de Wacquant ha tenido varias críticas. Por ejemplo, para Ceri Peach (1998) la propuesta de gueto de Wacquant tiene tres objeciones. Según él: a) el gueto es simplemente un área de concentración étnica significativa; b) es un continuum de formas evolutivas en la que mutará eventualmente hacia un enclave étnico; c) el gueto negro puede ser explicado en términos de clase económica, sin tener en cuenta los factores raciales. También para Jargowski, el gueto puede ser definido a partir de términos económico pero no como un área en el que las personas permanecen en un estado de dependencia estructural ya que impide la comprobación de las causas que explican la propia dependencia (Jargowski, 1998)

Existe pues una falta de consenso en la definición de gueto para Estados Unidos. Esta falta se ha visto trasladada a Europa tras el debate sobre si existe guetización a la americana en Europa. Peach (1998:508), tras señalar que el nivel de concentración de minorías étnicas en Europa es muy inferior al de Estados Unidos, indicaba que “los políticos, los periodistas y los académicos invocan la amenaza del gueto afroamericano alarmando así al público europeo sobre la inmigración de minorías étnicas”.

En la actualidad, este debate sigue abierto con detractores del gueto europeo, como Wacquant, y a favor, como Lapeyronnie.

Los barrios relegados: guetos, banlieues

Los rasgos de la *marginalidad avanzada* tienen valor para cualquier parte del primer mundo (y también para buena parte de los demás), pero hay diferencias históricas, socioculturales y estructurales entre las diversas zonas. En la actualidad, se tiende a aproximar la vivencia de los barrios periféricos y los centros históricos de las ciudades europeas con las de Estados Unidos, hablando de *guetización*. En su estudio comparativo de *banlieues* y guetos, Loïc Wacquant (2007) ha demostrado las diferencias y las similitudes entre ambas partes, pudiendo ser extrapolables a los barrios europeos desfavorecidos¹⁰.

Las similitudes entre ambos radican en la evolución morfológica -su estructura demográfica- y la atmósfera opresiva. La estructura demográfica pone su atención en tres características básicas: la concentración de minorías, la despoblación y la brecha en las edades medias, habiendo jóvenes y viejos. La atmósfera opresiva hace referencia al estigma y a las decadencias de los barrios, así como desastres y conflictos violentos (por ejemplo, altercados con la policía). Wacquant da una definición en común para los barrios de ambos lugares: agrupamientos obligatorios que acumulan desventajas económicas, dislocaciones sociales y una imagen etnizada y desvalorizada (Wacquant, 2007:181)

Por el lado contrario, las diferencias son de tipo diverso y extensas. Se distinguen cinco características importantes. 1) *Ecologías organizacionales diferentes*. Los guetos son conjuntos multifuncionales donde existe una división del trabajo sin necesidad de intercambios mientras que las *banlieues* son islotes residenciales (bosques de vivienda) donde existe contacto con otros sectores sociales y se consume fuera del barrio. Además el gueto es endogámico, es decir, buscan la pareja dentro del mismo, mientras que en las *banlieues* se tiende a buscarla fuera del barrio. 2) *Encierro y uniformidad racial contra dispersión y heterogeneidad étnica*. Los suburbios franceses son pluriétnicos, donde la mayoría sigue siendo blanca, al contrario que el gueto, donde la práctica totalidad es afroamericana. Por otro lado, la población francesa está dispersa por los suburbios no

¹⁰ Siguiendo a Wacquant, Javier Auyero también ha realizado algunas comparaciones entre el gueto estadounidense y las villas-miseria argentinas. Véase “Introducción: Retratos etnográficos de violencias urbanas” en Wacquant (2001): *Parias Urbanos* y “Wacquant in the Argentine Slums: Comment on Loïc Wacquant's “Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto””.

concentrada como pasa en el gueto americano. 3) *Tasa de niveles de pobreza divergentes*. En Francia la tasa de trabajo remunerado en los barrios desfavorecidos no suele bajar del 50% en el total de la población, en Estados Unidos hablamos de tasas de entre 16 y 20% de trabajo formal. La vida cotidiana de los residentes del gueto hace referencia a cupones de alimentos, inexistencia de cuentas corrientes, familias monoparentales y una elevada mortalidad infantil. 4) *Criminalidad y peligrosidad*. Las tasas de crímenes, atentados y conflictos no son comparables. En los guetos estadounidenses son diarios los sucesos de este tipo. 5) *Políticas urbanas y degradación de las condiciones de vida*. Mientras en Estados Unidos los barrios sufren de viviendas abandonadas o negocios quemados en las *banlieues* francesas existe una constante gestión, con desarrollo y planes de barrio.

A estos puntos podemos sumarle otros tres referentes a la cultura y la imaginación colectiva de los ciudadanos: ideología de una ciudadanía unificada y sin barreras en Europa; diferencia de individualización y moral (estructura de darwinismo social arraigado en Estados Unidos); la dificultad de deshacerse de los estigmas residenciales, espaciales y raciales (más potente en Francia).

A pesar de todo ello ambas comunidades llevan consigo un estigma constante que les tiende a rechazar su vínculo social y espacial con aquello que les divide. Adoptan las percepciones externas -sobre todo en el caso francés- y realizan prácticas similares como la huida del lugar. Así ambos lugares convergen en: una atomización social, la desorganización comunitaria y la anomia cultural (Wacquant, 2007).

En cambio, Didier Lapeyronnie (2008) realiza un profundo análisis en el que incorpora el término gueto para la realidad francesa. Aunque comparte con Wacquant que en los barrios de Francia existe una fuerte presencia del Estado, Lapeyronnie afirma que el Estado agrava los problemas del barrio por lo que es pertinente el uso del término gueto.

El gueto es definido como: “la concentración en ciertas zonas urbanas de población desfavorecida, víctimas de una fuerte segregación y de discriminaciones raciales, personas que finalmente desarrollan modos de vida y organización específica” (2008: 12) y como:

“una forma de orden particular, a la vez unificada y segmentada, basado en una combinación de solidaridades frágiles y restricciones severas¹¹” (idem: 507)

Lapeyronnie, confluye con Wacquant en no mostrar el gueto como homogéneo, aunque desde fuera se vea de esa manera, sino que éste es un conglomerado con tantas visiones como habitantes (Blanc, 2010: 219) una yuxtaposición de mundos sociales que cohabitan en un mismo sistema (Lapeyronnie, 2008: 507)

En la obra de Lapeyronnie se concluye que el gueto existe en Francia pero “a la francesa” y que no sólo es visto desde fuera sino que es producido tanto interior como exteriormente.

3.2. ¿QUÉ ES Y CÓMO ACTÚA EL ESTIGMA TERRITORIAL?

Pero primero, ¿qué es estigma?: Goffman y la identidad deteriorada¹²

Según Goffman, la sociedad establece medios para categorizar a las personas y también los atributos que se consideran corrientes y naturales en los miembros de esas categorías. Esto permite que ante un extraño podamos prever, por las primeras apariencias, en qué categoría se encuentra y cuáles son sus atributos; es decir, su “identidad social”: virtual, si hace referencia a los atributos que esperamos o creemos que le pertenece; real, si los atributos han sido demostrados o son demostrables. La contradicción o el desajuste entre ellos, entre lo que atribuimos a los *otros* y lo real, crea el estigma cuando convierte a la persona en alguien menos deseable.

Goffman habla de tres tipos de estigmas: las deformaciones físicas; los “defectos del carácter” que se perciben como falta de voluntad, pasiones antinaturales, deshonestidad, etc., que se refieren a enfermedades mentales, adicciones, homosexualidad, desempleo; estigmas tribales de raza, nación, religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar a los descendientes.

¹¹ Traducido del francés: « la concentration dans certains zones urbaines de populations défavorisées, victimes d'une forte ségrégation et de discriminations raciales, populations qui ont fini par développer des modes de vie et une organisation spécifiques » « une forme d'ordre social particulier, à la fois unifié et segmenté, reposant sur une association de solidarités fragiles et de contraintes lourdes »

¹² Este apartado está basado totalmente en la obra de Goffman (2008) [1963]: Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires: Amorrortu

En el encuentro cara a cara entre “normales” -así llama Goffman a quienes no sufren un estigma- y estigmatizados los segundos puede descubrir que se sienten inseguros sobre cómo van a ser identificados y recibidos. Su incertidumbre surge porque no saben en qué categoría serán ubicados y porque saben que los demás pueden definirlo en función de su estigma. Estas situaciones se ven agravadas con las conversaciones que los otros entablan sin preocupación y que expresan su curiosidad morbosa sobre su condición o le ofrecen una ayuda que no necesita ni desea. El individuo estigmatizado puede responder anticipadamente con contención.

El proceso de aprendizaje de una persona estigmatizada pasa por: conocer el punto de vista de los normales y saber que, según esto, está descalificado. La siguiente fase es aprender a enfrentar el modo en que los demás tratan a los descalificados como él y, finalmente, habría una siguiente fase, el encubrimiento: ocultar la información decisiva sobre su persona como estrategia en el encuentro.

El manejo del estigma es un rasgo general de la sociedad, un proceso que se produce donde existen normas de identidad. El rol de normal y el rol de estigmatizado son partes del mismo complejo. Las personas podemos pasar de un rol al otro y nuestras capacidades y el entrenamiento nos habilitan para manejar las dos posibilidades. El problema del estigmatizado no es que no conozca su identidad o no la asimile, sino el dolor de conocer la situación exacta ante la posibilidad de ser descubierto.

El estigma territorial

Como se ha visto, para Wacquant, el estigma territorial forma parte de las características principales del nuevo régimen de marginalidad urbana, causado, sobre todo, por las nuevas formas de desarrollo capitalista avanzado, y que según su lógica, enclaustran la población excedente y da nuevo significado a la concentración y segregación espacial. Estos lugares son percibidos como espacios de infamia de las ciudades actuales desde dentro y desde fuera.

El estigma territorial se añade a otros estigmas que pueden operar tradicionalmente como son la pobreza o la raza, pero que funciona independientemente y con características diferenciadas. Wacquant destaca que Goffman no revele el estigma del territorio como una

forma de deteriorar la identidad colectiva. Destaca que al igual que el resto de tipos de estigmas el descrédito territorial plantea dilemas de gestión de información, identidad y relaciones sociales (como bien analizó Goffman). El estigma de lugar es semejante al estigma de raza, nación y religión, ya que “se puede transmitir por medio del linaje y contamina a todos los miembros de la familia, pero posee una gran diferencia y es que puede ser fácilmente disimulado a partir de la movilidad geográfica” (Wacquant, 2007: 275).

Poca es la importancia que tiene que dentro de estos lugares se produzca realmente lo que se percibe o transmite. La cuestión, como en cualquier estigma, es que hay una diferencia entre lo que los “normales” esperan que suceda en un lugar y lo que ellos encuentran -según Goffman, la identidad social virtual y la real-. Los prejuicios que aparecen, a partir de la simbología que transmite, ya sean ciertos o no, son los desencadenantes de ciertos comportamientos o consecuencias sociales negativos. El estado de deterioro también afecta a la propia percepción de los habitantes de los barrios que les lleva a pensar que son ciudadanos de segunda, socialmente inferiores. El sentimiento de rechazo que se produce sobre el barrio y su gente, la fractura de capital social de la que hablaba Bourdieu (1993), conlleva a quebrar con la colectividad y atacar a quienes están próximos en una posición, tanto social como geográficamente, demonizándolos o delatándolos como causantes o impostores. En resumen, un sentimiento de indignidad colectiva; recordemos que esto era uno de los atributos principales y una forma de gestionar la información y el encubrimiento según Goffman. Para lidiar con estos comportamientos o con el estigma en general, los afectados, buscan también estrategias en el manejo de la información. Así pues, Wacquant detecta cuatro estrategias de auto-protección simbólica:

La primera es la distanciamiento mutua y la elaboración de micro diferencias: repudian conocer gente a su alrededor y subrayan cualquier propiedad personal menor que pueda establecer separación de una población y un lugar que saben envilecido y que los envilece. La segunda estrategia es la denigración lateral, que consiste en adoptar las representaciones vituperadas que toman los de afuera y aplicarlas al propio vecino, transmitiendo efectivamente y reverberando la desdeñosa mirada que la sociedad apunta a

sus parias urbanos (“estos tipos, se complicaron sus vidas o no les importa demasiado acerca de cómo será su vida”). Una tercera reacción al vilipendio especial es retirarse al interior de la esfera privada y buscar refugio en una restringida economía social y moral hogareña, mientras que una cuarta es abandonar el barrio tan pronto como uno obtenga los recursos necesarios para partir (como quedó atestiguado en la emigración que cercenó la población de Woodlawn en un 30% sólo en 1980) (Wacquant, 2011:13)

De esta manera, el estigma del lugar actúa de una forma particular, paralelo a los demás estigmas pero que además es un potenciador, y se retroalimenta, de los que pueda haber presentes -normalmente, de tipo raza o de estatus o clase-. Adherido a estas zonas de exilio socioeconómico y simbólico agrega su propio peso a “la deshonra de la pobreza, al resurgimiento de los prejuicios respecto de las minorías etnoraciales y de los inmigrantes”. En resumen, el estigma territorial crea un sentimiento de indignidad que afecta a la vida cotidiana, la relación entre espacio e individuos, denigra a los dos, a las relaciones interpersonales y los propósitos individuales. Pero como se ha dicho, por el contrario, permite deshacerse de él a través de la movilidad geográfica, aunque no sea definitivo.

El principal efecto del estigma territorial es aquello que Bourdieu indicaba como distanciamiento social, reflejado en lo geográfico (1993). Que tiene como consecuencia la fractura de un capital social que se convierte en disminución de confianza (personal e interpersonal) y una unidad socio-territorial¹³. Pero las consecuencias van más allá con la relación entre estigma territorial y las políticas públicas y las instituciones. Esta es una parte importante en el planteamiento de Wacquant. Hay tres componentes fundamentales de lo que él llama “violencia desde arriba”: primero, desempleo masivo, crónico y persistente que se traduce en precariedad y privaciones materiales, es decir, relacionado con las transformaciones económicas y de distribución de recursos; segundo, una relegación a los barrios desposeídos, que conlleva una intensificación de la competencia al acceso de bienes colectivos; y finalmente, la estigmatización en la vida cotidiana y en el discurso público asociado a lo social y lo étnico y a los barrios degradados. Un discurso repetido y masivo

¹³ Como se verá en el apartado siguiente la relación entre capital social y estigmatización territorial es más complicada. Por ello, se dedica un apartado detallado a dicha relación.

sobre un territorio influye fuertemente y puede cambiar la visión proyectada de éste por completo. Los encargados de gestionar los problemas del lugar afectado se verán obligados a actuar por la presión mediática y social exterior al “conflicto”, aún y cuando el problema mediático o institucionalizado no exista. Sin duda, la estigmatización espacial sobre aquel territorio afectado se verá modificada y caerá sobre la zona el peso de una visibilidad social desviada. Desde un punto de vista negativo, el lugar puede caer en un bucle, ya que los efectos negativos se verán reflejados en el territorio: abandono, conflicto, ausencia de proyectos urbanos, etc. lo que llevará al punto de partida inicial.

Por otro lado, los intentos de homogeneizar estos lugares, tal como dice Sennett, el esfuerzo por convertirlos en espacios lógicos, funcionales o legibles, provoca la desintegración de las redes de protección de los lazos humanos (Sennett en Bauman, 1998: 62). Es decir, rompe con las formas de vida más tradicionales de las zonas excluidas -que derivan de las formas de la clase obrera-trabajadora. Así, dependiendo de la gestión institucional, la fijación de la exclusión y la marginación toman fuerza en el territorio. Además, otro factor excluyente en la gestión institucional de las zonas, es que las áreas que no presentan una funcionalidad o un valor desde el punto de vista capitalista dejan de tener un interés político para los poderes públicos bajo el neoliberalismo y son esquivados por estos y también por los flujos de riqueza e información (Castells, 1998). El resultado final suele incidir en dos elementos; un mayor peso de la estigmatización del lugar y una carencia de infraestructuras, lo cual infravalora las zonas excluidas y provoca una retroalimentación entre valor y estigma. Apoyado en la lógica inmobiliaria se impone una fragmentación física favorecida por la gestión del suelo. Según se localicen las zonas desfavorecidas -centro, periferia, ensanches -y según cuál sea el valor simbólico de éstas- el mercado inmobiliario puede presionar más o menos sobre ellas y según el tamaño o la percepción que se tenga el mercado puede desviar más o menos su atención. Todo ello está acorde con lo que indicaba Harvey (1975, 2007) sobre la reorganización de los espacios como consecuencia de las modificaciones del capitalismo y de las políticas que conlleva.

Parece claro, pues, que el estigma está presente en la propia base de los mecanismos de poder. Wacquant advierte que: “la estigmatización territorial afecta no sólo a la interacción con los empleados sino también con la policía, la justicia y las agencias locales de la

ANPE¹⁴ y de la ayuda social, que se muestran particularmente dispuestas a modificar su conducta a partir de la residencia en una cité degradada” (Wacquant, 2007: 205). Todo ello desemboca en una conducta diferenciada de los barrios simbólicamente degradados del resto. Surge, como dice Wacquant, una “batalla entrópica peligrosa (en el gueto negro) entre”:

- a) Los depredadores callejeros independientes u organizados (hustlers y pandillas) que buscan arrebatar las pocas riquezas que aún circulan allí.
- b) Los habitantes y sus organizaciones de base que se esfuerzan por preservar los valores de uso y de cambio de su barrio
- c) Los organismos de vigilancia y de control del Estado encargados de contener la violencia y el desorden dentro del perímetro del corazón de la metrópolis racializada, trabajadores sociales, policía, tribunales, agentes de libertad condicional, etc.,
- d) Los depredadores institucionales del exterior para los cuales la reconversión de franjas del cinturón negro en beneficio de las clases medias y la clase alta que reinvierten en la ciudad puede generar beneficios impresionantes. (Wacquant, 2007: 280-281)

Didier Lapeyronnie, coincide con Wacquant en mostrar el estigma territorial como factor clave en los nuevos guetos franceses¹⁵. La fuerte segregación espacial aparece como causa y consecuencia de una imagen deteriorada que simplifica la realidad interna, más compleja, del barrio. Una imagen que aísla más que la pobreza, y que se convierte en un factor activo de segregación. Así, para los habitantes del gueto, existe un deterioro de la confianza con relación al resto de la ciudad. Para los de fuera, este deterioro se convierte en miedo y desconfianza, algo que perciben los jóvenes de la *banlieue* que sienten la pérdida de respeto, que se refleja en su continua agresividad. (Lapeyronnie, 2008: 146-147). El gueto queda definido con un conjunto de estereotipos, una imagen negativa de la ciudad “normal”. Estos estereotipos -lugar peligroso, fuente de delincuencia, agresividad, etc.- lo caracterizan como una “región moral”, evocando a la Escuela de Chicago.

¹⁴ Agence nationale pour l'emploi (Agencia nacional por el empleo)

¹⁵ Recordar que Lapeyronnie defiende la existencia y el uso del concepto gueto para los barrio relegados de Francia.

Para Lapeyronnie, el barrio -y especialmente el gueto- es esencial en las conductas sociales, en la vida cotidiana y en la percepción de lugar de cada individuo. La dimensión simbólica, y también la material en cuanto a concentración de pobreza, condicionan fuertemente el acceso a recursos económicos y sociales. Por tanto, para Lapeyronnie, como para Wacquant, el estigma del territorio se presenta como un sentimiento de injusticia común y de verdadera victimización, lo cual suscita indignación y un sentimiento de exilio, que aumenta la desconexión con el resto de la ciudad (Lapeyronnie, 2008: 138).

En resumen, para Lapeyronnie, esta imagen de región moral de mala reputación afecta frontalmente a la desconfianza entre quienes viven y quienes no viven en ellos. Esta desconfianza es la que provoca un desequilibrio o déficit de reciprocidad en las relaciones y la que hace que se convierta en “la dimensión central de la experiencia del habitante del gueto” (2008: 150)

Un estado de la cuestión sobre el estigma territorial

En mayo de 2014, Slater, Borges Pereira y Wacquant recopilaron una bibliografía internacional de aproximadamente cien libros y artículos dedicados a la cuestión de la estigmatización territorial¹⁶. Aquí se presenta un sucinto comentario sobre unas pocas de ellas seleccionadas por su relevancia y localización geográfica con la intención de comparar resultados. Los artículos tratados van desde el 2004 hasta la actualidad con lo que también se puede ver una evolución en el tratamiento durante la última década. Esta bibliografía internacional muestra que el estigma territorial es universal, derivado de la polarización de clases y proveniente de los procesos macro-estructurales y macro-económicos. Así, en todas las metrópolis de todos los continentes existen procesos similares: en Chicago Wacquant (2001); en una pequeña ciudad de Francia, Lapeyronnie (2008); en Bristol, Slater y Anderson (2012); en Berlín, Eksnerr (2013); en Ciudad de México, Saraví (2008); en Buenos Aires Kessler (2012); en Medellín, Quinceno y Sanín (2009); en Melbourne Arthurson (2012), etc.)

En la mayoría de estudios sobre el estigma del territorio se muestra como muchos barrios de viviendas de promoción públicas están sujetos cotidianamente a una estigmatización,

¹⁶ Slater T, Pereira V B, Wacquant L, 2014, “An international bibliography on territorial stigmatization”, http://www.advancedurbanmarginality.com/uploads/5/9/6/7/5967617/terstig_bibliography_may2014.pdf

tanto por parte de la prensa y otros medios de comunicación como desde dentro de la misma sociedad. Los altercados que se producen en los suburbios, centros históricos o *inner-cities* suelen ser presentados, no como una muestra de su discriminación sino como la prueba de que son “malas personas” y de “incivilización” (Warr, 2005b: 2; Uitermark et al. 2007: 128; Kessler: 2012). Mooney muestra como el propio estigma está incrustado dentro de los mecanismos de poder y la clase política británica y como son olvidados los factores estructurales como la clase, el racismo o la opresión estatal. Además, Moonley, señala la fuerte relación entre los estigmas del territorio y de clase trabajadora en Inglaterra (2008: 14), mientras que Kessler (2004: 191) lo hace con el estigma de la raza y la etnia en Buenos Aires. Los medios de comunicación juegan un papel central en la producción de imágenes -físicas y mentales- y forma parte importante del debate sobre las viviendas públicas; paradigmático, es el caso que muestra Gabriel Kessler sobre la villa miseria de Buenos Aires llamada Fuerte Apache, y el papel crucial que han jugado los medios de comunicación en la creación y la fijación del estigma territorial (Kessler, 2012). En este sentido, es interesante el texto realizado por Arthurson, Rogers y Darcy (2014) sobre el estigma territorial y la serie australiana “Housos” donde se ven las diferencias, prejuicios e imágenes entre quienes residen o no en un barrio estigmatizado y cómo finalmente, la serie actúa como instrumento de refuerzo del estigma a través de la exageración de los problemas.

Todo estos factores -incorporación del estigma en los mecanismos de poder, el trato en la prensa y las imágenes en televisión- suele precisarse en una especie de patologización del espacio, un lugar enfermo (Bayón, 2012; Mooney, 2008; Warr 2005b) que deriva en una estigmatización criminalizante de la pobreza y de estos espacios urbanos (Saraví, 2009)

Por otro lado, algunos también muestran como la renovación de la vivienda no es un instrumento válido por sí solo para acabar con el estigma, pues éste persiste tras los procesos de renovación urbana, y muestra como el proceso de polarización marca las relaciones estigmatizadas entre ricos y pobres (Warr, 2005b: 8). Kathy Arthurson también analiza si un vecindario de tenencia mixta -pública y privada-, es útil para contrarrestar los efectos malignos del estigma territorial. En sus resultados, destaca que aunque la mezcla provoca en general una mejor visión del barrio por parte de sus habitantes, también se crea

un estigma interior en zonas más pequeñas -a diferente escala-, localizados en grupos y tipos de vivienda según el tipo de tenencia (Arthurson, 2012: 437)

Sin embargo, la estigmatización del territorio también se ha mostrado como un instrumento útil para conseguir las condiciones materiales adecuadas para iniciar procesos de gentrificación (Eksner, 2013; Uitermark et al., 2007; Slater y Anderson, 2012). Marcado por un anterior proceso de abandono, el estigma territorial es usado por las administraciones como “excusa” para la intervención social en el territorio, desalojando en algunos casos a la población (Slater y Anderson, 2012) e iniciando procesos de renovación urbana.

Ligado a los procesos de renovación urbana y estigmatización también se encuentra el tema de la demolición de casas y partes de barrios (Arthurson, 2004; Kessler, 2012; Uitermark et al., 2007: 130), proceso que se mueve entre el miedo y la esperanza entre los habitantes de los barrios afectados.

El re-conocimiento del estigma y de la negociación ante los “otros” se presenta también como un tema central (Quincenos y Sanín, 2009; Warr, 2005b). El efecto que ello tiene sobre la identidad, principalmente de los jóvenes, suele ser tratado por autores antropólogos. También por esta razón el estudio del estigma territorial es presentado como un estudio en las relaciones de poder y dominación (Garbin y Millington, 2011; Warr, 2005b; Fernández-Kelly, 1995). Estas relaciones son fundamentales para determinar la producción del espacio -en sentido que da Lefebvre- así como la capacidad de los habitantes del barrio para asociarse y organizarse (Kessler, 2012; Warr, 2005a). El estigma territorial suele ser tratado también en relación a los temas de capitales -en sentido de Bourdieu- ya que es considerado erosivo del capital simbólico. Así, un tema central en los estudios sobre los efectos del lugar es ver el trasvase entre tipos de capitales: social, cultural, económico y simbólico (Cornejo, 2012; Eksner, 2013; Garbin y Millington, 2011; Kessler 2012; Fernández-Kelly 1995; Warr, 2005). La escuela, como muestran Eksner y Kessler, es un punto importante, un instrumento donde se produce esta transformación de capitales, donde se muestran “los mecanismos por los que el discurso del gueto a su vez se convierte en la experiencia vivida” donde la estigmatización territorial juega un papel importante en la devaluación del capital educacional (Eksner, 2013: 349).

Estas reacciones y efectos negativos sobre la identidad y el lugar desaniman a quienes no viven allí para visitarlo o para relacionarse con sus residentes, ahondando en la homogeneidad y el aislamiento de las redes sociales de quienes residen en el lugar (Bayón 2012; Leonard, 2004; Warr, 2005a y 2005b). La pobreza es finalmente interiorizada y auto-culpabilizada a causa de la demonización del lugar y del pobre, provocando una individualización o un repliegue sobre los lazos más próximos y privados (Bayón, 2012; Lapeyronnie, 2008; Leonard, 2004; Wacquant 1998, 2007a y 2007b; Warr 2005a).

3.3. CAPITAL SOCIAL Y MARGINALIDAD URBANA

La relación entre capital social y estigma territorial es fuertemente complicada y a la vez importante que no sólo se traduce en una disminución de confianza y de falta de unidad socio-territorial como se dijo en líneas anteriores (pág. 25) sino que es una relación bidireccional en el que entran en juego los demás tipos de capitales y otros conceptos básicos de la antropología como la reciprocidad, los valores o la identidad. Por ello, ahora se realiza un pequeño recorrido por el concepto de capital social y su tipología, así como un pequeño marco teórico de la relación entre los barrios relegados y el capital social.

El concepto de capital social fue propuesto por Bourdieu, presentándolo como “el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o reconocimiento mutuo”. Funciona, según Bourdieu, en “el espacio de luchas de clases y juegos de dominación” (Bourdieu, 1985: 248). Se entiende como una relación social que se sumerge en cada tipo de capital y se articula entre todos los tipos con la lógica general de mantener la reproducción social del sistema (Narotzky sobre Bourdieu, 2010). Así, el capital sociales planteado como los recursos que tanto un individuo como un grupo puede obtener al poseer una red de relaciones de apoyo y solidaridad. Es visto como un atributo de ciertas clases sociales históricas y no un fenómeno aplicable por igual a todas las sociedades. De esta manera, el capital social son unas conexiones y unas redes sociales, importantes para la perduración y reproducción de las clases, que da un acceso diferenciado a los recursos, tanto económicos como políticos. Es decir, el capital social de las clases dominantes es en sí mismo lo que les permite reproducir esta dominación, basándose en que este capital

funciona en el espacio social de las luchas de clases y los juegos de poder y dominación. En definitiva, es planteado como un aspecto que promociona la diferenciación de clases y como tal, un instrumento para mantener el poder (Narotzky, 2010; Guerrero, 2005).

Esta visión del capital social ha sido re-construida o modificada por otros autores posteriores. Para Coleman el capital social son distintas entidades que están inmersas en algún aspecto de la estructura social y dan facilidades a los miembros que están dentro de estas estructuras. Para él, el capital social posibilita el logro de ciertos beneficios que en su ausencia no podrían conseguirse. Tanto para este autor, como para Bourdieu, el capital social podría ser un atributo aplicable a un individuo o a un grupo social, pero nunca de forma homogénea para todas las sociedades o grupos sociales (Coleman, 1990; Bretón, 2005; Narotzky, 2010). Las diferencias entre los dos autores se sitúan en tanto que para Bourdieu, el capital es entendido como propiedad de un grupo en función de su relación a los medios de producción y como imposición al resto de la población de unas relaciones ligadas con la producción para poder sobrevivir. En cambio para Coleman, este capital es visto como un “objeto, valor, bien o un activo” en el que invirtiendo recursos se puede lograr obtener beneficios (Narotzky, 2010: 132 y 133). Es decir, el capital social es por sí mismo lo que produce la movilidad en la estructura social, omitiendo el valor que tiene éste en la producción de relaciones sociales diferenciadas. En definitiva, el capital social deja de ser visto como el resto de capitales -formadores estos de diferenciación social- y se pierde la visión histórica de las relaciones sociales en tanto que productoras de estructuras sociales. Como argumenta Narotzky al analizar a Coleman “como todo el mundo tiene relaciones sociales, todos pueden tener capital social si saben utilizarlo” (Narotzky, 2010: 141), asumiendo la idea de que la inversión en capital social -y en su utilización- posibilitará el logro de beneficios.

Finalmente, Putnam traslada al capital social, o su carencia, como el motor del desarrollo o subdesarrollo político y económico de una sociedad. Entendiendo este capital como las conexiones entre individuos; redes y normas de reciprocidad y su fiabilidad que permiten la interacción y la cooperación social (Putnam, 2000; 19). Pone de manifiesto como el capital social, inmerso en todos los grupos sociales y naciones, debe ser potenciado para mejorar la situación de dicha población, pues es más probable que mejore su situación social. Son

estas características -redes, normas de reciprocidad, incrustación, etc.- por lo que Portes y Sensenbrenner y Portes advierten que el capital social no es un concepto tan nuevo como parece y que éste es posible de encontrar en autores como Marx, Durkheim o Simmel (Portes, 2012: 19 y 83).

Tipos de capital social

Putnam (2000: 22) diferencia dos tipos de capital social: de proximidad (*bonding*) y puente (*bridging*). El primero, ocurre entre población homogénea y sólo beneficia a quienes tienen acceso interno. Para él, sus beneficios son limitados y están basados en la confianza y la solidaridad. Putnam reconoce el capital social *de proximidad* como excluyente. Cuando estos lazos se extienden a otros grupos o comunidades pueden llegar a ser más exitosos; este tipo de capital social Putnam lo denomina *puente*. Estos vínculos, son los que proveen recursos para transformar el capital social en otro tipo de capital, por ejemplo, económico o humano -Bourdieu, en cambio, prioriza el capital económico como recurso que se puede transformar en otros siendo más difícil a la inversa-. Es esta provisión por lo que Putnam considera el capital social *puente* como incluyente, un recurso para el acceso al empleo, a la movilidad y al éxito empresarial. La capacidad incluyente que posee es el capital social *puente*, según Putnam, es similar a lo que Granovetter definió como la “fuerza de los vínculos débiles” (2000) [1974], donde éstos tienen una fuerte capacidad instrumental, de fuera de los círculos más inmediatos -familia y amigos-, como sistema de información para el acceso al empleo.

Para Leonard (2004: 930), existen dos problemas en el trato de los vínculos *de proximidad* y los vínculos *puente* por parte de Putnam. Primero, la diferenciación de los vínculos *de proximidad* como excluyentes y los vínculos *puente* como incluyentes. Segundo, la consideración de que en la transición de capital social *de proximidad* a capital social *puente* se produce una mejoría global en la comunidad y no individual. En su estudio sobre un barrio católico de Belfast, Leonard, muestra como a través de lazos de proximidad se dan ambos procesos, de inclusión y exclusión, y cómo estos eran tratados como una estrategia política beneficiosa. Por el contrario, a través del capital social *puente* existen beneficios empresariales individuales más que de la comunidad.

Por otro lado, en su artículo *Social and Cultural Capital in the Urban ghetto*, Fernández-Kelly (1995) muestra como el capital social *de proximidad* se transforma potencialmente en otro tipo de capital. Así, ella señala cómo las fuertes redes dentro de las familias del gueto negro de Baltimore no sólo tienen capacidad excluyente de por sí -alejan del acceso a información sobre puestos de trabajo- sino que pueden transformarse en capital cultural, reflejado en un “repertorio de símbolos puestos en circulación” -en su caso de estudio el embarazo adolescente-. Esta transformación potencia la capacidad excluyente de los lazos *de proximidad*, lo que hace aún más difícil el acceso a los puestos de trabajo en los ámbitos dominantes, ya que estos *símbolos culturales* recrean las estructuras de dominación (Wacquant, 1995: 220; Bourdieu, 1984; Fernández-Kelly: 218 y 220). En este sentido, Wacquant señala que, como forma de capital, el capital social depende del campo -en sentido bourdieano- en el que se mueve, como forma de poder y dominación. Así, al igual que Fernández-Kelly, apunta que unos lazos de afiliación en el gueto puede servir de recurso en la economía informal pero en el mercado laboral ser un lastre y, por consiguiente, ser convertible en otra forma de capital (Wacquant, 1998: 27).

En la mayoría de los estudios, el tema del capital social ha sido tratado con una visión individualista (Portes y Sensenbrenner, (1993); Portes (1998); Putnam (2000)), tanto si habla de las ventajas como de los perjuicios que pueden suponer. Por lo general, el capital social se ha relacionado con las redes interpersonales, las asociaciones informales y la pérdida de arraigo cultural como son las normas de reciprocidad o los sentimientos de confianza (Wacquant, 1998). En cambio, también hay otras visiones que tienen que ver con la organización formal y las instituciones públicas (Wacquant, 1998, Warr, 2005a)

Para Wacquant (1998: 28), el capital social *de proximidad* y el capital social *puente* forman parte de uno más amplio: el capital social *informal*, definido como los lazos sociales basados en redes interpersonales de intercambio, confianza y obligaciones. En cambio, existe otro tipo de capital social: el *formal*, integrado por lazos anclados en organizaciones formales en las que se participa como miembro o cliente. Los recursos son obtenidos a partir de la pertenencia o conexiones a organizaciones formales. Así se pueden dividir en dos tipos el capital social *formal*: público o privado, dependiendo de si la organización depende del funcionamiento como mercado o como Estado.

El capital social negativo

La erosión o el desaprovechamiento del capital social puede depender de dos factores: el funcionamiento de las organizaciones formales, que provienen de bienes y servicios, así como de ayudas y protección social; y de la organización de la comunidad, la familia o las amistades, es decir, de las relaciones informales.

Sobre el primero, Wacquant (1998) apunta como la mayoría de los estudios han omitido la función de las organizaciones formales -principalmente, de las instituciones públicas- en los efectos del capital social, particularmente, en el gueto americano. Dichas organizaciones que deberían ir dirigidas a ser fuentes de confianza e integración social se han erosionado y se han convertido únicamente en proveedores de bienes y servicios cívicos. En el gueto, ha habido un declive organizacional y una involución por el abandono del Estado causado por el empequeñecimiento del Estado del bienestar, por lo que las instituciones públicas han actuado como *capital social negativo* (1998: 29). Este deterioro se ve en la relación de ambos, habitantes e instituciones públicas, como la policía y el sistema judicial -que actúan como formas de control y humillación-, el sistema de salud o la escuela pública. Los recortes del Estado han hecho desaparecer un alto número de puestos de trabajo, quedándose en el barrio, pequeños comercios, que impiden a los habitantes, tal como dice Grannovetter (1974), tener la “reserva de contactos” necesaria para entrar en el mercado laboral oficial (1998: 34), erosionando por tanto el *capital social formal* de los habitantes del barrio. Fernández-Kelly confluye con Wacquant en resaltar la importancia del deterioro, ya que el capital social generado por las familias en el gueto sólo puede ser aprovechado en el entorno físico incluyendo en ellos la asistencia (programas) públicos (1995: 218).

El segundo factor negativo de capital social depende del funcionamiento interno de una relación informal. Es analizado por Portes (1993 y 1998), quien no realiza una diferenciación de tipos por la cercanía de las relaciones -aunque al ser interno al grupo se ha de considerar como consecuencias exclusivas del capital social *de proximidad*- sino por sus fuentes, de las que distingue cuatro: valores, solidaridad, confianza y reciprocidad. Portes, en una visión bourdiana, define capital social como “expectativas colectivas que afectan al comportamiento económico individual” (Portes y Sensenbrenner, 2012 [1993]: 24) o “la capacidad para garantizar los beneficios a través de la pertenencia a redes y otras

estructuras sociales” (Portes, 2012 [1998]: 89), teniendo en cuenta, sobre todo, la capacidad de transformar el capital social en capital económico, principalmente, individual. La intención de Portes es no remarcar las redes comunitarias, el control social y las sanciones colectivas únicamente como ventajas por lo que identifica cuatro consecuencias negativas del capital social¹⁷: exclusión de los extraños, reclamaciones excesivas a los integrantes del grupo, restricciones a la libertad individual y normas niveladoras hacia abajo (Portes, 2012 [1998]: 94).

Capital social y barrios urbanos relegados

Para Fernández-Kelly el capital social está definido por la dependencia de vectores físicos, es decir, el espacio urbano, y de construcciones sociales como la clase, la raza y el género siendo esto más potente que la *incorpórea (disembodied)* noción de moralidad (1995: 215). Muchas personas que viven en barrios empobrecidos dicen sentirse adheridos a la costumbre de la *corriente principal (mainstream)* aunque la puesta en práctica se ve moldeada por el entorno más tangible que los circunscribe.

Los habitantes del gueto no sufren una falta de capital social -carencia cuantitativa- basado en reciprocidad y confianza, sino una disminución de la capacidad de crear lazos sociales que garanticen el acceso a los recursos controlados por otros grupos sociales más amplios - carencia simbólica-. Esta laguna social merma las conexiones significativas más allá de sus relaciones inmediatas (Fernández-Kelly, 1995: 217) que les impide superar su entorno físico, incluido lo disponible a partir de los programas asistenciales.

Quienes viven en los barrios relegados tienden a crear un rico repertorio simbólico de muestras precarias de afirmación individual y auto-individuación. Las posibilidades de transformar un capital en otro vienen determinadas por la localización física y social. La carencia de conocimiento deriva del contacto sostenido con otros grupos familiares involucrados en el mercado laboral informal que dificulta a su vez la utilización del capital cultural en contextos o campos diferentes.

¹⁷ Portes no afirma que únicamente haya efectos negativos del capital social sino que, al contrario, los identifica y comparte con otros autores. Entre los efectos positivos del capital social se encuentran: las preferencias y flexibilidad en las transacciones económicas; el altruismo entre afines; el acceso privilegiado a recursos económicos; o las expectativas fiables respecto a los efectos y actos ilícitos. Lo que realiza Portes es mostrar una cara diferente que solía ser olvidada en los análisis sociológicos

El entorno físico y los servicios municipales pobres *-capital social formal negativo-* producen un sentimiento de desempoderamiento y fatalismo en los residentes lo que produce una actitud negativa hacia su comunidad, erosionando el capital social y aceptando la degradación del entorno, con la consecuente relegación a la privacidad de sus casas (Leonard, 2004: 932; Wacquant, 1998; Warr, 2005: 293)

Los barrios relegados suelen estar carentes de instituciones privadas que provean al barrio de recursos, bienes y servicios existentes en otros barrios: servicios financieros, de seguros y comercios al por menor, todo ello agravado por la ausencia del Estado (Wacquant, 1998: 28). También, la falta de recursos estatales ha llevado a una creciente economía ilegal callejera, que conlleva una fuerte desconfianza personal y sentimientos de individualidad y alienación colectiva que tiene la repercusión en concentración de pobreza y una estigmatización agudizada.

Leonard (2004), muestra como en West Belfast, barrio católico de la capital norirlandesa, el capital social entre residentes no fue erosionado sino que se tomó como soporte estratégico contra la situación política, desafiando el abandono del Estado a través de una economía informal que proporcionaba un pequeño desarrollo al barrio. Por otro lado, el capital social *puente* se mostró como una forma de diferenciación social de algunos empresarios sacando beneficios particulares sin repercusión en la comunidad.

Quienes viven en barrios estigmatizados se encuentran con la barrera para desarrollar y mantener conexiones sociales diversas fuera de su vecindario. Ellos deben aprender a negociar y afrontar el estigma y la carencia en muchos casos de recursos para ello, provocado por la presencia de capital cultural y simbólico negativo (Fernández-Kelly, 1995) -esto no es único del estigma territorial sino que es básico en la cotidianidad de todos los estigmatizados, como reflejaba Goffman (2008)-, hace que se releguen al entorno familiar y local (Warr, 2005a). La falta de acceso a los recursos y a las redes débiles, como consecuencia de la segregación espacial y social, se ve fortalecida por el valor negativo de los lugares donde residen.

BLOQUE II

1. SOBRE LA MARIOLA: HISTORIA Y ETNOGRAFÍA

1.1. LA HISTORIA URBANÍSTICA: DE LA PROMOCIÓN PÚBLICA DE VIVIENDAS AL PLA DE BARRIS

Este capítulo relata cómo se forma el barrio a través del desarrollo urbano, y cómo se produce un determinado tipo de espacio, tanto geográfico como social. Siguiendo una relación cronológica, describo la aparición de sus diferentes partes, así como su arquitectura urbana y la formación de la morfología social que se constituye. La finalidad del capítulo es mostrar el tejido social y las relaciones de vecindad y proximidad a través del marco que proporciona el desarrollo y la morfología urbanas.

Para realizar el siguiente escrito, he utilizado fuentes de información escritas y orales. Sobre fuentes escritas, destaca, como documento central sobre la historia urbanística del barrio -y de la ciudad en su globalidad-, la tesis doctoral que realizó Joan Vilagrasa, publicada en 1990, *Creixement urbà i agents de la producció de l'espai: el cas de la ciutat de Lleida 1940-1980*. En ella se describe la formación del barrio a través de las diversas actuaciones inmobiliarias y urbanísticas así como los agentes transformadores del suelo. Otra obra a consultar es el artículo escrito por Bellet y Mòdol: “La Mariola: de polígonos de vivienda pública a barrio urbano” escrito para el VIII Coloquio y jornadas de campo de Geografía Urbana de la Universitat de Girona. Sin embargo, aunque estas obras sirven de referente y marco de trabajo, el texto siguiente está formulado a través de la investigación que he realizado en el trabajo de campo, intentando construir una historia oral, que tiene su punto fuerte en la proximidad de la experiencia humana y la reflexividad del sujeto, a partir de los relatos de los vecinos. De esta manera, la idea es crear una pequeña aproximación a una historia social desde lo urbanístico y lo oral.

El barrio de la Mariola tiene su origen en una partida rural¹⁸ que fue urbanizada a partir de los años 40 del siglo XX como respuesta al gran aumento demográfico que sufre la ciudad¹⁹.

¹⁸ La partida rural de La Mariola es mucho más antigua. Cabe destacar que durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX La Mariola -mucho más extensa de lo que es ahora el barrio y el distrito- estaba

Población que venía como nueva mano de obra para la industrialización de la nueva economía capitalista leridana. El barrio, que estaba destinado a alojar a estos nuevos habitantes, se construyó alejado del núcleo urbano y de su pequeño ensanche; desconectado totalmente del tejido urbano y rodeado por campos agrícolas que permanecieron sin urbanizar hasta la década de 1980. Exento de planificación, ya que nunca se contempló en los primeros planes urbanísticos, el barrio iría creciendo a partir de “parches”, según fuesen apareciendo las cinco unidades de bloques de promoción estatal, generadoras de la morfología espacial y reflejo territorial del cambiante espacio social en el que se moverán sus habitantes.

Así pues, en 1941 empezó la construcción de los bloques Ruiz de Alda, unas pequeñas casas de dos plantas con una arquitectura muy sencilla, semejantes a las típicas *casas baratas* de comienzos del siglo XX, sin cimientos y con grandes lagunas de habitabilidad, alineadas en cinco filas formando tres calles paralelas. Se trataba de cien viviendas promocionadas por la *Obra Sindical del Hogar* para alojar a las nuevas familias, dada la escasez de vivienda por la que pasaba la ciudad tras la guerra civil y la pérdida de numerosos hogares. En estas nuevas casas se establecerán, en su mayoría, familias de procedencia leridana, aunque ya aparecerán los primeros pobladores de fuera de Cataluña. Se trataba de familias de trabajadores cualificados, que tenían sus puestos de trabajo repartidos por la ciudad y la provincia y que podían mantener un nivel de vida relativamente estable tras la guerra. Maribel vivió largos años en las casas bajas, como se les conoce en el barrio y donde guardó relación con los primeros habitantes.

Maribel: Vino muchísima gente de Andalucía, sobre todo obreros y era como que los iban metiendo aquí, aquí, aquí. Cuando se acabaron las obras, que ellos ya marcharon hacia Andalucía estas casitas bajas se vendían muy baratas y la gente fue como que se las rifaba. Gente de aquí. Son de hecho los mismos vecinos que siguen viviendo, ahora todo es gente mayor (...): pero ha sido siempre barrio obrero.

considerada como un lugar bello y apreciado, como se puede leer en algunas líneas del poeta lugareño Marius Torres.

¹⁹ Según Vilagrassa, basándose en datos de Lladonosa: “...el percentatge de nadius (...) havia minvat fins al 41,4 % . La immigració des dels pobles de la província s'havia intensificat en aquests anys ja que el 25 % del total d'habitants eren nats a la província i un 10 % més en altres comarques de Catalunya. El 23,6 % res tant era originari d'altres indrets de la península, entre els quals destacava Aragó (el 9 % de la població), regió que conjuntament amb la província de Lleida caracteritzà la primera onada migratòria del període”. (Vilagrassa, 1990: 101-102)

Antes vivía en las casitas bajas pero había muchos problemas de humedad. Porque esas casas son muy viejas y se hicieron a corre-corre, “¡qué vienen ya!, les tenemos que dar sitio para dormir”... y ni cimentación ni nada, están ahí puestas.

Durante la década no es la única obra que se realiza en la zona, ya que también se construyó un edificio de viviendas para militares a partir de la iniciativa del *Patronato de Casas Militares*, pues el barrio se encuentra al pie del Turó del Gardeny, donde se asienta un castillo templario; que por la época tenía función de emplazamiento militar. Esto produce también que en algunas casas de Ruiz de Alda viviesen algunos sub-oficiales militares. En un estudio lingüístico sobre el barrio, Silvia Puertas, cita a un habitante de estas casas.

Informante: La gent d'aquí eren obrers qualificats, no peons, més aviat gent qualificada, gent d'ofici: fusters; serrallers o gent de subalterns de funcionariat i coses d'aquests tipus, oficinistes. Aquí hi havia algun que treballava a Sindicats, algun suboficial, abans de que fessin les vivendes dels suboficials també vivia aquí.

A pesar de los nuevos habitantes, no existía vida de barrio ni encuentros de vecindad, ya que, en primer lugar, no había relación social cercana y, en segundo lugar, no existían lugares donde socializar como plazas, ni tan sólo tiendas.

Es a partir de 1954, a causa de la continua llegada de nuevos habitantes a la ciudad, cuando, trescientos metros más alejado, se construye otra nueva promoción realizada por *Obra Sindical del Hogar*. Estos nuevos edificios, efectuados en tres fases²⁰ y hasta 1960, continuarán con la línea precaria con la que fueron construidos los bloques Ruiz de Alda, aunque en esta ocasión serían de cuatro plantas y con un espacio interior más pequeño: entre 32 y 46 m². Los pisos estarán compuestos por dos dormitorios, un baño, una cocina y un salón-comedor.

El nuevo grupo se componía de 518 viviendas sociales y fue llamado Ramiro de Ledesma²¹, también se les unirá pasado los años un conjunto escolar -situado al lado de la

²⁰ La tercera fase se conoce como *Grupo Santa María de Gardeny*, que consta de 50 viviendas. Destaca sobre todo porque está urbanizada en una parcela separada por una calle ancha. Los edificios son más altos, de 5 plantas, pero la arquitectura es prácticamente similar a la de las otras dos fases.

²¹ En la actualidad, su nombre oficial es *Grup Mariola*, aunque todos siguen usando la primera denominación. Durante la etnografía se usará únicamente Ramiro de Ledesma.

tercera fase- y una iglesia católica -al lado de la primera fase-. A pesar del aumento del número de hogares, el barrio continuó estando apartado de Lleida y, aunque poco a poco fueron apareciendo nuevos comercios, conservó su carácter rural estando desligado del ambiente más urbano que existía en Lleida, que en aquellos momentos empezaba a consolidar su primer ensanche. Aunque algunos habitantes de los nuevos bloques eran leridanos, en general procedentes del casco antiguo, la gran mayoría provenía de otros lugares de España: Andalucía, Extremadura, Castilla, León, Murcia, etc. Estos pisos eran, comúnmente, concedidos por el Gobernador y, con frecuencia, eran dados por influencias o peticiones indirectas de algunas familias. Mercedes, una mujer que ha vivido toda la vida en el barrio explicaba cómo se asentó el barrio.

Mercedes: Los pisos de aquí arriba, de la segunda fase, se entregaron el 18 de Julio de 1960, lo sé porque mi hija tenía 18 días (...) Todo era gente trabajadora: gente que viven en un piso, tres o cuatro familias, que alquilan habitaciones; algunos que quizás vivían en La Bordeta y pidieron un piso también vinieron; no sólo inmigrantes de fuera [aunque] era un barrio más de andaluces, de castellanos (mi marido era de León), otros de Zaragoza; muchos catalanes que vivían en el Canyeret toda la vida. Se pagaban ochenta pesetas a pagar en cincuenta años y a los cincuenta años queda tuyo.

Entonces claro, gente que vivían realquilados en una vivienda con dos o tres matrimonios o familias, tocarles un pisico... Esos son más pequeños de treintaitrés metros, los que nos tocaron a nosotros eran de cuarentaiséis.

No se puede entender la historia y el desarrollo del barrio de La Mariola sin conocer qué pasó en el histórico Canyeret de Lleida. Tal barrio se situaba al pie del *Turó de la Seu Vella*, era un barrio humilde, habitado en buena parte por personas de etnia gitana - instalados allí desde hacía mucho tiempo-, muchos inmigrantes españoles y también pobres procedentes de la vida rural. Durante esos años, los inmigrantes que llegan a Lleida, por culpa de la escasez de casas, se van instalando en el Canyeret, construyéndose, en muchas ocasiones, sus casas sobre otras en ruinas²². Tras la guerra civil española²³, donde la Seu

²² Léase para más información, Lladonosa, M. y Moretó, M.: Lleida: present i futur del Canyeret. Serra d'Or, octubre de 1964

²³ El problema del barrio del Canyeret ya venía de antes de la guerra española, no sólo como problema urbanístico, sino social. Más adelante en el capítulo 4, dedicado al estigma, veremos dicho problema con más detenimiento.

Vella²⁴ sirvió de fuerte, el barrio quedó en buena parte maltrecho y sus casas en ruinas o prácticamente inhabitables como consecuencia de los bombardeos realizados el 2 de noviembre de 1937 y el 27 de marzo de 1938. Al finalizar la guerra, el gobierno franquista, a través de su plan de *Regiones devastadas*, bajo el pretexto de la inviabilidad de la renovación urbana del barrio, decidió su derrumbe paulatino, y por tanto desaparición, que se completaría totalmente a principios de 1960. Aquellos que habitaban el barrio se vieron obligados a una movilidad forzada y, como consecuencia de su bajo potencial económico, muchos fueron alojados en la antigua prisión de la ciudad, en pleno centro urbano. Aquello, durante años, se convirtió en una olla a presión tanto social como política, ya que las condiciones materiales, habitacionales y simbólicas fueron auténticamente precarias y con la opinión pública ejerciendo una fuerte crítica a tal realidad. Finalmente, para acabar con la situación, se decidió acelerar el proceso de expropiación de unos terrenos, conocidos como el polígono urbano Santa María de Gardeny²⁵, justamente al norte de la limítrofe partida rural de la Mariola. Aquí fueron instalados en 1967 unos barracones prefabricados de uralita y madera que serían conocidos como “*las casetas*” provenientes de la comarca del Vallés y que habían servido de viviendas a los damnificados de las inundaciones de 1962.

Estos barracones albergaron a una población próxima a cinco mil personas. Así, a partir de 1971, con la creación de un nuevo grupo de viviendas, los bloques Gaspar de Portolá con 152 nuevos hogares, y hasta finales de 1973, con la entrega de 908 viviendas llamadas bloques Juan Carlos, promocionados por el Instituto Nacional de la Vivienda, se empezó a dar alojamiento fijo a las familias (Vilagrassa, 1990).

Así, la primera fase de los bloques Ramiro de Ledesma fueron poblados por habitantes del Canyeret, que habían podido “escapar” del barrio y evitar así la situación precaria de la prisión provincial o de *las casetas*.

También, junto a ellos, llegan las primeras familias gitanas del Canyeret; gitanos catalanohablantes que viven en el barrio hasta la actualidad. Las siguientes fases fueron

²⁴ Seo o Catedral Vieja en castellano. La Seu Vella es el principal monumento arquitectónico de la ciudad, referente en diversos sentidos: histórico, simbólico o urbanístico.

²⁵ Dicho polígono comienza a crearse a partir de 1961 y comienza a construirse en 1969. No sólo fue dedicado para vivienda social sino que cuando pasó a formar parte del Institut Català del Sòl (INCASOL) fue fragmentado en dos y subastado y edificado por la iniciativa privada. (Vilagrassa, 1990)

habitadas por inmigrantes españoles, quienes habían llegado a Lleida tras los puestos de trabajo creados por la construcción de embalses, obras hidráulicas y carreteras cercanos, o que vinieron directamente en busca de trabajo. También muchos pisos de la primera fase fueron abandonados por los primeros habitantes y fueron siendo ocupados por inmigrantes de clase trabajadora que llegaban a las nuevas fábricas leridanas entre los años 60 y 70. Por lo tanto, el nuevo territorio, los bloques Ramiro de Ledesma, fue generándose a través de la heterogeneidad de las procedencias y del estatus de clase, provocados por los diferentes tipos de trabajo (peones de las infraestructuras, peones de construcción, obreros fabriles, vendedores ambulantes, etc., a diferencia de Ruiz de Alda, donde estaban los obreros cualificados) pero comenzó a adquirir forma a través de las nuevas relaciones sociales de vecindad y de nuevos espacios de sociabilidad que proporcionaba la arquitectura; así como pequeños comercios que iban apareciendo. A pesar de ello, las condiciones de vida y habitabilidad no eran adecuadas; primero por la falta de urbanización de la zona, pero también por el tamaño de los pisos, donde a menudo convivían el matrimonio con los hijos y uno o diversos parientes. También habría que añadir la falta de equipamientos y servicios básicos que se verían mejorados con la construcción del colegio y la iglesia.

Aunque en la década de los 60, había ya un número importante de habitantes, superior a las dos mil personas, las relaciones entre los diversos bloques de viviendas no eran demasiado fuertes, ya que tanto en Ruiz de Alda, como en los bloques militares, la gente se había acostumbrado a acudir a servicios ubicados en diferentes barrios, pero sobre todo debido a la distancia social que les separaba, así como a los diferentes momentos de llegada. Además, ambas zonas estaban separadas por descampados que actuaban como barreras físicas. Estas distancias se verían superadas en buena parte con la apertura de la escuela pública. También a partir de 1960, las viviendas de promoción privada empezarán a ocupar los espacios intersticiales entre los diversos bloques, lo que dará lugar a un tejido urbano y social más firme.

Como ya se ha dicho antes, a partir de 1967 se instalan los barracones conocidos como *las casetas*. Barracones de madera y uralita, que procedían del Vallés y que habían servido de alojamiento a personas damnificadas por las inundaciones de 1962. Aquí, en principio, se alojaron a las familias del Canyeret que vivían en la antigua prisión y también a otras

familias sin vivienda de diversos barrios de Lleida. Pero al poco tiempo *las casetas* estaban ocupadas en su mayoría por nueva (o no tan nueva) población inmigrada, ya que las casi mil casetas superaban con creces el número de familias afectadas por la desaparición del Canyeret. Además, también se alojó, por política pública, a familias que vivían en otros barracones, no sólo de Lleida sino también de Catalunya²⁶. Por otro lado, aparecieron muchas familias de nivel económico muy bajo, ya que sabían que quienes poseían una caseta entrarían luego en el sorteo para quedarse con un piso de los nuevos bloques de promoción pública.

Las casetas serían vistas desde Lleida como un lugar disoluto, lo más bajo de la escala social en Lleida. Quienes vivían allí eran directamente marcados por el resto de la ciudad, a pesar de la diferencia internas que había dentro de las propias casetas. La mala imagen se veía alimentada por la precariedad laboral de la mayoría de sus habitantes, ocupados en trabajos temporales de baja cualificación, así como por la precariedad de la vivienda - también porque de vez en cuando algunas de ellas sufrían incendios.

La construcción de los nuevos bloques de viviendas, primero Gaspar de Portolá en 1969 y después los bloques Juan Carlos en 1971, no aportarían una mejora sustancial en el entorno del barrio, ya que, aunque se mejoraba la calidad de habitabilidad, el barrio seguiría adoleciendo de problemas tales como una limpieza deficiente, descampados que servían para la acumulación de basura y, en general, una mala urbanización. Otro problema era la inexistencia de comercios, en gran parte porque la arquitectura de los edificios impide la existencia de locales comerciales. Esto obliga a tener que ir a realizar las compras a otros barrios, por ejemplo a los bloques Ramiro de Ledesma (antes de que también desaparecieran de aquí).

Al principio de los años 1970, surgió un fuerte movimiento social urbano, el primero de la ciudad de Lleida, que, por una parte, estaba motivado por la situación social en la que se vivía en las casetas y, por otra, por el proceso de expropiación de los terrenos en los que se encontraban varias masías y casas de campo. El movimiento, dirigido principalmente por los sindicatos y por el PSUC, ambos clandestinos, dio lugar a la asociación de vecinos, que

²⁶ Por ejemplo, llegaron familias del Vallès que ya habían estado viviendo en las casetas anteriormente, o familias de aquella misma zona que vivían en barracones.

fue la primera, nombrada como tal, de la ciudad. Máximo, presidente de la asociación de vecinos de La Mariola, lo recordaba así: “en aquella época, a mi modo de ver, la asociación de vecinos surge como reivindicación urbanística (...) pero también era un modo de luchar contra la dictadura”²⁷.

Aunque el asociacionismo dotó a ambas partes, La Mariola y bloques Juan Carlos, de una mayor cohesión interna y de mejora en las relaciones vecinales, los dos barrios se vivirían como dos zonas diferenciadas e independientes. La morfología urbana impedía la facilidad para las relaciones y la idiosincrasia del barrio hacía que ambas zonas, como había pasado desde los primeros años, fueran independientes.

Tras la construcción de los bloques estatales (1940-1975), quedan en el barrio varias zonas intersticiales entre los diferentes bloques de vivienda social, que serán parceladas y luego edificadas por la iniciativa privada a partir de los años sesenta. Edificios de mayor calidad y de alturas de entre cuatro y seis plantas. Su mayor pico de construcción estará alrededor del año 1975, cuando el barrio se aproxima al Paseo de Ronda, la gran avenida que marcará el fin del primer ensanche.

Finalmente, el barrio quedará configurado con las siguientes promociones inmobiliarias (Cuadro 1)

Promoción	Año de construcción	Promotor	Nº de viviendas
Ruiz de Alda	1941	Obra Sindical del Hogar	100
Casa Militar	1942	Patronato Militar	28
Ramiro de Ledesma I	1954	Obra Sindical del Hogar	206
Ramiro de Ledesma II	1957	Obra Sindical del Hogar	262

²⁷ Como bien realiza y recuerda Vilagrasa: “Punt obligat de referència per a l’anàlisi de l’òptica popular dels problemes urbans, són els articles de la periodista Magda Ballester al «Diario de Lérida » que portà durant un breu període de temps (truncat per l’acomiadament de l’esmentada periodista) una línia de denúncia i d’informació dels problemes urbans que de forma més palpable afectaven les classes populars lleidatanes” (Vilagrasa, 1990: 90)

Santa María de Gardeny	1960	Obra Sindical del Hogar	50
Promoción privada	1960-1980	Privados	Aprox. 1600
Gaspar de Portolá	1969	Obra Sindical del Hogar	152
Juan Carlos	1973	Obra Sindical del Hogar	904
Promoción Privada	1979	Privados	558

Cuadro 1. Promociones de vivienda. Fuente: Vilagrasa (1990)

Con la consolidación del ensanche y la construcción de nuevos edificios de promoción privada, La Mariola empieza a afianzarse como un barrio integrado en la ciudad y a su tejido urbano. Estos nuevos edificios se situaban, primeramente, entre las primeras viviendas de promoción pública, los bloques Ruiz de Alda, y los bloques posteriores, Ramiro de Ledesma. El nuevo suelo de carácter urbano y la misma urbanización de la zona, que empezaba a estar conectada a la ciudad a través del Paseo de Ronda, provocaron la construcción de nuevos edificios de mayor calidad, aunque igualmente serían habitados por la clase trabajadora. A pesar de todo, durante muchos años, el barrio seguiría manteniendo campos de cultivo y descampados que, junto con las propias calles, harían de fronteras casi invisibles entre los diversos vecinos del barrio.

El barrio conservará su carácter de pueblo hasta finales de los años ochenta cuando sus habitantes dejarán de hablar de La Mariola y de Lleida casi como dos lugares independientes. Durante los años 60 y 70 aparecen en el barrio diversos comercios y algunos equipamientos. Destaca como comercio el mercado municipal de la Mariola, localizado en una planta baja de un edificio de viviendas, y como equipamiento el colegio público Magí Morera, creado para dar respuesta al gran número de nacimientos que se producía en esos momentos.

Finalmente, a finales de los años 70, se termina de dar forma al barrio actual con la construcción de unos edificios de promoción privada en un descampado que se sitúa entre el Paseo de Ronda y los bloques Juan Carlos. Estos nuevos edificios, actuarán de pantalla,

ya que impedían la visión de los bloques desde el resto de la ciudad. Esta situación se verá agravada por la creación de un cordón de equipamientos y zona verde que aislará todavía más al barrio, sobre todo, respecto al nuevo barrio vecino, denominado *Joc de la Bola*, el cual está destinado a las clases altas (vendidos en la época como pisos de alto *standing*).

A pesar de la gran presencia de niños desde finales de los años 70 hasta la década de 1980, el colegio permanecerá cerrado durante varios años entre finales de los años 90 y principios de 2000 a causa de la falta de alumnado, ya que, como veremos, la población joven dejará el barrio. Será reabierto tras la llegada de nuevos alumnos, sobre todo segunda generación de población inmigrada, y ampliado con el instituto Castell de Templers, abierto en 2012.

Así pues, la característica principal del barrio es la fuerte fragmentación socio-urbana en la que se ha ido sumergiéndose. Encontramos diferencias no sólo en la antigüedad y calidad de los edificios sino también en su morfología y situación, en los habitantes que llegan en primera estancia a ellos y en los años posteriores. Encontramos también diferencias en el tipo de habitantes que va llegando al barrio con la construcción de cada promoción (Cuadro 2)

	Fecha de llegada	Características de la mayoría de la población llegada
1	1941-42	Habitantes leridanos y primeros inmigrantes (de la provincia y de España). Obreros cualificados. Sub-oficiales militares
2	1954-1975	Inmigrantes españoles en busca de puestos de trabajo con pocos recursos económicos
3	1967-1975	Ocupantes de la ex prisión provincial (ex habitantes del Canyeret) e inmigrantes españoles
4	1975-1980	Clase media catalana que ocupa las viviendas de promoción privada a la entrada del barrio
5	1990-1995	Afectados por la renovación de la Avenida Tarradellas. Movilidad forzada. De nulos recursos económicos y educativos
6	2000-actualidad	Inmigrantes no españoles con pocos recursos económicos

Cuadro 2. Tipología de la población de llegada. Elaboración propia

A partir de 2004, el barrio entra a formar parte del *Pla de Millora de Barris* promovido por la Generalitat de Catalunya. Desde 1980, cuando se terminan de construir prácticamente todas las promociones privadas, hasta entonces, el barrio entró en una fase de estancamiento, en el cual no existe ningún tipo de renovación a excepción de la creación de un equipamiento cívico de Bienestar Social de la Generalitat de Cataluña inaugurado en 1994 y el *Centre Cívic Mariola*.

1.2 BREVE DESCRIPCIÓN DE LA MARIOLA

El barrio de La Mariola está actualmente ligado al tejido urbano de la ciudad de Lleida, a pocos minutos caminando del centro de la misma. Como barrera principal entre la Mariola y el resto de Lleida se sitúa el Gran Paseo de Ronda, la gran avenida de la ciudad, de tres carriles en ambos sentidos y de aceras de unos cinco metros de anchura. Básicamente, es la única dificultad física que hay para el acceso al barrio. También el Turó (cerro) del Gardeny, al sur del barrio, ejerce de barrera -aunque en menor medida, ya que es un límite propio de la ciudad. Al oeste del barrio, y como límite de la Lleida urbana, está la huerta leridana, mientras que en el norte -en el barrio de los bloques Juan Carlos- el límite lo forma un cordón de equipamientos que lo separa del barrio vecino del Joc de la Bola. En principio, ésta es la actual delimitación espacial como barrio desde el punto de vista oficial y administrativo. Pero, por otro lado, las diversas promociones inmobiliarias, así como la calle Pius XII, que discurre justo por el medio, han fraccionado el barrio en dos mitades, que forman las áreas de influencia de la Asociación de Vecinos de la Mariola, al sur, y de la Asociación de Vecinos de los Bloques Juan Carlos al norte (ver mapa 1).

Sustancialmente, las fronteras no visibles internas son más importantes, ya que cada subdivisión arquitectónica o urbanística se autoidentifica como una zona propia. Aquellos que viven más cerca del Paseo de Ronda, no suelen identificarse con La Mariola; se declaran directamente del Paseo de Ronda. Quienes viven más cerca del barrio del *Escorxador* se identifican con éste. Por otro lado, algunos de quienes viven en los bloques Ramiro de Ledesma no incluyen a quienes viven en los bloques Gaspar de Portolá como habitantes de La Mariola o quienes viven en los bloques Ruiz de Alda no dicen ser nunca de La Mariola. Esto es importante para entender las relaciones entre vecindad y estigma.



Mapa 1. Límites del barrio de La Mariola. Elaboración propia

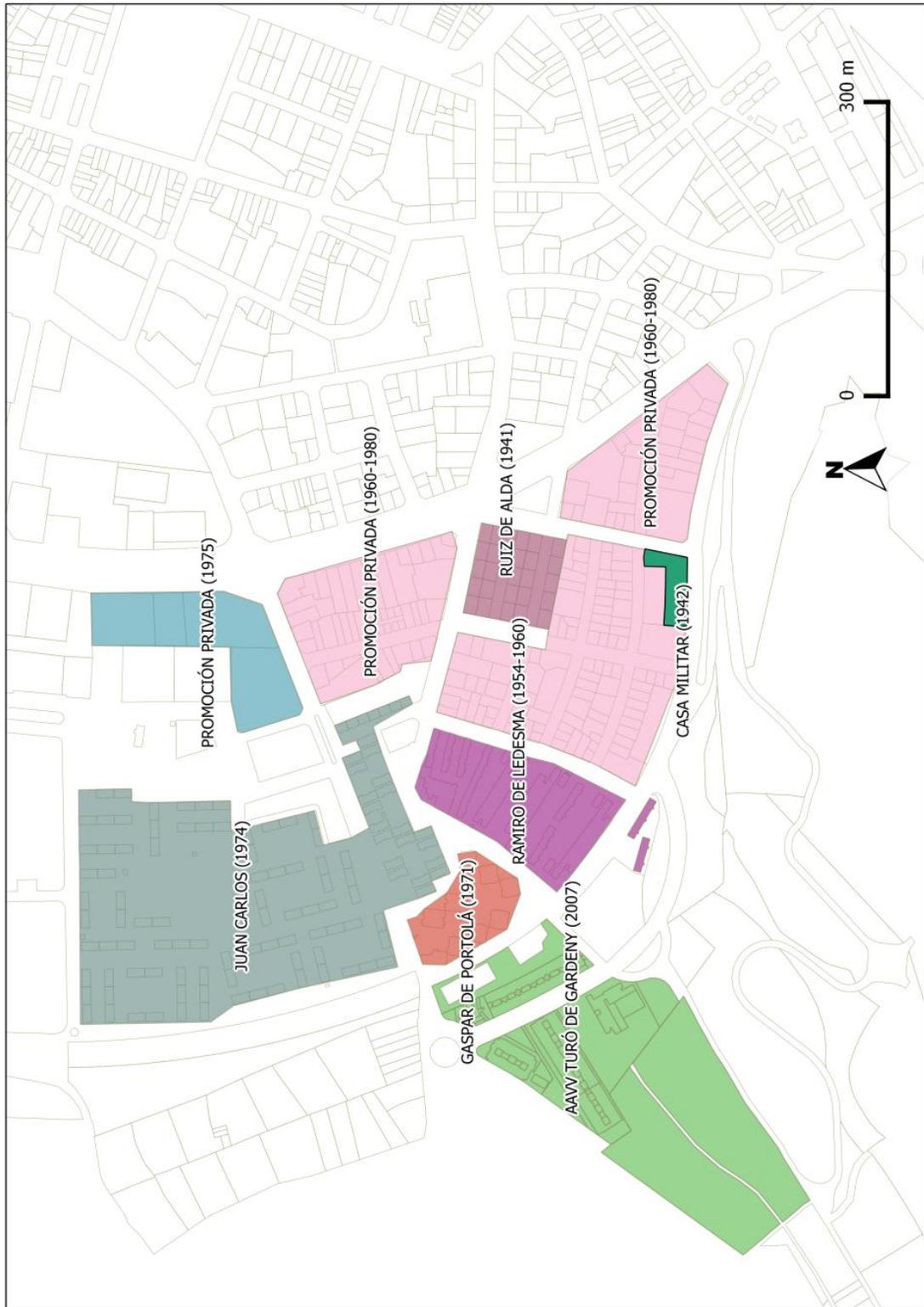
Este distanciamiento entre partes del barrio, viene dado, principalmente, por la llegada continua de población con un estatus social más bajo que el anterior. Por ejemplo, (Esencialmente), la Mariola rechazó la unión con los bloques Juan Carlos, pues estos habían cogido mala reputación y los habitantes cercanos al Paseo de Ronda pensaban lo mismo de Ramiro de Ledesma y Gaspar de Portolá.

Situación laboral y nivel de instrucción

La situación laboral y de nivel de estudios de La Mariola siempre ha estado entre las más precarias de la ciudad. Es conocida en Lleida por su alto nivel de analfabetismo, absentismo y fracaso escolar en relación a las medias locales y estatales. Asimismo su nivel de desempleo, tanto juvenil como de larga duración, también es muy superior a la media local. Todo ello, conlleva un alto nivel de pobreza económica siendo muchos hogares dependientes de pensiones y ayudas asistenciales -situación no sólo actual sino histórica.

Sus redes de sociabilidad, que se han ejercido a través de instituciones y servicios presentes en el barrio, ha sido siempre una carencia visible. Esta falta de recursos ha sido subsanada, en lo posible, casi siempre a partir del asociacionismo o la presión social.

Las redes de sociabilidad formal, es decir, vida asociativa, entidades e instituciones, que funcionan en La Mariola son muy escasas en comparación con otros barrios de Lleida. Propiamente, en La Mariola existen: la Asociación de Vecinos de La Mariola, el hogar y la asociación de jubilados, tres iglesias evangelistas y una católica, el colegio público Magí Morera, el instituto público Castell dels Templers, dos *centres oberts* regidos por agrupación religiosa Maristas (Pas a pas y Calidoscopi) y el club de petanca “La Seo”. También la asociación de mujeres gitanas se lleva desde el barrio, pero no posee sede física. Finalmente, hay que mencionar el centro cívico del barrio donde hay una oficina del *Institut Municipal d’Ocupació* y una asistente social. A ello, habría que añadirle lo perteneciente a los bloques Juan Carlos: la asociación de vecinos, el colegio público “Santa María de Gardeny”, una iglesia parroquial, un centro social de la Generalitat y una “ciber-aula” para niños. También, compartido con el barrio de Joc de la Bola, las instalaciones deportivas Gardeny (campo de fútbol) y el instituto Ronda.



Mapa 2. Localización de las diferentes promociones de vivienda. Elaboración propia.

1.3. UNA APROXIMACIÓN ETNOGRÁFICA AL BARRIO

Las relaciones vecinales

Más adelante, se trata la composición étnica y los cambios en la morfología social del vecindario. Ahora, me propongo relatar la modificación de las relaciones vecinales a lo largo de los años sin entrar en las causas internas o externas de dichos cambios.

Una de las mayores transformaciones que ha sufrido el barrio a lo largo de su historia ha sido con relación a las relaciones vecinales: sus formas de convivencia y de apropiación del lugar. Los cambios en las relaciones vecinales no son propios de La Mariola o de los barrios obreros, sino que es una constante en el cambio cultural que han sufrido las ciudades durante las últimas décadas. La arquitectura propia de los nuevos barrios así lo hace entrever; un espacio público pensado para la transición y el transeúnte, es decir, individualizador (Borja y Muxí, 2001: 46-51) En cambio, no así la arquitectura en La Mariola, ya que tanto en el edificio como los espacios intersticiales de sus diversos bloques, están más acorde con una forma de actuar supeditada a la necesidad de la clase obrera, con ciertas reminiscencias de la época paternalista burguesa; que provocan, a su vez, un apego del lugar. La agregación de las viviendas y la abundancia de espacios para el encuentro potenciaron las comunicaciones en la vida colectiva: la movilización y la lucha socio-vecinal, se forjaron en estos espacios -recordemos que en La Mariola aparece el primer movimiento vecinal- y de ello se deriva un sentimiento de adhesión al territorio. Un sentimiento que no pudo crear el movimiento obrero, pues los habitantes del La Mariola no están vinculados a ningún tipo de gran industria, sino que se levantó desde el movimiento vecinal.

A partir de la ocupación de los bloques Ramiro de Ledesma, entre 1955 y 1960, el barrio comienza a tomar forma, y buena parte de ello es debido a las nuevas relaciones de vecindad que se dan en sus calles. Éstas empiezan a ser fluidas y activas. Compartir el espacio público es una actividad cotidiana que permite una interacción más intensa que no únicamente la convivencia en una misma escalera. Las plantas bajas, que poseen una entrada ajardinada, y los espacios abiertos intersticiales, donde no existe circulación de vehículos, propician el encuentro tanto de adultos como de niños y jóvenes. Esta situación

de convivencia y vecindad es aumentada con el elemento de centralidad que supondrá un colegio muy próximo. Las diferentes zonas de la Mariola, que se separan por la tipología de los edificios, tienen como punto de encuentro la escuela del barrio. Haber cursado estudios en el colegio Magí Morera será gran muestra de identificación con el barrio.

Como señala Forrest (2004), el ámbito local juega un papel más importante en los barrios obreros-pobres, pues no es uno de tantos como en las clases medias, por lo que los lazos fuertes juegan un papel esencial (Fernández-Kelly, 1995, Fol, 2010, Grannovetter, 2000 [1974], Warr, 2005a). En La Mariola, por aquella época, las relaciones vecinales, son “fuertes” entre quienes viven en los bloques públicos, pues mantienen relaciones intensas de amistad y solidaridad -así como apoyo mutuo y confianza- además de un sentimiento de protección cuando están en “su zona”, mientras que las relaciones “débiles” se extienden por el resto del barrio; aun con todo, como mínimo, todos se conocen, aunque sea de vista. También, la confluencia en los pequeños comercios del barrio hace los encuentros entre vecinos del barrio más fáciles y cotidianos.

Pero, según muchos habitantes del barrio, las relaciones poco a poco se han ido deteriorando. Como ya se ha dicho, el colegio se tuvo que cerrar entre la década de los noventa y los dos mil, por la carencia de alumnado. La baja natalidad junto con el declive demográfico que se va produciendo en el barrio y la asistencia a otros colegios de los niños de clase media-trabajadora, provocan que el colegio cierre y, por tanto, que se pierda su función cohesionadora. Por otro lado, el cierre de los pequeños comercios, algo general también en todas las ciudades, pero que en La Mariola se ve agravado por la apertura de una gran superficie comercial muy cercana, hace que se pierda vida en el barrio y que las pequeñas actividades cotidianas de compra, con la interacción que suponen, también se disipen. Finalmente, la llegada de nuevos habitantes, atraídos por los bajos precios de la vivienda, hace que las relaciones vecinales se rompan con asiduidad dentro de las propias escaleras de vecinos; algo que se verá muy agravado con la situación de crisis de los últimos años en los que aparecerán los problemas de impagos de los gastos de comunidad y de suciedad y deterioro del barrio y las escaleras.

La mirada de los más mayores

Para quienes vivieron la formación del barrio prácticamente en su totalidad, que ahora son ya personas mayores, rozando como mínimo la vejez, el recuerdo de las primeras décadas de La Mariola es muy diferente a lo que ven ahora. Algunos han sufrido más los cambios que otros, pero en común tienen una memoria que les lleva a tiempos felices y mejores. Esta nostalgia, como sostiene Savage (2010: 116) viene denotada por la falta de cohesión social actual del barrio, como se verá más adelante, y encarna la pérdida de magia que sienten los primeros habitantes. Mercedes, una mujer ya hace tiempo jubilada, recuerda un ambiente más cálido:

Mercedes: era como un pueblo, un pueblo que nos conocíamos todo el mundo. “oye, que si viene mi hijo...” y te dejabas la puerta abierta. Al haber patios interiores pues sacabas las sillas. Era un ambiente de pueblo, muy familiar. (...) El otro día hablábamos unas mujeres que estábamos y decían: “¿os acordáis de cuando nos dieron los pisos que pensábamos que nos había tocado la lotería?” ¡Pues sí, es verdad, hay que reconocerlo!

La sensación de ruralidad y de vida de pueblo en el barrio es una constante en la expresión de la gente. Ello no viene dado tanto por su forma de vida de carácter rural, pues ésta no existía -no había una relación fuerte entre suelo, naturaleza y ser humano y, por tanto, de uso de los recursos naturales- sino que se refiere a la oposición a la ciudad y a las fuertes relaciones de vecindad. Frases que denotan estas fuertes relaciones vecinales y que se repiten constantemente en sus relatos son: “era como un pueblo”; “nos conocíamos todos”; “dejábamos las puertas abiertas”. Mientras que la oposición a la ciudad y su forma de vida se reflejan en afirmaciones como: “decíamos bajar a Lleida” o “todo era campo”.

Los testimonios dejan entrever que, aunque el recuerdo es bueno, de felicidad y bienestar, - la nostalgia de la que habla Savage- existía una situación marcada por una necesidad de lucha cotidiana, basada en su situación como clase obrera y trabajadora, una experiencia obrera que suele representarse como una lucha por salir adelante a nivel familiar; un periodo de lucha, que aunque en relación a dicha clase, fue más bien individual y, ante todo, familiar. El recuerdo de Antonia, quien ha vivido prácticamente siempre en La Mariola deja ver este doble sentimiento de felicidad y pertenencia de clase en su recuerdo.

Antonia: Yo he vivido muy feliz en La Mariola. Yo me casé con mi marido nos llevamos muy bien. Hemos criado nuestros dos hijos como gente obrera-trabajadora. Y lo mejor que hemos podido, les hemos dao los estudios que hemos podido y ya está. Cada uno se ha metido en un trabajo (...). Y yo que he pasao una juventud muy buena en mi casa, una niñez, una juventud muy buena. Y luego me casé muy bien, he criado a mis hijos muy bien.

Cabe recordar que muchos de quienes empezaron en el barrio tuvieron que abandonar sus tierras natales y dirigirse a Lleida en busca de una vida mejor. Durante un periodo de transición en el que las penurias eran cotidianas, a veces de una gran dureza -como afirmaba Antonio, un anciano del barrio: “aquí siempre hemos sido los más débiles”-, la Mariola se distinguió como un lugar sencillo, pero también como su nuevo hogar, en el cual se podría empezar una vida digna y llana y, en algunos casos, recomponer la familia: juntarse, avanzar y seguir creciendo. La nueva cotidianidad, que les proporcionó un entorno apacible, arropados por otras familias que estaban en la misma situación, les aportó una pequeña mejora de su capital social que les beneficiaba para el desarrollo de los nuevos proyectos necesarios para su reproducción social cotidiana, pues como sostiene Leonard (2004)²⁸, los lazos fuertes entre los trabajadores les dota de los recursos básicos para ir tirando (Fernández-Kelly, 1995, Forrest, 2004, Warr, 2005a). Virgilio, hombre ya jubilado, recuerda como la familia formaba parte fundamental para su desarrollo, mientras que Antonia, su esposa, asimilaba a los vecinos como una gran familia durante los años 60.

Virgilio: Porque nosotros somos una piña. Mi madre nos ha subido. Dinero no, pero cariño y armonía... eso se puede decir. Mi madre, aunque hayamos compra una tarta, hasta que no han estado todos los hijos no la ha empezado. Si hemos dicho de comprar un mueble nos hemos juntado. Nos juntamos todos los mediodías para hablar, para dialogar. Yo quiero hacer esto: “¿qué te parece?”... y estábamos casaos ya. Y lo mismo que nosotros las familias trabajadoras eran igual que nosotros

Es que allí hemos vivido muy bien. Se vivía todo en familia, no se necesitaba, como ahora... Eran las tantas de la noche y te sentabas allí a hablar, a hacer bromas con los vecinos. Hoy en día es imposible.

²⁸ Leonard hace una distinción entre lazos fuertes o capital social *de proximidad* y lazos débiles o capital social *puente* en los que los primeros sirven para *ir tirando* (getting by) y los segundos para *tirar adelante* (getting ahead)

Antonia: Cuando llegaba la mona, todos los vecinos nuestros, los niños con los padres a comer la mona al campo escolar. Y jugábamos todos juntos. Era una familia eso. Yo me acuerdo mucho eso. Cuando era pequeñita: “vamos al campo escolar”: llegaba la mona y venga. Ponían los mantelicos los padres en el suelo.

La gran mayoría de los habitantes de La Mariola llegaron al barrio después de intentar instalarse en diversas casas fuera del barrio: viviendas precarias, con faltas muy graves de habitabilidad. La llegada a La Mariola se describe como la consecución de un agradable sentimiento hogareño. Aunque los pisos fueran pequeños y estuvieran alejados, por lo general, eran pisos nuevos, a estrenar, y no era necesario compartirlos con extraños. Aunque lo cierto es que quienes acababan de llegar a Lleida se veían obligados a compartir piso, como en el caso de Antonio: “no encontraba vivienda para alquilar y vivía con mi hermano en La Mariola, que son unos pisos muy pequeños, vivíamos 3 familias. Íbamos 3 familias ahí, y los hijos de mi hermano, ¡todos apiñaos allí!”.

Mientras que desde Lleida se veía La Mariola con cierto recelo, como si no fuera parte de la ciudad, la gente del barrio iba haciendo su vida, saliendo adelante a pesar de la falta de recursos urbanos. La carencia de equipamientos públicos e infraestructuras urbanas, se iría solucionando parcialmente en las década de 1970 y 1980, gracias a las luchas vecinales. Las palabras de Mercedes ilustran estas carencias;

Mercedes: El colegio no existía, fue después. Después se hizo la iglesia porque en ese colegio se bautizó mi sobrino, no había iglesia, lo hacían servir de iglesia. (...) Era todo barro, no había luces, no había calles, no había acera, eran los bloques hechos y san seacabó. Dentro de los bloques hay patios interiores; estaba todo barro. Si nevaba tenías que poner cartones y trocitos que había como una cosita chiquitita dentro, lo demás todo barro.

La visión nostálgica que exponen los mayores, donde las dificultades y carencias que sufrieron se ven superadas por el entusiasmo de los proyectos familiares y la solidaridad vecinal, todavía es visible en la siguiente generación, en la que el carácter rural sigue siendo el factor más destacado de los relatos. Pero en estas narraciones, empiezan a aparecer nuevos elementos que dan forma y configuran la vida social en el barrio: destacan sobre todo la presencia del colegio Magí Morera como elemento central; y el espacio público urbano como dinamizador y lugar de encuentro y de relaciones. Ambos enmarcan

las prácticas y los vínculos sociales. Por el contrario, la aparición de otros componentes negativos -según algunos habitantes- también empieza a ser recurrente en los relatos: la llegada de familias pobres gitanas, las drogas, la delincuencia, las bandas urbanas...

Con perspectiva. Un bonito lienzo, aquello que nos gustaba y se perdió

Probablemente, a partir de mediados de la década de 1970, la identificación con el barrio tiene mayor relevancia a causa de los nuevos elementos productores de vecindad. La conexión más directa que existe con la ciudad, a partir de su integración en el tejido urbano, hace más visibles la diferente forma de vida del barrio. La apertura del colegio y su puesta en funcionamiento comienza a ser parte fundamental del barrio para que las familias y los jóvenes interactúen con mayor frecuencia y para que se cree una sensación de conjunto y pertenencia.

Quienes nacieron en las décadas de los sesenta y los ochenta son quienes han llevado el “mariolero”²⁹ a la calle y quienes han puesto en juego su valor simbólico. Son ellos quienes en la actualidad se mueven entre un sentimiento de pertenencia, o de buen recuerdo, si es que ya no viven en La Mariola, y de rechazo hacia el barrio tras los cambios -nuevos habitantes, mayor degradación, peor percepción social, etc.-; sobre todo quienes ya no viven en el barrio. Loli se fue hace ya varios años tras casarse, guarda un bonito recuerdo del barrio pero ahora su percepción ha cambiado con creces; al igual que Maribel, que aún vive en el barrio.

Loli: Ahora lo veo, ahora reflexiono (...) yo viví en La Mariola, el colegio en La Mariola, mis amigos eran de La Mariola. Cuando me fui a estudiar [fuera del barrio] y entré en pisos de otras personas yo pensaba: “esto es de lujo”. Un piso normal, como ahora es el mío, yo lo encontraba que era un palacete, ¿entiendes? Pero tampoco había visto antes... tampoco le di el valor que yo vivía mal. Ahora sí que lo pienso, con aquel hilito de agua con el que te bañas, o que no hay calefacción y te vas con la bolsa de agua caliente a dormir; y lo reflexionas más tarde, por eso te digo que yo fui feliz, era lo que conocía, era la historia que conocía. Lavarte el traje, echarte la siesta y volvértelo a poner; así eran todos, éramos todos así. Luego, ya de grande, sí que pensé: “¡hostia! (en el piso de una amiga) aquí vive en un

²⁹ Mariolero es el nombre con el que se conoce a los habitantes del barrio en toda la ciudad y del que, como se verá en capítulos posteriores, muchos hacen gala.

palacio”... y la otra también en un palacio, y era yo la única que vivía en un piso... como que tampoco había ido a muchas casas... Cuando ya salí a los 17 a estudiar... vives mucho en el barrio.... [...] Que mala fama sí, barriobajero sí sí, mucho mucho, y con mucha honra, ningún problema. Nosotros éramos todos más o menos así, y muy alegres, los andaluces son alegres. (...) Ahora también... pero es diferente, los chavales hacen más gamberradas. Muchos problemas. Cuando uno dice que es de La Mariola la gente se asusta...

Maribel: Yo recuerdo ir de pequeña al parque detrás del Unipreus que está la pista roja... la pista roja era más que el campo del Lleida de fútbol. Ahora vas y ahora está todo... no quedan porterías. Y ahora vas y el césped de delante todo aquello era de moreras... Yo recuerdo haber ido con mi padre los domingos a merendar... ahora siéntate en el césped, que si no es una caca es...

Tal como ya se ha dicho, el colegio fue el elemento fundamental de cohesión para los chavales del barrio. Ahora, es un recurso para mostrar su pertenencia y aprecio hacia él. De esta manera, Víctor, quien regenta una tienda en el barrio, me mostró varias veces su estima hacia el barrio diciendo: “¡eh!, que yo fui al Magí Morera [el colegio del barrio]”. Las narraciones a cerca de las tardes jugando en la calle, tras la salida del colegio, transmiten una sensación de acogimiento -mostrando también la pérdida de la magia actual del barrio (Savage, 2010: 116); la seguridad y la familiaridad, era, según ellos, la norma en la vida del barrio. Tanto Gabi, joven de 21 años, como Loli, funcionaria de 40, ilustran la sensación de seguridad que existía al usar la calle para el juego.

Loli: En el Magí Morera bajamos los primitos ahí todos juntos, todos los abuelitos... no me venían a buscar ni al colegio, siempre había un urbano, cruzábamos; y a comer nocilla, bocata de nocilla, jugando de árbol a árbol, una cuerda, jugamos las amiguitas luego al escondite, no [había] ningún problema.

Gabi: Como la amistad que había con el barrio. Por ejemplo, yo era pequeño [y] mi madre se podía ir a trabajar tranquila y yo podía estar por la calle tranquilamente jugando que había mil ojos vigilando, porque todos éramos uno, y si pasaba algo ya sé que tenía el vecino la confianza de decir: “ven aquí, te quedas en mi casa hasta que venga tu madre”.

Otros puntos de vida barrial y de generación de relaciones de vecindad eran unos pequeños quioscos -aún hay algunos hoy- donde se vendían refrescos, golosinas e incluso se hacían

bocadillos. Estos puestos eran lugares de reunión y donde se concentraban vecinos. Aún hoy, sobre todo, en los bloques Juan Carlos existe esta concentración cotidiana de vecinos alrededor de algunos quioscos.

Es a partir de estos años, la década de 1980, cuando, según la mayoría de los relatos, van apareciendo algunas actividades que son nombradas como los “primeros signos negativos” dentro del barrio. Se hacen visibles las drogas, tanto en su consumo como en su venta, también los rumores sobre delincuencia y gamberrismo toman forma y, finalmente, la continua llegada de población pobre a través de la movilidad forzada fragmenta las relaciones. A partir de los años noventa, empieza a aparecer la escasez de viviendas para nuevas familias y, por tanto, la marcha de los jóvenes que buscan nueva vivienda, por lo que comienza a notarse un envejecimiento en la población, y desapareciendo muchas relaciones vecinales creadas por la existencia del colegio. Loli, ya no vive en el barrio y no conserva relaciones dentro de él: “yo ya le dije adiós a La Mariola, a mí me sabe mal por mis padres [quienes sienten un aprecio hacia el barrio], yo ya le dije adiós un día, ¿no? Y ya me fui de allí, pero me fui bien, me casé y me fui”.

Hoy en día, se recuerdan los “buenos tiempos” con alegría, como muestra Mercedes cuando relata una reunión de antiguas residentes en el barrio con la intención de recuperar relaciones y crear nuevas tradiciones.

Mercedes: Pues este año, mi hija y mis sobrinas dicen: “¿pues sabes qué vamos a hacer?, vamos a hacer que todas las que íbamos al colegio y las que vivíamos aquí en el barrio vengan. Eran... ¡no cogíamos!, eran cerca de 150, y chicas que han estado en el Magí Morera, otras no han estado [...], pero han estado en los institutos o donde sea -que están ahora en sitios muy majos, no porque sean mejor ni nada de eso, o están en institutos o en hacienda, que han ido al colegio [aunque] antes a los 14 años ya no iban, ¿sabes?- o que han tenido que ir a otros colegios, han venido. Había chicas que se han encontrado a los 30: “¡ay!, ¿te acuerdas...?” Era casi de los años mejores que hemos hecho; hemos hecho las águedas ³⁰ todos los años, y ya vino gente pero más mayor -que nos vamos quedando

³⁰ Santa Águeda está considerada protectora de las mujeres y desde hace veintidós años la Asociación de Vecinos de la Mariola, a través de las mujeres, celebra su festividad. La celebración más destacada es la religiosa

mayores, pero es que este año se han encontrado muchísimas. Quiero decir, y se sienten orgullosas de sus barrios, no nos engañemos.

La llegada de inmigrantes también ha supuesto un cambio en la visión del barrio y las palabras de desconfianza hacia ellos son habituales. Como ilustra Gabi: “A lo mejor antes había la confianza de lo que te digo: de dejar a los críos fuera, que aún lo hacen, pero vigilando... porque ahora hay gente diferente. La diferencia provoca pánico, no es lo de antes”

Jóvenes al margen. Un mal cuadro, todo aquello que no nos gusta

Quienes más padecen la imagen del barrio que hay en la ciudad son los jóvenes que hoy habitan el barrio. Cuanto más jóvenes son, más patente es su rechazo al territorio. Quienes están en la edad de adentrarse en el mercado laboral o quienes empiezan las relaciones más intensas con el resto de la ciudad -a través de estudios, de ocio nocturno o de gestiones diarias- son los que sufren más fuertemente las consecuencias de vivir en un barrio castigado por el rechazo continuo desde fuera y también desde dentro. Carlos, un joven de 21 años, señala la diferencia entre las oportunidades laborales de su padre y las suyas y la importancia que tiene el barrio en ello.

Carlos: Mi padre siempre lo ha dicho: “yo de joven tenía tres trabajos”. Estuvo trabajando en la [fábrica] Glas, estuvo trabajando en la obra, y como no había esta fama que hay ahora... [El barrio era más tranquilo], lo que me ha dicho mi padre, yo esto no lo sé, pero mi padre lo ha dicho. Aparte de que este barrio antes tenía mucha mejor fama, antes aquí no había peleas. Sí que había pero las justas, no era cada día una cada día una. Al día siguiente otra y otra y otra... era más tranquilo, no tenía tanta fama este barrio y aparte de eso había más trabajo. Era más fácil coger un trabajo. Estuvo trabajando muchos años... ningún problema. Ahora voy yo por ejemplo a buscar un trabajo a una empresa grande y no me cogen segurísimo

Actividades que no suelen darse en otros barrios hacen que sus habitantes no sientan el territorio como suyo. Ven acciones que no van con ellos, lejanas, que les causa rechazo o asombro. Gabi ya no vive en el barrio, pero aún suele acercarse por allí a visitar a los amigos

o al *centre obert* a que le ayuden con los estudios; ahora ve algunos actos con un significado distinto:

Gabi: Pues me di cuenta de que lo que antes me parecía más normal ahora lo veía... decía: “¿joder, que hacen?” Por ejemplo, una moto atada con cadenas y la subían y ponían cascabeles, por si acaso alguien la movía que sonara. O pintar los perros de verde, que también por aquí lo he visto, con espray. No sé cosas... porque pintar a un perro de verde no es normal. Y coger una moto y ponerle cascabeles por si te la tocan tampoco es normal.

La Mariola de hoy no es La Mariola de antaño, aquella es un ligero recuerdo de la infancia o un relato de aquello que sus padres les hayan contado. Los jóvenes o bien viven un poco encerrados en sus grupos y no tienen relaciones cotidianas con otros grupos de jóvenes o bien su vida la hacen fuera, en el barrio donde vive algún familiar o un amigo.

En un grupo de debate realizado durante el trabajo de campo con cinco jóvenes, -de los cuales cuatro vivían en La Mariola y una chica trabajaba diariamente allí- ninguno de los que vivían en el barrio supo decir ningún punto positivo sobre el barrio a pesar de que fueron animados a hacerlo. Los niños pequeños, con los que trabajé durante mi estancia, no solían sentir demasiado apego hacia el barrio, aunque, en algunos casos, aún conservaban la identidad de ser “mariolero” -por ejemplo, el equipo de fútbol que formaron unos chavales se llamaba “Los Marioleros”. Pero en cierta manera, el recuerdo de lo que había sido el barrio para ellos o para sus familiares más mayores les hace conservar una preocupación y una cierta tristeza por no ver mejorar el barrio en el que viven. Gabi, que ahora puede comparar con otro barrio, el Centro Histórico -también barrio estigmatizado- reflexionaba entre lo bueno y lo malo del barrio.

Gabi: La Mariola tiene muchas cosas buenas, y he vivido muy buenos momentos, en La Mariola se aprende mucho, mucho; mucho se aprende en La Mariola. Pero después de vivir tranquilo, prefiero vivir tranquilo, claro. Comparando, aquí se arma mucho jaleo. A ver, lo que te estoy diciendo ahora parece todo estereotipado todo típico, pero La Mariola tiene muchísimas cosas buenas. Pero sí que es verdad que también tiene su parte negativa, hay mucho jaleo, muchas peleas.

Identidad y paisaje simbólico: usos y apropiaciones del espacio

La percepción del paisaje, aunque está filtrada por el carácter y la personalidad de cada individuo, está determinada por la representación colectiva del territorio. La cultura, en su nivel más extenso, produce el imaginario colectivo -arquetipos, estereotipos, prejuicios, etc.- que dan lugar a su vez a la codificación y descodificación de sus símbolos, en este caso a la interpretación del territorio, resignificado por las diferencias de clase y grupos sociales. Los elementos del paisaje -tanto el paisaje arquitectónico como el paisaje étnico- están impregnados de valores y significados culturales.

En la formación de estos significados culturales hay que considerar actores como los medios, la publicidad, el cine o la televisión, pues no son externos a la cultura local. Los medios de comunicación suelen mostrar imágenes parciales y estereotipadas del lugar o sucesos anecdóticos en algunos casos, mientras que el cine o la televisión nos hace relacionar y asemejar territorios -o todo lo contrario, según la posición social y el lugar-, aunque estos estén alejados, a partir de imágenes o historias a menudo simplistas. Ambas, según la calidad de la información o del relato cinematográfico, pueden llegar a rozar la falsedad y a provocar una fuerte negatividad de los lugares mostrados y, por tanto, de aquellos que relacionamos a través de nuestro imaginario. De esta manera, estos medios ejercen una fuerte influencia sobre los territorios a través de la imagen y el relato (Lapeyronnie, 2008: 149). Así, los territorios degradados, marginales o peligrosos están integrados fuertemente a través de este circuito de información (Caldeira, 2000: 33).

Buena parte de los relatos de la gente de La Mariola contenían comparaciones o asimilaciones a barrios estadounidenses como el Bronx o Brooklyn, cuando ninguno de ellos había estado allí. La información de esos barrios que llega a través de las películas, series o medios informativos, suelen ser parciales y enfocadas a la peligrosidad y la pobreza, como demuestra Arthurson et al. (2012). Otros, que quizás no son tan avezados en cine establecían semejanzas con otros barrios más próximos en la geografía y en la morfología -social y espacial- como pueden ser el barrio barcelonés de La Mina o el barrio sevillano de las tres mil viviendas, ya que los paisajes arquitectónico y social que conocen de ambos lugares puede parecer similares; aun a pesar de que tampoco han estado allí o no conocen a nadie del lugar. La imagen visual de su barrio les hace ver semejanzas con otros

que han visto a través de los medios informativos o el cine -viviendas de promoción pública con un estilo arquitectónico similar-, aunque los problemas sociales de las distintas zonas sean bastante diferentes. Dos muchachos, Jordan y Ángel, que viven en los bloques Gaspar de Portolá, estaban empeñados en hacerme notar la similitud de un grupo vecino de gitanos pobres con “lo salvaje” y con un reality show llamado *Perdidos en la tribu*, ya que este grupo según ellos, no respetaba las normas y vivían como “las tribus salvajes sin civilizar” que aparecen en tal *show*. De hecho, los bloques Ramiro de Ledesma, donde se concentra buena parte de la miseria en el barrio, eran llamados con asiduidad *La Jungla* o *La Selva*.

Posiblemente, aquellos que pertenecen a una clase social más alta de lo que es habitual en la Mariola y que visiten el barrio, percibirán el territorio con la posición del turista, a pesar de vivir a unos centenares de metros, quien establece una visión superficial y alejada del lugar, o así se percibe dentro del barrio; como decía una vecina: “a ver... el problema típico; pues que si se pasea un tipo de Prat de la Riba [calle donde residen las clases medias-altas de Lleida]... pues [la Mariola] es un barrio bajo, ¿no?”. Suponiendo que este vecino de Lleida existiese, y estuviese paseando entre los bloques Gaspar de Portolá -o cualquier otro- y viera un hombre que subía a su casa escalando por las ventanas del edificio -una escena que presencié- es probable que se descolocase y no entendiese nada pues nadie en el lugar dio la menor importancia al hecho. Loli, recuerda el barrio siempre con gritos desde los balcones; Mammar, de 16 años, no quiere rondar por el barrio diariamente, dice que no le gusta, pero su pensamiento es ejemplificador sobre lo que se ve y pasa en La Mariola; Francis y Ángel, ambos de 21 años, sí suelen rondar por el barrio, pero apoyan las ideas de Mammar, “las formas” son siempre criticadas en comparación a otros barrios:

Mammar: La Mariola es que tampoco... ¡no me gusta mucho!

Francis: es que las cosas que se hacen aquí en La Mariola...

Mammar: Claro, es que no las encuentras en otros barrios. Vas a Balàfia o a Cappont...

Francis: es más tranquilo y todo.

Mammar: y la gente es diferente, es más tranquila.

Francis: vas por aquí por La Mariola y sientes chillidos y todo; vas por otro sitio y es que no escuchas nada.

Mammar: el otro día estaba yo durmiendo. A las tres o cuatro de la mañana cantando los gitanos.

Ángel: cuando sales de aquí es otro mundo ya.

Mammar: tengo amigos en Ciutat Jardí [barrio de Lleida de nivel alto], allí no escuchas ni pío.

Jordan: ¿Alguna vez has visto...? te lo estoy diciendo en serio, ¿alguna vez has visto a dos niños jugar a fútbol con una gallina?

Ángel: ¿o coger y ponerse desnudos [los niños] a ducharse delante en la fuente?

Jordan: o cagar en el suelo.. ponerse ahí...

Todo este simbolismo del paisaje visual y de su significado interno y externo, tiene su reflejo en la identidad barrial y el apego al lugar, así como en la apropiación del espacio. Una reacción típica al estigma del lugar, como indican varios autores (Bayón, 2012; Lapeyronnie, 2008; Leonard, 2004; Wacquant 1998, 2007a y 2007b; Warr 2005a), es el repliegue de los habitantes a la esfera privada perdiendo el control social del espacio público y visibilizándose actividades socialmente no aceptadas. Este proceso de repliegue y la transformación de la identidad barrial han conllevado, en La Mariola, a hacer propio el espacio a quien lo hace funcionar ligado a unas prácticas sociales o económicas no admitidas. La visibilidad del tráfico de drogas, de infracciones cívicas o de tráfico, o actividades que se ejercen en el ámbito de lo privado son cotidianas en La Mariola. En mi estancia en el barrio, me confundieron diversas veces por comprador de droga, vi innumerables infracciones de tráfico, algunas de ellas ciertamente peligrosas, o compra-venta de productos usados en la calle.

Los propios habitantes del lugar han terminado por crear un valor negativo al barrio, a partir de la percepción del paisaje y de la apropiación del espacio. Recordemos el nombre metafórico de Jungla o Selva, que denota fuertemente los tipos de acción que se lleva a cabo dentro del territorio. Arreglar electrodomésticos en la calle o coches subidos en las aceras, así como, lógicamente, la venta de drogas, en la zona de Ramiro de Ledesma, ha reelaborado el significado del territorio con relación al que, según los habitantes más mayores, era preponderante poco después de inaugurarse en 1954.

Es posible que La Mariola concuerde con lo que afirma Lapeyronnie sobre que el espacio simbólico da el significado para concebir una estructura que determina a la población que vive en los límites del territorio. Es decir, -y parafraseando a Didier Lapeyronnie-: “Desde un punto de vista externo, en la imagen del barrio, la delincuencia y la pobreza homogeneizan a la población, que se caracteriza por una serie de carencias, colocándola en una especie de zona frontera que ya no es completamente la ciudad o la civilización, tan marcada por el “no-derecho”, el peligro y el desorden. (2008: 165)

Concluyendo, en La Mariola suelen existir dos opciones preponderantes: o bien el repliegue a la esfera privada, siendo la calle un mero instrumento de paso; o bien asistir a lugares que aún no estén localmente “contaminados” -en el caso de La Mariola, podrían ser algunas plazas -como sería la Plaza Galicia-, donde existen algunos comercios y una iglesia evangelista y donde suelen asistir los gitanos de habla catalana y de nivel económico más alto.

1.4. UNA ETNO(GEO)GRAFÍA DEL CAPITAL

La impresión es que, efectivamente, es de un nivel muy bajo, bajísimo, el tipo de construcción, el ambiente que se ve en la calle. De mucha gente, de muchos críos pero también de gente mayor que se pasa también en la calle. Reflejan bastante correctamente la realidad que se está viviendo aquí. El paro, la falta de economía, de formación, de estímulos para buscar trabajo incluso, porque hay gente en el barrio que ya ha decidido que con vivir o malvivir así ya tiene bastante. Ha perdido la esperanza de poder salir de esta realidad dura. (Enric, 50 años, vecino y trabajador del barrio)

En el barrio de La Mariola, se ha dado un lento pero continuado proceso de sustitución étnica que viene propiciado por dos motivos principales: las políticas urbanas de realojo por parte de las instituciones; y por el mercado inmobiliario, tanto legal como ilegal. Esta sustitución étnica no es total, sino que coexisten en el tiempo y en menor medida, en el espacio. Principalmente, hablamos de dos etnias que han sido mayoritarias: la paya (de

habla no catalana) y la gitana; pero también hay que prestar atención a la historia particular de los magrebíes³¹.

La calidad y el precio de la vivienda fue el principal motivo para la llegada el acogimiento de familias trabajadoras. Primero, los bloques de promoción estatal, eran adjudicados a familias pobres, que, como hemos visto, estaban en situación precaria en cuanto a condiciones de hábitat. Los bloques de promoción pública, la existencia de *las casetas* y luego la gran obra de los bloques Juan Carlos, rebajaron los precios de los terrenos cercanos o intersticiales en el barrio. Ello causó que el barrio, a pesar de mejorar en la calidad de las viviendas, albergase prácticamente en su totalidad a personas de clase trabajadora. Clase que estaba compuesta, principalmente, por inmigrantes españoles (al margen de lo que ya existían en los bloques de promoción pública), aunque en menor medida, por familias leridanas. No hay que olvidar, que ya desde los primeros años residían en los bloques públicos familias gitanas, la mayoría venidas del barrio del Canyeret, muchas de habla catalana.

Existía así una morfología social compuesta por familias de población española inmigrada de clase trabajadora, obreros con y sin cualificación, y familias gitanas que se dedicaban a la economía informal, mercado ambulante por lo general, y actividades ilegales -como compra-venta de productos robados- en menor medida. Alrededor de los siguientes 15 o 20 años, entre 1970 y 1990 aproximadamente, la movilidad hacia dentro y hacia fuera del barrio fue bastante baja. En este momento, entre 1960 y 1980, la relación entre payos y gitanos era aproximadamente 70%-30% respectivamente, según estiman algunos de quienes vivían en el barrio.

A partir de aquí, aumenta la movilidad tanto hacia dentro como hacia fuera del barrio debido fundamentalmente a tres motivos: 1) Algunas familias trabajadoras, normalmente payas, consiguen aumentar sus ingresos y se mudan a viviendas de mayor calidad y tamaño, algunas incluso dentro del mismo barrio. 2) Las generaciones siguientes, los nacidos en la

³¹ En este capítulo, se puede apreciar bastantes convergencias con lo que describe Martínez Veiga sobre el Parque Ansaldo de San Juan en Alicante: sustitución étnica, mercado inmobiliario alternativo, venta de drogas, etc. Martínez Veiga, U. (1999)

década de los años 60 y 70, abandonan el barrio. 3) Aparecen nuevas familias gitanas que vienen de fuera de Lleida y ocupan las viviendas dejadas por los payos.

Para la gente del barrio, la principal razón del cambio de población es el éxodo de la juventud, porque a partir de los años 80 no encuentra vivienda en un mercado sobresaturado. A esta causa habría que añadirle dos más: primero, la creación de nuevos barrios con más servicios y equipamientos; y segundo, la llegada paulatina de población gitana que empezaba a hacerse numerosa y sobre la cual, los relatos actuales, suele despotricar sin reparo, sobre todo tras la llegada de “los de Tarradellas”

La conexión causal entre el éxodo juvenil y la llegada de nueva población gitana se agudiza, probablemente, a partir de principios de la década de los noventa. En ese momento, el ayuntamiento de la ciudad planea la renovación urbana de una zona próxima al río a causa de las inundaciones de 1982. En esta zona, habita un colectivo gitano que vive en condiciones de poblado. Tras negociaciones se acuerda que este colectivo sea trasladado a otro lugar. En un principio debían de ir a unos nuevos edificios de promoción pública, fuera del barrio de La Mariola, pero tanto ayuntamiento como organizaciones que participan en el proceso -asociaciones de vecinos, partidos políticos, etc.-, deciden que estas familias no podrían pagar el alquiler de estas viviendas nuevas, por lo que se acuerda ofrecer a los habitantes de los bloques de promoción estatal de La Mariola un cambio de vivienda, para así poder alojar a las familias gitanas en unas viviendas de menor calidad y poder mantener los alquileres en el precio establecido. Así, algunas familias payas -posiblemente también alguna gitana-, tanto en posesión de la vivienda como en tenencia de alquiler, dejan sus viviendas en el barrio de la Mariola y se trasladan al barrio de Institut-Templers

Este es un punto de inflexión en el barrio, ya que la población paya, posiblemente empiece a notar un desprecio de la administración y sienta que se convierte en un lugar de concentración de familias con problemas. De esta manera, con el aumento de la población de etnia gitana, los payos empiezan a sentir que las reglas del comportamiento no son impuestas, o al menos, establecidas por ellos, a pesar de que “son mayoría”. La población gitana poco a poco se va haciendo más visible en el espacio público. Pero también es cierto que dentro de la población gitana se sufre una fragmentación importante. En primer lugar,

los primeros gitanos, aquellos de habla catalana, han conseguido elevar su nivel de vida por encima de otros y se han trasladado a vivir a las viviendas de promoción privada del barrio. En segundo lugar, los gitanos que habían llegado con posterioridad no aceptan de buen grado la llegada de la nueva población gitana, ya que los consideran en cierta manera incivilizados o muy mal educados. Tenemos pues, que el grupo étnico gitano está fragmentado, organizado principalmente, por clases y fracciones de clase y posteriormente, por familias, algunas de las cuales están enfrentadas.

El barrio empieza a sufrir un deterioro. A la degradación de las viviendas por falta de mantenimiento, se une la degradación paulatina de las zonas comunes. Los nuevos habitantes tienen muy pocos recursos y tienen graves dificultades para entrar en el mercado laboral. Su única salida es en muchos casos una economía sumergida. Así, a partir de la década de los 80 y sobre todo en los 90 la venta y el consumo de droga aparece en el barrio y comienza a hacerse notoria. Por lo tanto, la mala reputación, que el barrio ya poseía desde la instalación de *las casetas*, aumenta junto con la población gitana, la degradación de las viviendas y la venta y consumo de drogas.

El barrio, que en 1986 superaba los doce mil habitantes, el mayor de Lleida, ve desde entonces descender su población a pesar de que la ciudad ha crecido considerablemente durante los últimos veinte años. En 2004, el barrio tenía únicamente 10.800 habitantes. Ya por estas fechas empieza a notarse el envejecimiento de la población paya dentro de los bloques de promoción pública -y algo también en los de privada- pero en cambio un porcentaje muy alto de población joven dentro de los gitanos.

Por otro lado, la población extranjera va llegando poco a poco al barrio a partir de los años 90 y sobre todo en los 2000. En el año 2004, suponía prácticamente un 8% de la población, mientras que en el año 2010 ya superaba el 20%, y en las zonas de promoción estatal superaba el 27%. El gran grupo étnico que llega a la Mariola es el magrebí, de Marruecos y Argelia principalmente. Aunque también son numerosos los subsaharianos. La población marroquí, en su mayoría, accede a la vivienda de La Mariola a través de la compra; el boom inmobiliario en España está en su época álgida. Poco a poco la población inmigrante se va haciendo más presente en el barrio, ya que el suelo y la vivienda en La Mariola son los más baratos en Lleida. Durante estos años, aumenta el número de población inmigrante y

desciende lentamente el número de gitanos. Magrebíes y subsaharianos se instalan no sólo en los bloques de promoción pública, sino también por todo el barrio, con alguna pequeña concentración en calles determinadas.

A partir de 2004, el barrio está inmerso en el *Pla de Barris*; se transforma el espacio público, que deja de verse tan deteriorado, y los accesos se intentan arreglar. También los bloques Ruiz de Alda son renovados, sobre todo, en su aspecto exterior. Así, durante unos siete años, el barrio tiene una actuación directa por parte de la administración lo que lleva a una mejora física y de algunos equipamientos, pero que en ningún caso mejora la imagen simbólica del barrio con respecto al resto de la ciudad.

Pero es a partir de 2008, con la crisis económica, que coincide prácticamente con el fin del *Pla de Barris*, cuando vuelve a darse un bajón respecto al aspecto y el deterioro de zonas comunes. A partir de ese momento, el barrio se ve sumergido en grandes procesos de desahucios, daciones en pago y abandono de los hogares. Muchas viviendas quedan vacías y empiezan a ser ocupadas. Principalmente, quienes marchan a causa del impago de hipotecas son magrebíes que se han quedado sin trabajo y que no pueden hacer frente a los gastos; payos y gitanos también se ven afectados; pero hay que recordar que la mayoría de payos que habían podido habían marchado y quienes quedaban ya habían hecho frente al pago de la propiedad de la vivienda. Así, estos pisos que quedan vacíos son ocupados, principalmente por gitanos que en buena parte vienen de otros lugares, como Aragón. Los pisos ocupados serán tratados, en muchos casos, no como lugar de vivienda, sino como posesión y por tanto, como una valiosa mercancía. Emerge, en este sentido, un mercado capitalista ilegal sobre la vivienda. Surgen dos tipos de negocios: recibir dinero por “dar la patada en la puerta” y dejar entrar a un nuevo inquilino, o alquilar pisos ocupados a otras familias cuando se consigue ocupar uno en mejor estado. Tanto uno como otro siempre van dirigidos hacia familias de clase económica inferior -filtrado hacia abajo de la explotación (Martínez Veiga, 1999)- ya que quienes llegan son incapaces de aportar documentación para que se le alquile un piso a causa de la exclusión al mercado laboral. Los nuevos inquilinos se ven afectados por deficiencias en las viviendas y dificultades para contratar electricidad o agua -conseguir servicios en general-, pero, sobre todo, por los precios abusivos que surgen de este método, ya que al no tener contratos de trabajo y no poder

acceder el mercado inmobiliario ordinario se muestran vulnerables a ser víctimas de engaños económicos. Estos movimientos inmobiliarios tienen gran importancia en los bloques Ramiro de Ledesma, pero igualmente se dan en otros bloques, tanto de promoción pública como privada.

La gran mayoría de estas familias no son acogidas dentro del mercado laboral ordinario y suelen dedicarse a otras actividades de tipo ilegal o informal, como las drogas y la recogida y venta de chatarra. En este sentido, el barrio se ve inmerso dentro de un mercado informal capitalista, que estructura buena parte del barrio y que también ordena las relaciones, tanto en sentido económico como social. Este mercado alternativo, tanto de la vivienda como laboral, produce una rápida movilidad de población, no de grandes cantidades, pero sí de familias nucleares o de jóvenes sin familia. El barrio se ve inmerso en una devaluación constante, en un sentido material, económico y simbólico. Empiezan a surgir graves problemas de vecindad y de relaciones sociales, sobre todo, a partir de problemas en la vivienda. Muchas familias que ocupan pisos no pagan los gastos de comunidad lo que lleva a cortes continuados de luz en la escalera. Tampoco pagan los contratos de luz y agua y suelen obtener la electricidad directamente de las zonas comunes del edificio. Así, en este sentido, el resto de vecinos, muchas veces ayudados por la asociación de vecinos, intentan poner contadores individuales que han de pagar ellos mismos. Las zonas comunes de vecindad y de barrio están constantemente sucias y dejadas, mobiliario urbano roto, la basura abunda en buena parte del barrio, las peleas entre gitanos (familias enfrentadas) o entre gitanos e inmigrantes son cotidianas.

En las conversaciones cotidianas con Raúl, educador social que trabajaba en el *centre obert*, solíamos hablar de las familias y las situaciones en las que se encontraban los chavales del centro. Así, eran habituales en los relatos de Raúl, quien tenía fuerte contacto con las familias y acceso a datos de los hogares, historias de relaciones familiares degradadas: familias rotas, malos tratos a hijos, violencia de género, encarcelamientos, etc... La delincuencia, la violencia y el miedo, aunque no se expresan casi nunca en la calle, se han apoderado de la percepción de buena parte de los habitantes del barrio, y en las personas mayores más que en ningún otro grupo social.

La situación actual del barrio se percibe fácilmente en la estructura espacial. Si bien la distribución de la población respecto a la vivienda indica claramente el nivel de renta de las familias, es en la ocupación del espacio público donde mejor se ve reflejada la ordenación y fragmentación del barrio. Existen varios lugares donde se representa tal situación y muestra la división étnica y sus diferentes lugares cotidianos de sociabilidad. Hay que destacar que la mayoría de los puntos claves donde se concentra la visibilidad de grupos en el espacio público, suceden en la cercanía de algún bar. Los magrebíes suelen situarse en la calle de La Mariola, donde varios de ellos han conseguido montar algún comercio o abrir algún bar (aunque no viven en el barrio). Suelen compartir el espacio con subsaharianos aunque estos a menudo se separan un poco más arriba de una calle transversal y también pueden verse gitanos o payos con ellos; hay una ausencia clara de mujeres. Los gitanos tienen cuatro lugares esenciales de concentración. El primero en el espacio público que existen entre los bloques Ramiro de Ledesma, sobre todo en la calle Júpiter, donde antiguamente había un bar y un quiosco, aquí suelen verse los niños pequeños correteando y las mujeres hablando en los portales, los hombres utilizan el espacio público para actividades poco normalizadas en otros barrios, como arreglar electrodomésticos o incluso coches. El segundo lugar es un “intento” de plaza que hay en los bloques Gaspar de Portolá, sobre todo, a la puerta de un bar, conocido por ser víctima de numerosas redadas antidroga. El espacio suele estar organizado y ser usado de la misma manera del anterior. El tercer lugar, es en un quiosco de los bloques Juan Carlos, donde se juntan generalmente a modo de bar a beber o comer bocadillos, aquí suelen ausentarse las mujeres. El cuarto lugar es donde se concentran diariamente los *gitanos catalanes*, es en la plaza Galicia, donde se encuentra un bar regentado por ellos y donde a pocos metros está su iglesia evangélica.

Estos lugares funcionan con una lógica socio-espacial donde se distribuye la población a partir de la concentración. Cada punto de encuentro se entiende como un símbolo de cada grupo, el territorio muestra la fragmentación y la ordenación social. Pero no hay que caer en la creencia de que el barrio se hace en la calle únicamente. La realidad es que la gran mayoría de la población está recluida en casa y sólo usa la calle con una mera función de tránsito. El espacio público está ocupado por jóvenes en general, también algunos viejos solitarios o por parejas que se sientan en bancos alejados de los anteriores, pero que lo que provocan principalmente es desconfianza, inseguridad o miedo. Algunos padres no dejan

jugar a sus hijos dentro del barrio y les obligan a marchar fuera, al barrio cercano del Escorxador donde no existe “peligro”. También algunos niños se marchan por sí mismos a otros espacios más vivos, por la decadencia y aburrimiento del barrio, por la incapacidad para el desarrollo de sus actividades cotidianas en el espacio o por la presencia de *otros* que, según ellos, “se comportan como salvajes”. Aunque sigue existiendo el contacto entre niños y adolescentes dentro del barrio, sobre todo a través de la escuela y algunos centros. El reflejo del contacto infantil y de los adolescentes, lo encontramos sobre todo en la forma de hablar y comportarse. Quienes permanecen mayor tiempo en el barrio, adoptan las costumbres, las formas y el habla del grupo mayoritario y dominante en el barrio, los gitanos. No es difícil encontrarse a jóvenes magrebíes o payos utilizando la jerga, adoptando posiciones corporales, o hablando con el acento propio de la etnia gitana. Era ejemplar el caso de Haya, una chica de 15 años de procedencia marroquí, quien podía pasar, según mi parecer, por gitana perfectamente, pues vestía, se peinaba -cabello extremadamente largo y con una “coleta de caballo” y hablaba exactamente igual -no paraba de usar expresiones como “!ay, el payo ese!, e incluso mostraba cierta actitud masculina desafiante -algo que también señala Kessler (2012: 174) como una característica de las mujeres de su etnografía. Un proceso de “asimilación hacia abajo” según el concepto de Portes (2012: 48-53) entre los jóvenes de segunda generación que utilizan para “integrarse” en la vida cotidiana del barrio.

2. DENTRO Y FUERA: SOBRE EL ESTIGMA DEL LUGAR

2.1. LA FORMACIÓN DEL ESTIGMA EN LA MARIOLA

Cuando un barrio se convierte en un lugar peligroso en el imaginario de la población y pasa a ser componente habitual del paisaje simbólico urbano, se intensifican los discursos descalificadores. Tanto desde arriba -política, medios de comunicación, burocracia-, como desde abajo -en la interacción cotidiana- se empiezan a ejercer actuaciones que marcan aún más el lugar. (Wacquant, 2008: 194)

Tal como apunta Wacquant en relación a las procedencias de los discursos, La Mariola se ve afectada por estos dos discursos, que están reflejados en la forma de actuar e interactuar. Desde arriba, se distingue la actuación de la administración y, desde abajo, la visión externa al barrio y su contagio al interior.

La actuación de la administración tiene como hechos claves la segregación espacial, es decir, la localización del barrio, alejado del núcleo urbano, y las estrictas políticas de asignación de vivienda a las familias necesitadas y vulnerables, que da lugar a la concentración de la pobreza.

Segregación y concentración dan lugar a una visibilidad social desviada del barrio. Éste queda marcado por la diferencia, provocando que desde el exterior se prejuzgue el lugar y a quienes viven dentro. Se produce un deterioro en la interacción entre los de dentro y los de fuera del barrio, quedando representada en el territorio la distancia social (Bourdieu, 1999).

A caballo de la actuación de la administración y de la visión externa se encuentra la arquitectura del lugar. Los edificios y la organización espacial, están llenos de túneles, porches y recovecos que dan sensación de inseguridad tanto para quienes residen como para quienes no. El espacio se muestra como un símbolo de la degradación social; tanto por la baja calidad y deterioro, como por relación que se produce entre delincuencia e inseguridad.

De fuera a dentro: la discriminación desde abajo

En Lleida, La Mariola, en sus comienzos, no se veía tanto como una zona degradada, sino que se relacionaba con “xarnegos”: gente pobre venida de otras zonas de España. La percepción general era de casas de baja calidad (y diferentes al resto) para gente sin recursos económicos, todo ello agravado con la instalación de *las casetas*, la incorporación de la gente del Canyeret y la llegada de población que vivía en barriadas de autoconstrucción como fue Torre Buzón.

Los tres factores mencionados -actuación de la administración, visión externa desviada y arquitectura- tienen su punto crítico en los años ochenta. En este momento, se combinan tres factores fundamentales: una percepción del aumento de la delincuencia; la aparición de las drogas; y el comienzo de la sustitución étnica, con mayoría gitana. Los tres provocan, en un principio, más animadversión externa, pero que, con el tiempo, pasará a contagiarse al interior del lugar.

El aumento de la delincuencia es descrito sobre todo por quienes no residen en el barrio. Según ellos, los actos delictivos, generalmente robos, eran realizados por residentes de La Mariola. Luego, los productos robados eran vendidos ilegalmente dentro del barrio. Alfonso y Josep Ramon, habitantes de Lleida, cuentan anécdotas parecidas sobre robos que habían padecido:

Alfonso: si te robaban algo, sabías que tenías que ir a La Mariola a buscarlo. Había una tienda que era todo robado. Yo fui un día que me habían robado la radio y llegué y dije: esa radio es mía; y me la vendió.

Josep Ramon: un día fui a poner una denuncia porque me habían robado y el jefe de policía me dijo: “vaya usted a La Mariola que ahí lo encontrará”.

Aunque los vecinos de La Mariola a veces nieguen este discurso de compra-venta, también lo reproducen. Muestra de ello son las acusaciones mutuas sobre la autoría de estos actos; suele ser normal en La Mariola la acusación de: “eso pasaba en los Bloques Juan Carlos”. Posiblemente, estas acusaciones externas derivasen a través de rumores o habladurías, en otras de mayor calibre; pues encontré diversos relatos como el de Jorge, que afirmaba que:

“en los años ochenta no podías entrar en La Mariola: cruzabas Paseo de Ronda y ya lo sabían y te atracaban”.

Otra muestra es la interiorización de la existencia del delincuente en la Mariola. Quienes vivían en el barrio en aquella época, no sentían la inseguridad y no sufrían problemas de violencia pero existe el relato del gitano delincuente que sí residía allí. Loli, explica la sensación que tenía durante los años ochenta y noventa con respecto a la seguridad y la delincuencia en el barrio y los gitanos.

Loli: Nosotros éramos intocables, ¿eh? Ha tenido mala fama, pero porque ha habido gitanos, pero bueno, si no convives con ellos y no los conoces no entiendes sus cosas. Pero a nosotros, los que vivíamos allí, no. [...] Es así, se van degenerando, pero a nosotros no nos tocaron nunca, los payos que vivíamos allí [éramos] intocables. [...] En La Mariola podían vivir los que robaban pero te aseguro que no [nos] robaban a nosotros mismos, ¿eh? Igual robaban en otro sitio, pero quiero decir, nosotros intocables.

La idea de que “los ladrones de Lleida” proceden de la Mariola forma parte del estereotipo de barrio pobre o peligroso que actúa dentro y fuera del barrio. En este sentido, como dice Bourgois, el estigma del barrio viene provocado por una especie de “región moral”³² que tiene como consecuencia la desconfianza hacia el territorio. (Bourgois, 2008:149)

La aparición de las drogas en el barrio fue también clave en la fijación del estigma. Pocos habitantes del barrio, sobre todo de las primeras generaciones -años 60 y 70-, hablan de las drogas como un problema de aquel momento. Pocos tenían un referente en las drogas como motivo de mala reputación del barrio. En contraste, las historias externas sobre “ir a pillar” a La Mariola eran normales. Josep Ramon, habitante de Lleida y que en aquella época vivía la juventud, se indignaba cuando yo comentaba que quizás la existencia de las drogas en La Mariola no hubiese sido tan amplia: “!que no te diga eso!, nosotros, todo el costo que íbamos a pillar era a La Mariola, y nosotros pillábamos costo, que otros irían a por más”. Apenas dos entrevistados se refirieron a la presencia cotidiana de las drogas en el barrio.

³² Región moral en el completo sentido que lo teoriza la Escuela de Chicago: relación entre la morfología social y la psicología que queda definida en una morfología urbana

Tanto “El Pirolo” como Loli, hicieron explícita su venta y consumo de una manera contundente.

El Pirolo: La mala fama viene por las drogas. Aquí se consumía y se vendían drogas. Murieron varios jóvenes por culpa de eso, por la heroína³³.

Loli: Cuando yo era pequeña me encantaba mirar por la ventana, a escondidas, tenía ese toque masoquista o no sé, y ver cómo se pinchaban.

Para Máximo, presidente de la asociación de vecinos, la estigmatización del barrio a causa de las drogas vino acompañado por malas intenciones, sobre todo de la prensa, pues relacionaban La Mariola con la venta de drogas, cuando, según él, ello sucedía en los Bloques Juan Carlos.

Máximo: ¿mala fama? bueno, porque hubo una época en la que se trapicheaba mucho con droga, pero además creo que hubo bastante mala leche para que La Mariola cogiese mala fama. Porque de hecho es que aun ahora hay muchas veces que yo tengo que decir que cosas que pasan en La Mariola no son de La Mariola. Mariola como zona sí, eso es hasta el campo de fútbol, pero eso no es Mariola.

Como último factor, la sustitución étnica se entremezcla con los estigmas territorial y de etnia. Externamente, se relaciona La Mariola con gitanos. Internamente, es fácil encontrar un discurso recurrente y denigrante hacia los gitanos que especifica: “luego nos superaron y ahora imponen sus reglas”. Loli relaciona la llegada de gitanos con la degradación del orden.

Loli: han puesto a la gente de problemas sociales o que no pueden pagar. Y ahí ha ido degenerándose. Entre que no ha ido gente nueva, la gente va muriendo. Va entrando sólo esta gente [gitanos]. Va quedando un grupo ahí.

Virgilio, ya no únicamente habla de gitanos, sino de que la llegada en la última década de inmigrantes ha imposibilitado el “orden” que había antes.

³³ Era conocida en el barrio la historia de una familia en la cual, en un breve periodo de tiempo, no más de tres años, habían muerto cuatro primos jóvenes a causa de las drogas. Uno de mis informantes pertenecía a dicha familia, pero nunca me atreví a preguntarle sobre el suceso, pues me habían advertido del profundo dolor familiar que aún existía.

Virgilio: pero es que si ellos no ponen orden, no puede poner la gente. Claro, ahora al superar el número de gitanos, negros, rumanos. La gente que ha quedao son gente de 60 y 80 años. Entonces no se puede hacer nada, y más que te van machacando, te van machacando.

Ahora, hablar de La Mariola es, para mucha gente hablar de gitanos. Al preguntar, tanto a habitantes como foráneos del lugar, qué les parecía el barrio o cómo lo veían, me explicaban directamente su percepción sobre los gitanos y su comportamiento, y evadían los problemas o las realidades generales. Una joven de fuera del barrio me decía sin reparos: “para mí La Mariola es hablar de gitanos”. Evidentemente, no ha habido ninguna entrevista que, aun sin pretenderlo, no se haya hablado de los gitanos como un tema central, incluso por parte de ellos mismos. Loli tiene claro de dónde procede la mala fama del barrio.

Loli: Siempre ha habido fama, [...] Ha habido fama siempre de La Mariola pues porque... pero es que antes no había gitanos en Lleida, estaban aquí en La Mariola.

En resumen, las percepciones externas que denigraban el barrio y afectaban a las interacciones cotidianas se han contagiado al interior del barrio a través de los años. Los discursos discriminatorios fundamentados en los prejuicios territoriales han sido copiados dentro del barrio hacia aquellos que están “marcados” por algún estigma. Como señala Lapeyronnie (2008: 166), las fronteras internas son una réplica difractada de la frontera exterior que supone un mundo de juicios y valores morales. Evidentemente, esto resulta en una marginalización dentro de los marginados; con el resultado físico de micro-espacios dentro del propio barrio que son el objetivo de la discriminación interna (Savage, 2010)

Control social y dominio: instituciones y medios de comunicación, la discriminación desde arriba

¿Cómo han jugado las instituciones un papel fundamental en la creación y, sobre todo, la fijación del estigma? Una parte de las respuestas la podríamos encontrar en el urbanismo, y la forma de crear la ciudad. Por ejemplo, el funcionalismo y la zonificación, características de la ciudad capitalista, han sido una constante en todas las ciudades y en sus diversos planes de urbanismo. Apoyado en la lógica inmobiliaria se impone una fragmentación física favorecida por la gestión del suelo. Según se localicen las zonas desfavorecidas:

centro, periferia, ensanches, el mercado inmobiliario puede presionar más o menos sobre ellas y, según el tamaño o la percepción que se tenga, el mercado puede desviar más o menos su atención. Atado al valor del suelo irá la calidad y la arquitectura de las viviendas. La formación del estigma en La Mariola, a través de las instituciones, deriva de una construcción alejada de la ciudad y con una vivienda de calidad muy baja, sin presión inmobiliaria. La lejanía supone una forma de control social en el cual los habitantes quedan confinados en un lugar sin relación directa con la ciudad. La conjugación de la propiedad del suelo y de la vivienda con la falta de control social permite a la administración convertir a La Mariola en un lugar de concentración de la miseria. Alojar a grupos pobres ha servido para que otros quienes están en la misma situación vulnerable vengan al lugar. La fragmentación social y urbana ha facilitado la carencia de asociacionismo, como veremos a continuación, así como la formación en los últimos años de un mercado capitalista ilegal de la vivienda ha supuesto un factor más para la creciente acumulación de la pobreza.

También, otra forma de diferenciación, es la localización de los equipamientos -y si estos son considerados como equipamientos de ciudad³⁴- y los servicios públicos en el barrio (Borja y Castells, 1997). Como ya hemos visto, en nuestro caso de estudio, los equipamientos forman un cordón urbanístico que deja encerrado buena parte del barrio, justamente la parte de promociones públicas. Además ninguno de estos equipamientos es atractivo para los ciudadanos. Los servicios públicos son escasos en comparación con otros barrios de la ciudad. Por otro lado, tampoco existe ningún tipo de monumentalización del espacio público o del patrimonio con el que fijar o crear un aprecio al lugar (Borja y Castells, 1997).

Pero sobre todo, los mayores elementos estigmatizadores son las políticas públicas aplicadas. Si bien la acumulación de viviendas públicas, ya de por sí, no favorece la diversidad de grupos sociales, sino que los concentra³⁵, las instituciones han acrecentado

³⁴ Se entiende como equipamiento de ciudad aquellos a los que una parte importante de los ciudadanos locales han de recurrir para realizar algún tipo de actividad importante: deportiva, burocrática, cultural, etc. es decir, un “conjunto de actividades globales de toda la ciudad”

³⁵ Hay que matizar que esto se refiere únicamente al caso español y particularmente al de Cataluña. La vivienda pública no tiene por qué estar dirigida a las clases populares pues en otros países, como Francia o Suecia, esto no es así. Por otro lado, no critico la política de vivienda pública que se llevó a cabo durante los años del desarrollismo, aun a pesar de sus grandes deficiencias. Entiendo que resolvía en buena parte el problema de la vivienda obrera y estaba pensada como zona de residencia cerca del lugar del trabajo (no en el

los problemas a través de los desplazamientos forzados o semi-forzados³⁶. Especialmente, a partir de los dos casos más importantes: los desplazados del barrio del Canyeret (1967) y los afectados por la renovación de la Avenida Tarradellas (1992). Estos dos movimientos traen consigo a grupos estigmatizados que: en el primero de los casos, afecta sustancialmente a la visión externa y, en el segundo, daña considerablemente las relaciones internas del barrio provocando fragmentación. Por otro lado, como se vio en el capítulo anterior, la llegada de los últimos desplazados provoca la marcha de diversas familias, y el aumento de las distancias sociales. Además, esto hay que unirlo a una bajada de precios de la vivienda y del alquiler que vuelve a transformar el mercado y, por tanto, a un trato estigmatizador por los agentes inmobiliarios.

Finalmente, la desaparición de empresas y comercios³⁷ en buena parte debido al entorno social y también a la falta de opciones de inversión³⁸, favorece una mayor visibilidad de la economía informal, que se ve favorecida por la falta de acceso al mercado laboral formal. La ausencia de ayudas públicas por parte de las instituciones, para que el barrio no perdiese estos comercios, (como el caso de la desaparición del mercado municipal de La Mariola) facilita el arrinconamiento del barrio y la carencia de utilidad del territorio³⁹.

Todos estos procesos crean una sinergia que resulta en un proceso acumulativo y retroalimentado. Tanto la morfología social como la morfología urbana interactúan de forma que, precariedad social y degradación urbana, crean una barrera difícilmente franqueable para los habitantes del lugar. El juego de relación de ambas morfologías condiciona y determina la vida cotidiana, así como los lazos humanos y sociales que

caso de La Mariola), lo que conllevaba la inutilidad de la arquitectura para ejercer otros servicios. La utilidad general de estas viviendas es comprobable, en parte, en el discurso que tenía Virgilio sobre los inicios de La Mariola y su visión excesivamente optimista (nostálgica), lo que da muestra de su validez.

³⁶ En el caso de La Mariola, primero a partir del Estado, luego de la Generalitat de Catalunya y, por último, del Ayuntamiento –propietarios del suelo y la vivienda social

³⁷ Este proceso no tiene lugar únicamente en el barrio de La Mariola, sino que al desaparición de comercios es algo habitual en las ciudades contemporáneas por diversas causas como es la creación de grandes centros y superficies comerciales. De todas maneras, aun siendo un proceso generalizado, la afectación a los barrios pobres se sufre con mayor fuerza.

³⁸ También debido a una pauta general de obsolescencia de las microempresas pero que tiene especial gravedad en los barrios marginales o degradados.

³⁹ En el año 2011, el ayuntamiento pone a disposición cuatro pequeños locales en un lado la Plaza Barcelona, la más importante de los bloques Juan Carlos. Al poco tiempo, estos comercios parecían haber cerrado. En la actualidad, funcionan tres: un bar, una peluquería y un pequeño colmado.

forman parte en el lugar. Manuel Delgado, en su libro *El espacio público como ideología* niega el determinismo de la morfología urbana y afirma que ello responde a un idealismo urbanístico. Podemos darle la razón, al menos en este caso, cuando argumenta: “la morfología urbana es una especie de sistema conductista que únicamente orienta las actividades humanas a partir de reflejos condicionados o la distribución de elementos de un espacio público”. Y sin embargo, prosigue, “[la morfología social] tiene la última palabra acerca de para qué sirve y qué significa un lugar construido” (Delgado, 2011: 73).

Las instituciones y las administraciones suelen tener el apoyo de los medios de comunicación, para poner en práctica sus políticas, (Wacquant, 2007, San Román, 1991, Lapeyronnie, 2008). Estos suelen ser un punto crucial a la hora de fijar el estigma o de crearlo. Cuando empecé el trabajo de campo me dedicaba casi todas las mañanas a leer los diarios locales en busca de noticias que informasen o contasen anécdotas o historias sobre La Mariola; lo que me llevaría a hacer una recopilación de artículos periodísticos y presentarlos como documentación. Cuando llevaba cerca de un mes me empecé a dar cuenta de que no había leído prácticamente nada sobre el barrio a excepción de una noticia sobre un hombre que había muerto tras accidentarse en una acequia -y que se salía de mis límites del trabajo del campo-. También me había fijado en una noticia sobre la mejora de la línea de autobús urbano, que discurre entre La Mariola y Pardinyes -otro barrio leridano (ver mapa adjunto), y que daban como una reivindicación de este último barrio, ignorando a los vecinos y al barrio de La Mariola por completo⁴⁰. Poco a poco, miraba con menos asiduidad los diarios, donde únicamente aparecieron algunas noticias sobre las viviendas tapiadas en los bloques Ramiro de Ledesma. Finalmente, abandoné casi por completo esta rutina, dejando estos vistazos para momentos esporádicos.

Cuando conseguí hablar con Miriam, quien había dirigido el *Pla de Barris*, me mostró una recopilación de noticias del barrio, sobre todo, dedicadas al plan y me explicó que trabajaron para evitar la salida de noticias negativas en los medios de comunicación. Más tarde, hablé con la periodista Magda Ballester, citada en este trabajo, y ella me explicó también el trabajo que habían hecho por evitar que sólo salieran las noticias negativas y

⁴⁰ En la Asociación de Vecinos de La Mariola me aseguraron que sí habían participado en la modificación y mejora de la línea de autobús pero que no salían en la prensa por las relaciones que existían entre ellos, que calificaban de clientelares (favor por favor)

promover otras que hablasen sobre actividades y vida social, que suelen aparecer en la parte final de los diarios y que tienen un componente más alegre y desinhibido: ella también tenía un recopilatorio de noticias.

Finalmente, llegué a la conclusión de que el trabajo de ambas partes -no conseguí saber si era el mismo proyecto- había surgido efecto, pero quizás demasiado. Las malas noticias eran tapadas, pues no era difícil enterarse en el barrio con asiduidad de una redada, de una detención, fuertes peleas, etc., pero que nunca salían en los diarios. Además, la prensa local, al menos en Lleida, tiene cierta tendencia a poner pequeñas noticias de no más de cien palabras con titulares como: “multados dos hombres en la calle por fumar marihuana”, por lo que es fácil pensar que las noticias de La Mariola estaban siendo evitadas. Pero, en el efecto contrario, el barrio apenas salía en las noticias de actividades, pues, por lo general, éstas son muy escasas o de poquísima repercusión para la ciudad y el barrio. El resultado ha sido una invisibilización en los medios, por lo que el discurso oficial y popular está ausente⁴¹. En parte, esto se podría calificar como positivo, porque no se crea alarma social, no existe la justificación de estereotipos ni se ve qué tipos de normas son violadas. Pero, por otro lado, el barrio deja de existir a ojos ajenos, lo que provoca dos efectos: primero, el miedo y la inseguridad de aquellos que no son del barrio y, segundo, la falta de control social a las actuaciones estatales, institucionales o administrativas. Sin duda, la primera consecuencia territorial no es una invisibilización, como en los medios, sino que es la fijación del estigma en el territorio.

En resumen, el barrio ha mutado. Las políticas de la administración, con el apoyo de instituciones y la colaboración -voluntaria o no- de los medios de comunicación, han transformado a una parte del barrio. De ser un lugar segregado de la ciudad pero adentrado en el mercado laboral ha pasado a ser un lugar integrado en el tejido urbano pero privado - y privativo- de posibilidades sociales.

⁴¹ No quiero decir con ello que no haya noticia ninguna sobre La Mariola. Sí que salen noticias sobre sucesos más o menos importantes (incendios, operaciones antidroga, etc) pero, en comparación con otros barrios, son muy escasas y, como remarco, la cobertura informativa es deficiente. En la actualidad, las noticias que salen son muy pocas y negativas por lo que se puede entender, que tras el *Pla de Barris* y el trabajo de Magda Ballester las noticias negativas vuelven a tener más salida periodística.

2.2. CONSECUENCIAS EXTERNAS: CAPITAL SIMBÓLICO Y DISCRIMINACIÓN

El estigma territorial es un diálogo constante entre el dentro y el fuera. Si bien lo que ocurre dentro, o lo que se piensa que ocurre, produce consecuencias fuera del barrio lo mismo pasa en sentido inverso. Una representación cotidiana y sencilla del estigma cuando se menciona ser de La Mariola son las reacciones que se mueven entre el desprecio y el temor. Algo que suele ir acompañado de frases tópicas, como algunas de las comentadas por entrevistados: ¿y aparcas ahí el coche?, a mí me dicen muchas veces: ¿aparcas ahí el coche?; pero, ¿cómo es que puedes vivir ahí, cómo es posible?, ¿no te han atracado una vez a la semana o algo así? O las burlas comentadas por personas externas al barrio: La Mariola es como Montmeló [circuitos de carreras], te cambian las ruedas en tres segundos.

Estas creencias externas que dan significado a La Mariola como lugar paradigmático de peligrosidad, motivan hechos que afectan a la vida cotidiana y que pueden tener efectos más drásticos. Resulta imposible, sobre todo para los jóvenes del barrio, ignorar el desprecio del que son objeto por vivir en un barrio con mala reputación. Sobre todo, cuando esto afecta a situaciones y aspectos para tu vida como buscar trabajo, vivienda o relaciones amorosas.

A nivel territorial, la negación a entrar en el barrio por parte de las empresas privadas de reparto es lo más destacable: ciertos supermercados, así como pizzerías o demás tiendas de alimentación, no reparten a domicilio dentro de los bloques de promoción pública. Correos únicamente reparte los martes y suele cambiar constantemente de cartero por las diversas quejas y dificultades -con las consecuencias que conlleva recibir tarde cartas o facturas-. También algunos servicios públicos son reducidos como los de limpieza; menos habituales de lo que son en otros lugares de la ciudad.

La dificultad a la hora de encontrar empleo se agrava en los jóvenes de La Mariola por cuestión de discriminación residencial. El enquistamiento del desempleo, reflejado en el alto porcentaje de desempleados de larga duración, tiene como cómplice el estigma territorial. Ser de la Mariola es sinónimo de falta de responsabilidad, lo que provoca desconfianza y recelo. Para Jesús María, buscador de empleo, el principal problema que

tiene es su lugar de residencia, y Carlos, amigo suyo en la misma situación, no desliga los estigmas de lugar y de etnia.

Jesús María: No hay faena ya para los jóvenes... aparte es decir ya el sitio donde vives o te ven el DNI y ven que vives en La Mariola y ya no... ya te llamaré. Ven el DNI o la calle y te dicen ya te llamaré... Y la fama de este barrio va a peor... va a peor.

Carlos: Mayor parte [es que] somos de La Mariola, eso queda como grabado, ven que somos de La Mariola y ya... ¡fuera! Aquí tenemos la fama, algunos no, pagan la fama unos de otros, otros somos más tranquilos, más buena gente... pero como somos de este barrio pagamos (...) La mala fama esa que tenemos, de somos gitanos, somos de aquí, a lo mejor buscamos un trabajo de cajero o cualquier cosa o cualquier sitio, por decir algo, por ser de aquí o por las pintas o por la forma de ser... te ven con otros ojos, te miran de otra manera (...) Sí, tenemos una mala reputación, una fama... que dicen: “a éste lo conocemos por tal y tal” y a lo mejor no somos así. Podemos tener la capacidad para hacer lo mismo que los demás. Lo que pasa es que somos de este barrio y lo que pasa es eso.

Cuando los jóvenes de la Mariola consiguen un trabajo sienten que están más obligados que los demás a justificar su contratación o a demostrar que son igual de válidos. Similar a lo que explica Bourgois para los jóvenes puertorriqueños de Harlem, donde ellos sufren la discriminación laboral de una forma agudizada (Bourgois, 2010: 142-143). Siguiendo su relato, Carlos se quejaba de la imposibilidad de mostrarse tal como es, ha de fingir una personalidad que no es la suya habitual para que confíen en él. Su condición de “mariolero” le presiona para construirse una forma de ser que no es la suya.

Carlos: no puedo ser como soy, tengo que ser de otra manera. Si alguien por la calle es más bromista, a la hora del trabajo es más calmado y más educado con la gente. Ya no puedo ser como yo soy, porque ya pensarán que soy de otra manera (...) Me tachan de un golfo, de un juerguista... y si por aquí, por el barrio, no hago más que cuatro bromas, me río mucho y me doy una vuelta con amigos... si voy al trabajo y no eres educado es diferente, no puedes hacer [esas] cuatro bromas.

Al estigma de lugar, se junta el bajo capital cultural, creando así un capital simbólico negativo, el cual se muestra difícil de hacer frente. La combinación entre capital cultural y

estigma territorial para los asistentes sociales del barrio era casi una falsedad. Lo habitual es dar importancia únicamente a la falta de estudios como causante del problema para su integración al trabajo. Sin pretenderlo, quienes trabajan para las instituciones incorporan el estigma a los mecanismos de su funcionamiento. Acostumbran a ver a muchos individuos que buscan trabajo como irresponsables, que: “no dedican su tiempo a formarse y que únicamente quieren obtener trabajo de buenas a primeras sin buscar “opciones activas” de empleo”⁴². Según quienes trabajan en las instituciones de búsqueda de empleo⁴³, las empresas no usan la discriminación por domicilio a la hora de otorgar prácticas o trabajos -aunque sí admitían el estigma de raza como factor negativo-, es decir, no existe una conciencia del problema. Sin embargo, cuando se profundiza más en el tema los empleados de los servicios sociales relacionaban, inadvertidamente, la procedencia y la residencia con la dificultad para encontrar empleo. Una asistenta llegó a exclamar: “¡uf! y cuando se enteran que son de los bloques Juan Carlos...”. En resumen, las instituciones sociales no reconocen abiertamente que el estigma del lugar afecte a las oportunidades en el mercado laboral, aunque quienes trabajan en tales instituciones ponen en práctica los prejuicios sobre el territorio en la interacción con los buscadores de empleo -como en el caso de Jesús María y Carlos.

La discriminación de los agentes inmobiliarios es otro productor de concentración de la pobreza. Cuando alguna vez hablé con gente de clase media ajena al barrio -sobre todo residentes que vivían desde hacía poco en Lleida- me contaban que lo primero que les decían en agencias inmobiliarias era que un piso en La Mariola no era una opción válida. Lola es una doctora que hace pocos años se trasladó a trabajar a Lleida y desconocía la ciudad: “La primera impresión de Lleida y de La Mariola es que cuando empecé a buscar piso, lo primero que me dijeron fue: “en La Mariola no, eso descartado”. Este hecho no es exclusivo para recién llegados sino que también lo sufren los habitantes del barrio que poseen un capital económico o cultural mayor. Maribel es una licenciada en educación

⁴² Me encontré en dos casos con quejas por parte de los servicios sociales. En ellas mostraban la indignación sobre desempleados que iban allí únicamente en busca de cursos pagados. Hoy en día ya no existen y, según quienes protestaban, muchos de los buscadores de trabajo ya no quieren saber nada de los cursos de formación.

⁴³ Por ejemplo, el *Institut Municipal d'Ocupació*, o el Centre d'Iniciatives Juvenils contra l'atur –dependiente del Obispado de Lleida.

social que ha vivido siempre en el barrio y, a la hora de buscar piso por su zona, no obtuvo la ayuda de las agencias.

Maribel: Yo me acuerdo cuando, en el barrio, empecé a buscar piso para independizarme y nunca las inmobiliarias me ofrecían: “hay un piso en La Mariola”, ¡nunca! Y yo cuando preguntaba por la zona de La Mariola o Ronda [me respondían]: “¿en esa zona?” como sorprendidos de: “¿te quieres quedar ahí?”.

Este prejuicio a la hora de asignar zona de residencia a los nuevos lugareños, en las que se relaciona clase social y territorio, sobre todo como herramienta para obtener más beneficios, impide que exista una diversidad de clases sociales (Harvey, 1975). Sin duda, la homogeneidad de clase -que no social- cada vez es mayor, lo que perjudica a la creación de capital social *punte* (Putnam, 2000, Warr, 2005a), igual que invita a la desinversión en la zona por parte de instituciones públicas como privadas. La conjugación de las estrategias inmobiliarias con las de las instituciones públicas -recordemos la falta de inversión pública a través del empequeñecimiento del Estado de bienestar- provoca, por lo general, que las áreas que no presentan una funcionalidad o un valor desde el punto de vista capitalista dejan de tener un interés político para los poderes y son esquivados por estos y también por los flujos de riqueza (Castells, 1998). Aunque estos casos también se pueden ver reinvertidos, como ha sido en el mismo caso de La Mariola con la actuación del *Pla de Barris*.

De otro cariz es la práctica de salir fuera del barrio. Un punto clave en la experiencia vital para los jóvenes son las fiestas nocturnas: acción y reacción entre grupos, donde los jóvenes se encuentran directamente qué significa La Mariola. Muchos jóvenes sufrían la discriminación directa a la hora de relacionarse en las discotecas, tanto a la hora de acceder como de entablar relaciones. Aventurarse fuera del barrio supone hacer frente a los prejuicios y valores morales externos en el que entran en juego sus formas de interacción o sus símbolos (Bourgois, 2010: 38). Varios jóvenes relatan sus experiencias durante la noche, la discriminación que sufren cuando descubren que son de La Mariola.

Gabi: Incluso los porteros de las discotecas. A mí me ha pasado: ir al River, y estar hablando con la *colla d'amics* y decir eso, que [eres] de La Mariola, que estábamos allí y tal... y el

portero decir: “¿sois de La Mariola?” Pues tenemos más contralaos o incluso algunos de mis amigos no dejarlo entrar.

Francis: antes, cuando Lárída era Gurugú [una discoteca que cambió de nombre pero no de ubicación], si en el DNI ponía que eras de los bloques, Gaspar de Portolá, Ramiro de Ledesma... no entrabas. Si eras de la Mariola no entrabas.

Ángel: muchas veces dicen: “estos son de la Mariola, estos vienen a lo que vienen: a buscar jaleo”.

Confrontarse con la discriminación de cara, en una actividad agradable y donde crees sentirte igual que otros, es un duro golpe para la autoestima y para el acercamiento a un sentimiento de dignidad hacia aquello por lo que te ves discriminado. Sabedores de esas diferencias, tras experimentar varios sucesos, los jóvenes empiezan a buscar estrategias y formas de actuar. Estas situaciones, en las que su capital simbólico se ve anulado, suele ser recuperado especialmente a partir de la ocultación de la residencia, o del intento por evitar un encuentro con conocidos como en el caso de Maribel.

Maribel: En según qué sitios adónde vas... yo a veces pasaba vergüenza, yo cuando salíamos con los de Maristas [colegio religioso de la ciudad, externo al barrio] yo no quería encontrarme a nadie ni del barrio ni... no porque me daba vergüenza. Pero bueno, luego te acabas acostumbrando.

Jordan, contaba cómo ocultaba siempre a las chicas que vivía en La Mariola y decía que vivía en Paseo de Ronda, mientras que Maribel explicaba las ventajas de ser del barrio...

Jordan: Hay algunas chiquetas que si le digo que soy de La Mariola me dicen... Una vez me traje a una niña a mi casa, una amiga mía, y al pasar por ahí por La Mariola, La Mariola central, la *selva*, pues ve todos los bloques ahí y toda la gente y me dice: ¿qué es esto la selva? (...) yo me las llevo ahora a Ciudad Jardín, ahí cojo, le meto los frenitos a la furgoneta, ¡te lo juro por mi madre que me la llevo! Me dicen: ¿de dónde eres? Yo: de Ronda. Cuando me las llevo me dicen que si vamos a mi casa y yo les digo que no porque la estoy pintando y me las llevo a Ciudad Jardín con la furgoneta.

Cuando esto no es posible, o bien cuando ya se han cansado de adoptar esta conducta, la estrategia es la contraria, buscar una actitud y una presencia de respeto a través de la

identidad colectiva que representa el “mariolero”. Esta actitud puede ser en algunos casos positiva, pues los muchachos y muchachas pueden conseguir combatir el prejuicio.

Maribel: eso sí que es verdad, para según qué cosas iba bien decir que eras de La Mariola. Sí que es verdad que como un cierto respeto te tienen o soy la hermana de... los más mayores ya conocen a mi hermano... y eso sí que es verdad.

Pero esta actitud, este estilo opuesto al del *otro* funciona no sólo como elemento para contrarrestar hechos simbólicos negativos, sino que tiene en si mismo otro efecto nocivo: el barrio aumenta como referente o paradigma de territorio peligroso, en el que se vuelve a relacionar el *habitus* de sus jóvenes con todo lo que significa el barrio.

2.3. CONSECUENCIAS INTERNAS: FRAGMENTACIÓN Y EROSIÓN DEL CAPITAL SOCIAL

Analizar el estigma territorial contribuye a explicar ciertas estrategias que adoptan los habitantes de los barrios marginales o pobres. Estas estrategias vienen determinadas por la experiencia, tanto colectiva como individual, que se obtiene dentro y fuera del barrio. El estigma a partir de sus consecuencias directas, las cuales derivarán en reacciones individuales, se presenta como parte fundamental para el arraigo y la fijación de la pobreza dentro del territorio.

La Mariola es el lugar con el parque de vivienda pública más grande de Lleida. Este tipo de vivienda está asociada a una degradación continua desde su construcción desde la década de los años cuarenta y cincuenta, como la construida más adelante, por falta de inversión y mantenimiento. En un capítulo anterior, se vio como estos barrios marginados estaban marcados por la imagen de otros lugares a través de la publicidad, el cine o los medios de comunicación -el Bronx, Brooklyn, Las tres mil viviendas, etc.-. Estos distritos, afectados por una imagen negativa que los asocia con la miseria, la inseguridad y la depravación son el referente para muchos de quienes viven en La Mariola. Recordemos que los habitantes del barrio calificaban algunas zonas como *La Selva* o *La Jungla*.

Sin lugar a dudas, la primera consecuencia interna es la negación de pertenencia y la distinción entre sectores. Aquellos que pueden definirse, aunque sea levemente, de otro

lugar, lo hacen. Nadie quiere ser de La Mariola, ya sea porque su zona se formó después, porque no viven en vivienda pública o bien porque hacen la compra o la vida cotidiana en otro barrio. Un comerciante del barrio, instalado a pocos metros del Paseo de Ronda, se mostraba así de reticente respecto a su localización en La Mariola: “bueno, el barrio... esto es el límite, estamos en el límite. El barrio está allí (señalaba a los bloques Juan Carlos)”. Alba, una chica joven que había abandonado el barrio hacía unos años, pero donde sus padres vivían todavía, se mostraba indignada ante la idea de volver a vivir en el barrio: “hace un tiempo hubiese vuelto, me hubiera quedado en el barrio, pero ahora no, ahí no se puede vivir, no saben convivir, es la ley del Talión. Eso es el Bronx”

Esta reacción negativa lleva a los jóvenes a rechazar el barrio, a ver la pertenencia a él como una condición indigna y a querer marcharse. Incluso los niños mostraban su indignidad hacia el barrio como un lugar para vivir. Muchas veces les preguntaba a los niños, con los que trabajaba, sobre el barrio y ninguno decía cosas positivas. La conversación con Rai, un niño de 11 años que vive en los Bloques Ramiro de Ledesma, ejemplifica una típica conversación con los chavales del barrio:

Juan Manuel: ¿Te gusta el barrio?

Rai: ¿qué barrio?

Juan Manuel: ¡La Mariola, el tuyo!

Rai: ¡No!

Juan Manuel: ¿no? ¿por qué?

Rai: aquí sólo hay cosas malas: delincuencia, robos...

En otra conversación, esta vez con Imane, una chica de 17 años, estudiante de bachillerato y dependienta, me decía: “¡Odio la Mariola!”. Su percepción del barrio era que había muchos bares, borrachos y drogas y que antes se vivía mejor, lo cual es una idea muy común. La suciedad y la gente, que las calificaba como “de no fiar”, le hacía detestar el barrio. Al igual que muchos, decía que quería marchar cuanto antes: “Me quiero ir, todos se van fuera de La Mariola”.

Durante un debate en el *centre obert*, Haya, una muchacha de 15 años, renegaba del barrio asimilando el territorio con la vagancia y el no querer trabajar: “¡yo aquí nunca he visto a

nadie trabajar!” (risas de los demás chicos) [...] “¡no!, ¡es verdad! Aquí no trabaja nadie, al menos yo no lo he visto”.

Otra de las reacciones habituales suele ser culpabilizar al *otro* de los problemas del lugar. Lo más usual es culpabilizar a los gitanos, y si se es gitano, hacerlo con aquellos que tienen menos recursos o se considera menos asimilado. José Ramón, un hombre de 58 años y desempleado, que se ha criado en La Mariola, difamaba a los gitanos y los responsabilizaba de un comportamiento inmoral.

José Ramón: porque ha venido gente [gitanos] que no debería de haber venido. Por lo demás todo [igual], el ayuntamiento hacía lo mismo, todos nos comportábamos igual, esto es de cuando viene esta gente. Y había otros [gitanos] que eran más o menos civilizados y también se han arrimado al otro bando. Como aquel que dice: el que anda con un cojo al poco tiempo cojea. Pues eso es lo que ha pasao [aquí]. Lo que decía el ayuntamiento de coger pisos de los bancos, para hacer alquileres a bajo precio. A bajo a precio no van a pagar y va a ser solo para esa gente y al cabo de cuatro días los van a destrozar y va a ser peor que antes. Es cogerlos de un sitio y meterlos en otro, el comportamiento va a ser el mismo, o peor.

Otros como Jesús, ex comerciante y que ahora regenta un taller informático semi-informal, creía que los “problemas de incivismo” y falta de convivencia venían provocados por inmigrantes: “Debido a todo lo que ha llegado, se juntan en casa, los negros, y hacen fiestas de 40 o 50 personas. Muchos no son ni de La Mariola”.

El buscar responsables de la situación del barrio y juzgarlos de forma similar a lo que se le atribuye al barrio ha provocado una fuerte separación y fragmentación. Frases como “el barrio está dividido por calles” o “La Mariola son guetos dentro de un gueto” muestran la división interna por la que pasa. Carmen, una carnicera del barrio, explicaba de donde venían sus clientes y la relación que tiene con el barrio en su conjunto:

Carmen: ... vienen de aquí de las cuatro casas estas de aquí, están cerca y me conocen

Juan Manuel: ¿y no vienen de otros sitios?, ¿no vienen de las calles de allá?

Carmen: no, no. ¡Qué va!. No tengo nada que ver. De ahí de la “zona de los túneles” , como yo les llamo, nada, no pasan por aquí.

Juan Manuel: y ya de allí abajo, tampoco, ¿no?

Carmen: de ahí mucho menos

Una de las ideas más establecidas en el barrio es que los bloques Ramiro de Ledesma, donde se encuentra la mayor concentración de pobreza, han de ser derribados y algunos, aunque no apoyen esta solución, igualmente creen que se terminará haciendo⁴⁴. Esta forma de pensar expresa un sentimiento de vergüenza y una forma de culpabilizar a quienes viven allí de la descalificación colectiva del barrio. “El Pirolo”, trabajador de 44 años, tiene plena conciencia de que esto pasará aunque no es del todo negativo.

El Pirolo: Aún hay una solución, que se junten la asociación de vecinos, con el secretario de los gitanos y la administración. Si no habrá que tirarlo abajo. Aún hay una posibilidad con las próximas elecciones.

Maribel, en cambio, ha perdido toda esperanza de una renovación positiva del lugar y recuerda la experiencia cercana del barrio del Canyeret:

Maribel: y yo creo que así [según ella, degradado y abandonado] se va a quedar hasta los restos. A veces pienso, tal como pasó lo del Canyeret.. [que lo derribaron]

La falta de unidad se ve especialmente en el asociacionismo. Existen dos asociaciones de vecinos, una de La Mariola y otra de los Bloques Juan Carlos, y una asociación gitana “Asociación futur”. Las tres asociaciones habían perdido todo el carácter representativo del barrio y eran criticadas habitualmente por la población, sobre todo la paya, que anteriormente había estado más vinculada a ellas. Enric es un trabajador social del ámbito religioso, que se trasladó a vivir al barrio cuando comenzó un proyecto social con niños y jóvenes, que lleva la congregación de Los Maristas; tanto por su inquietud social como por conocedor del barrio se lamenta de la actitud de la asociación de vecinos.

Enric: [a la asociación de vecinos] yo no le veo esta voluntad de promocionar el barrio; de mejorar, de luchar incluso con el ayuntamiento, con quien sea, con las entidades. [De obtener] más recursos u otras instalaciones. De una forma, sanear un poco el barrio; hay muy poco de esa lucha. Quizás, [en] otro tiempo, colectivos como estos eran los que llevaban a cabo las reivindicaciones sociales con más fuerza. En cambio, yo, ahora mismo, en el barrio

⁴⁴ A este respecto, del derribo de barrios y el estigma, es conveniente leer: Arthurson, K. (2004) “From stigma to demolition: Australian debates about housing and social exclusion”, *Journal of Housing and the Built Environment* 19 (3): 255-270. También Wacquant hace mención sucinta de la renovación de estos lugares a través del trabajo de Euvremyer, L y Euvremer, Y. (1985): “La honte”, *Archivari*, julio, pp. 6-10

no lo noto eso, supongo que algo habrá, pero no lo veo. No es evidente, en todo caso es algo muy discreto.

Una mujer, ex-vecina del barrio, aseguraba que “el señor Blanco [presidente de la Asociación de Vecinos de La Mariola] no es representativo del barrio”. Muchos vecinos se quejaban de la falta de democracia interna por la que pasaba la Asociación de Vecinos de La Mariola, a quienes acusaban de estar instalados en los puestos administrativos y no dar paso a la renovación. Otro vecino del barrio, también comerciante, que había tenido que cerrar por su mal funcionamiento, decía: “¿elecciones en La Mariola?, no les interesa que venga gente de fuera [de la asociación de vecinos]”. Estas expresiones contrarias a dicha asociación representan una forma habitual de rechazo hacia el funcionamiento del barrio y de cómo las instituciones públicas son vistas como instrumentos controlados por el ayuntamiento, ajenos a los problemas internos y quienes están en ellas, como miembros de relaciones clientelares.

En el capítulo anterior *Una etno(geo)grafía del capital*, he descrito como se había dado un proceso de sustitución étnica. Tal proceso puede recordar a lo que Burgess y Park, de la Escuela de Chicago, llamaron “zonas de transición”; fundamentadas en áreas racialmente mixtas que se daban en asentamientos de inmigrantes en los que ocurrían procesos de invasión y expulsión, que concluían en la homogeneidad racial. Pero en el caso de La Mariola, cabe poner de manifiesto diversas diferencias por la cual no es aceptable tal teoría. Aunque se da un proceso de sustitución étnica, éste nunca se completa; las zonas nunca llegan a ser completamente homogéneas, sino que siempre hay, como mínimo, una pequeña población de las demás etnias o razas. Principalmente, la sustitución de una etnia por otra, es decir, la expulsión o reacción, viene relacionada no con la llegada de una nueva etnia o con la posibilidad de vivir en un mejor barrio, aunque esto lo apoye, sino sobre todo por el deterioro y la carencia de la oferta de vivienda. La gran diferencia, respecto a la Escuela de Chicago es que este proceso está influenciado por las administraciones públicas, que han sido administradoras de buena parte del parque de viviendas. Junto a esto, el proceso de llegada de los últimos grupos ha sido causado por el abaratamiento de la vivienda, la más asequible de la ciudad, y ha sido la primera residencia en Lleida de muchos de los nuevos habitantes. Por otro lado, aún hay gente mayor, “payos” a quienes les gustaría marcharse

del barrio, pero, aunque la composición social influya en su deseo parecen más decisivos factores más materiales, como la falta de ascensores, la precariedad de la vivienda, la falta de servicios y comercios, etc.

Pero, por otro lado, la idea de zona de transición nos puede servir para mostrar como diversas personas, de todas las razas y etnias, han marchado después de estar un tiempo en el barrio o como otras están esperando una oportunidad para hacerlo. La Mariola se convierte en un barrio que sirve para acoger a aquellos que no pueden estar casi en ningún lugar más de Lleida pero que lo abandonan en cuanto tienen oportunidad. Por tanto, se convierte en un lugar de transición, un lugar de residencia a la espera de poder situarse en un barrio de mejor calidad.

La movilidad geográfica en La Mariola

Este sentido de lugar da a La Mariola un significado de barrio fútil, de falta de identificación y aprecio en sus habitantes. Durante el trabajo de campo me solía encontrar, por un lado, con historias en las que me contaban cómo había llegado gente nueva de otros barrios de fuera de Lleida -lo que en realidad le da un (re)conocimiento y significado de lugar en otras partes, aunque este sea negativo- y, por otro, con relatos sobre familias que habían dejado el barrio a causa de dos motivos distintos: han podido instalarse en un lugar mejor o, forzados, han abandonado el barrio a causa de amenazas, problemas sociales o económicos.

Así pues, existen tres posibles casos de movilidad: 1) llegada de población de otros barrios pobres; 2) salida del barrio por movilidad social ascendente; y 3) cambio de residencia forzada o semi-forzada.

1. La llegada de nueva población pobre es una constante en el discurso sobre la degradación del barrio y los problemas de delincuencia y estigmatización. Este proceso, aunque real, estaba impregnado de rumores e historias sobre la procedencia y la actitud de los recién llegados. Por ejemplo, varias veces escuché relatos de cómo había llegado gente pobre de Aragón -a veces decían de Zaragoza, otras de Huesca, Barbastro o Monzón, nunca solían coincidir- que estaban degradando el barrio. Tras seguir el asunto, concluí que todo se

reducía a un gitano, apodado “El Puchu”, que parecía ser causante de algunos altercados, peleas o amenazas, y que, por lo visto, terminó yéndose del barrio.

Estos relatos, llenos de rumores y habladurías, dan lugar a una estrategia cotidiana: el vilipendio de aquellos que están debajo en la escala social del barrio; es decir, una estigmatización hacia abajo. Con ello, los lazos sociales que podrían dar lugar a una cohesión e identidad compartida se menoscaban. Jesús María, joven de 21 años y gitano, culpabilizaba enérgicamente a unos nuevos habitantes que, según él, habían llegado del barrio pratense de San Cosme.

Jesús María: A ver, son gitanos y han bajao de San Cosme. Desterrados algunos han bajao y se han puesto aquí. Aquí han marcado alguna, han hecho alguna cosa que de pensarlo te marea.... las cosas que han liao con un perro... Se han puesto aquí esos gitanos y le han dao esa mala fama a La Mariola. La Mariola no era así, era más tranquilo digamos.

Este hecho da lugar a la fragmentación y división del barrio, indicando la pérdida de contacto entre divisiones espaciales y grupos sociales -pues realmente la información de una zona del barrio a otra llega totalmente desvirtuada, mostrándose la falta de comunicación entre secciones- conllevando la desvalorización del capital social, sobre todo de tipo *punte*, entre las diferentes escalas sociales y zonas del barrio.

2. La salida del barrio a partir de la movilidad social ascendente ha sido el factor de movilidad contrastado con menos frecuencia. Hay dos tipos de casos: primero, jóvenes payos que han marchado a otro barrio de la ciudad o a un municipio próximo y han roto lazos no familiares en el barrio; segundo, algunas familias gitanas que han comprado pisos cerca y siguen conservando las relaciones, sobre todo los jóvenes y adolescentes. En este caso es importante observar que en diversas ocasiones se conservan voluntariamente los lazos. Estos lazos débiles no suelen ser de utilidad para quienes se quedan en el barrio, sobre todo en relación al mercado laboral, ya que, quienes se mudan suelen trabajar en el mercado de ropa, inscrito fuera de un mercado laboral común.

3. En el cambio de residencia por obligación entra la relación entre los barrios estigmatizados de la ciudad: el Centro Histórico y La Mariola. Diversas familias con la que

hablé habían dejado La Mariola por desahucios, problemas económicos, problemas familiares o amenazas y se trasladaron al Centro Histórico. Por el contrario, otras familias o individuos han llegado del Centro Histórico a La Mariola por razones similares. Una familia egipcia, que había comprado un piso en los bloques Gaspar de Portolá, tuvo que acogerse a la dación en pago cuando el padre pasó a formar parte del alto número de desempleados en el barrio y, por tanto no habían ingresos suficientes para hacer frente a la hipoteca y a los gastos de la comunidad de vecinos. Las deudas sobre esto últimos eran muy elevadas por lo que decidieron abandonar el barrio para no sufrir conflictos. El nuevo lugar de residencia fue el Centro Histórico. Los padres rompieron las relaciones con el barrio aunque los hijos mayores (no así la hija más pequeña) seguían yendo al instituto y al *centre obert* de La Mariola. El hijo mayor, de 15 años, se quejaba de la nueva zona de residencia, pues no tenía apenas relaciones de vecindad como tenía en La Mariola y en este último únicamente conservaba las relaciones del *centre obert*. Otro chico, Gabi, de 21 años y gitano, había abandonado el barrio junto a su madre y sus hermanos tras la separación de sus padres. Tras pasar por el Paseo de Ronda, la familia se volvió a unir pero la muerte del padre les llevo a tener que mudarse otra vez y, finalmente, fueron al Centro Histórico. Gabi ha conservado amistades, aunque ahora la visión que tiene de La Mariola ha cambiado ostensiblemente. La llegada al Centro Histórico no le ha supuesto una ampliación de su capital social *puente*, ya que, en su nueva residencia no ha conseguido crear nuevas relaciones y sigue sufriendo las mismas consecuencias que en el barrio anterior.

La movilidad entre barrios pobres y estigmatizados responde a dos factores: *económicos*, ya que son los de precios más bajos en la ciudad y existe un mercado inmobiliario alternativo (véase el capítulo una *etno(geo)grafía del capital*, p. 70-72); y *sociales*, pues no han de responder sobre su estatus o condición. La existencia de otros barrios estigmatizados les permite moverse cuando ciertos problemas no pueden ser solucionados dentro del barrio - como es el caso de los impagos o de las amenazas. Esta relación de barrios estigmatizados, quizás más plausible en Lleida gracias a la cercanía entre barrios -hay que recordar que entre ambos no hay más de 20 minutos a pie-, da cierto margen a los habitantes de un barrio estigmatizado a lo hora de anclarse o no a un lugar y dota de movilidad a sus habitantes. Sin embargo, puede ser también un elemento negativo por el cual se pierde capacidad de

llegar a formas de acción colectiva, al entender que siempre hay una vía de escape sin buscar la organización para conseguir los recursos necesarios para ejercer la vida cotidiana.

La erosión de capital social

Esta falta de recursos podría dotar al barrio en sí mismo de una motivación o exigencia para un mayor valor del capital social⁴⁵. Por el contrario, en La Mariola, intervienen varios elementos que impiden el uso del capital social como recurso económico y de resistencia en el barrio.

Tres factores claves influyen en la transformación del capital social: la individualización creada a partir del estado del bienestar; dependiente de ésta, la dificultad de crear capital social de tipo *formal* vinculado a las administraciones públicas; por último, las fuentes de *capital social negativo* entre el colectivo gitano.

1. El primero trata sobre la intrusión del Estado del bienestar a la hora de obtener, repartir y localizar los recursos, tanto económicos como relacionales, dentro de la población pobre del barrio. La agravada pobreza en el barrio, ya incrustada durante varias décadas, ha provocado el uso de asistencias sociales, organizaciones para facilitar la entrada al mercado laboral, etc., dejando en un segundo plano la búsqueda de otros recursos de carácter menos vinculados al aparato del Estado, como son los lazos sociales, las agrupaciones y los movimientos sociales⁴⁶. En las entrevistas realizadas a quienes trabajaban en asuntos

⁴⁵ Didier Lapeyronnie señala en su libro *Le ghetto urbain* como los grupos sociales al separarse los unos de los otros incrementan el capital social y rebajan las diferencias entre categorías. (Lapeyronnie, 2008: 15) Por otro lado, también muestra como las dimensiones simbólicas y materiales pesan en la relación con el exterior y en la capacidad de acceder a los recursos sociales, su desconexión con el resto de la ciudad (ídem: 136). En la Mariola vemos, como el segundo caso es más preponderante que el primero.

⁴⁶ A nivel nacional el hecho cambia, como bien dice Luis Moreno, el Estado del bienestar suele ser asociado a la solidaridad del pueblo y, en definitiva es aportador de grandes recursos económicos y sociales más que despojador de ellos: “Durante el siglo XX, el auge y consolidación del Estado del bienestar – una invención europea – han hecho posible la cobertura de las necesidades básicas de los ciudadanos mediante la provisión de seguridad de rentas, atención sanitaria, vivienda y educación. Existe una creencia generalizada de que el ‘modelo social europeo’ es algo que proporciona identidad y unidad sociales en la mayoría de los países de la Unión Europea, en contraste a otros sistemas de protección donde la individualización es rasgo característico de las políticas del bienestar” (Moreno, 2007:3)

A su vez el Estado del bienestar tiende a entender al individuo como sujeto principal y no la colectividad, pasando a ser éste el dinamizador del mercado. Si bien el Estado del bienestar está pensado en función de la solidaridad colectiva, el resultado es mucho más individualizador. Al fin y al cabo el Estado de Bienestar es un actor más en el proceso individualizador de la primera a la segunda modernidad. Tal como promulga Beck: “Al contrario de lo que sucedía en el siglo XIX, hoy los seres humanos ya no son reunidos en grupos grandes

sociales del barrio era habitual encontrarse con la queja de que en el barrio, sobre todo gitanos y “moros”, hacían un abuso de las ayudas y las opciones que daban desde su institución u organismo. En realidad, este “abuso” se debe a las dificultades para acceder a otros recursos sin la ayuda de los organismos públicos. La dificultad o miedo a no acceder a dichos recursos se encontraba en todas los grupos sociales, quienes se acusan mutuamente de ser culpables de la carencia material o incluso de ser causantes de la crisis económica -siguiendo la ideología neoliberal que responsabiliza al individuo de no ser consciente de los recursos limitados del Estado y abusar de ellos-. Gitanos culpabilizan a “moros” de obtener los recursos mayoritariamente, los inmigrantes lo hacen con los gitanos pues creen que tienen atemorizados a los asistentes sociales, los payos acusan a los gitanos de usar triquiñuelas “cuando muchos de ellos tienen más dinero que nosotros”⁴⁷ y a los inmigrantes de tener más facilidades para acceder a recursos. En este sentido, el Estado de bienestar se muestra como un agente individualizador, pero la percepción social reconstruye esta idea hacia una recolectivización segmentaria, es decir, el favorecimiento a ciertos grupos sociales. etc.

2. Evidentemente, este discurso se ha visto agravado en los últimos años a causa del empequeñecimiento del Estado del bienestar. Esto lleva al segundo factor en la pérdida de capital social: lo que Wacquant denomina *capital social formal vinculado a la administración pública* (Wacquant, 1998). Las organizaciones sociales ancladas en el barrio han de servir de apoyo para la creación de lazos que den posibilidades de entrada a nuevos lugares, servicios u otras organizaciones. En el barrio, como se ha visto, existe una carencia de organizaciones que actúen directamente sobre él. Las asociaciones de vecinos han perdido la credibilidad de buena parte del barrio y la gran mayoría de la población no colabora con ellas, por lo que no sirven como puente de enlace hacia otras vías. Otras

(en “clases” que actúan social y políticamente) bajo la presión de la miseria y de la vivencia de la enajenación laboral en los barrios proletarios pobres de las grandes ciudades. Al revés, sobre el trasfondo de los derechos sociales y políticos obtenidos son desprendidos de los nexos de clase del mundo de la vida y se ven remetidos cada vez más a sí mismos para obtener su sustento. Regulada por el Estado del bienestar, la extensión del trabajo asalariado se convierte en una individualización de las clases sociales.” (Beck, 1998: 136)

⁴⁷ Afirmación de José Ramón, desempleado que viven en el barrio.

Una de las repeticiones constantes durante las charlas sobre gitanos era que no trabajaban y “se buscaban la vida” a partir de engañar a asistentes sociales y a la administración. Normalmente, esto se hacía a través de matrimonios o divorcios falsos o mediante duplicaciones territoriales -pedir ayudas en dos comunidades autónomas distintas-. Para mucho de quienes vertían estas acusaciones todo se justificaba con la frase: “¡cómo van a ir mal de dinero si van llenos de oro!”

asociaciones, como “Futur”, están organizadas para la etnia gitana y no representan al barrio por completo; además, algunos gitanos no la ven transparente. Finalmente, ayuntamiento y Generalitat han puesto servicios de ocupación dedicados exclusivamente al barrio y son quienes más trabajo hacen para crear relaciones dirigidas al mercado laboral. El problema también radica en las administraciones, incluyendo la municipal, que han recortado las subvenciones y han modificado las políticas de búsqueda de empleo en políticas activas. Como explica bien Neil Smith:

Los estados locales (incluidos los gobiernos municipales), forzados a una modalidad más competitiva con respecto al capital y al trabajo, han ofrecido zanahorias al capital y han aplicado el palo al trabajo; se han vuelto mucho más selectivos en cuanto al grado y el nivel de subvenciones a la reproducción social, porque pueden recurrir en mayor medida a mano de obra importada cuyos costes de reproducción han sido cubiertos en otro lugar. (...)Las mismas presiones, aplicadas al estado nacional, han llevado a una enorme erosión de la provisión de capital social en ese mismo ámbito, con lo que se intensifica la presión sobre los gobiernos municipales para que reduzcan aún más sus responsabilidades con respecto a la reproducción social (Smith, 2005:66)

Durante el periodo del *Pla de Barris* -de 2004 a 2010- el capital social formal del barrio aumentó considerablemente, pues la administración ayudó a la creación de asociaciones - como el caso de la asociación de mujeres gitanas- e hizo de intermediario entre el barrio e instituciones o empresas privadas, creando nuevos lazos sociales de tipo débil. Sin embargo, la desaparición del plan, así como de la oficina que existía en el barrio, supuso un duro golpe para el barrio y se perdieron todos los enlaces entre la población con dificultades y muchas de las instituciones y empresas, lo que conlleva una fuerte erosión del capital social formal que había estado ligado al *Pla de Barris*.

3. Por último, la organización de la etnia gitana está enraizada fuertemente en un sentido de solidaridad. Como tal, esto fortalece las relaciones familiares (entendido en su término más extenso) y de vecindad, pero no de capital social *puente*, roto por los estigmas de etnia, pobreza y lugar. (Fol, 2010, Warr, 2005a, Putnam 2000)

En contraste, dentro de la fuerte identidad étnica, aparecen efectos de un capital social negativo que perjudican la ampliación de sus relaciones sociales. Según Alejandro Portes

existen cuatro tipos de consecuencias negativas del capital social -exclusión de los extraños, constricciones sobre la libertad, costes de solidaridad comunitaria y presiones de nivelación-. Para nuestro caso particular, se muestran principalmente los dos últimos.

Las constricciones de libertad se refieren a normas de la comunidad sobre la acción individual y la receptividad hacia la cultura exterior (Portes, 2012 [1993]). La fuerte identidad y sentido de pertenencia que tienen los gitanos es un factor clave en la conservación de lazos sociales de tipo familiar y vecinal⁴⁸ pero que a su vez puede tener una vertiente negativa sobre los individuos. Aunque este caso afecta a todos los niveles, en el caso de los gitanos de La Mariola, al menos, tiene como principal víctima a las mujeres. Son diversos los casos que me he encontrado en el que la mujer gitana no ha podido ejercer derechos. Comento aquí dos casos particulares: primero, el de una chica gitana, que tras realizar un curso para la introducción al mercado laboral con éxito no pudo integrarse a través de ese medio al trabajo; segundo, Gabi, quien ya no es residente en el barrio, aunque sigue manteniendo relaciones dentro, relata las presiones de la comunidad gitana para no acusar o delatar a otros miembros, lo que conlleva el uso de malas prácticas sociales.

Miriam, dirigía actividades y cursos desde una organización municipal durante la realización del *Pla de Barris*. Ella estaba en una posición en la cual podía saber por qué una persona era admitida o no en las prácticas o por qué era o no contratada en un puesto de trabajo, vinculado a dichas prácticas. Ella me relataba el caso paradigmático de una chica gitana. Tras la realización de un curso que le introduciría al mundo laboral a través de su preparación para la atención al público, Susana, debía realizar prácticas en una tienda, lo que le daría la posibilidad de obtener un puesto en la misma tienda o ser aconsejada para otro puesto laboral. La primera dificultad salió cuando desde su familia se presionó para que Susana no trabajara fuera del barrio -algo que vivió Miriam en primera persona y algo que era relativamente difícil pues los comercios escasean en la zona- por lo que se tuvo que negociar con una perfumería que estaba justo a la entrada del barrio, en contacto con Paseo de Ronda.

Miriam me explicó las razones que, desde la empresa, le dieron para no contratar a Susana a pesar de que estaban satisfechos con su labor. Ocurrían dos problemas: sus hermanos le

⁴⁸ Según Portes sería una fuente de capital social denominada *solidaridad circunscrita*.

acompañaban siempre al trabajo y en la mayoría de ocasiones se quedaban sentados en un banco delante de la tienda: vigilando a ver quien venía y si decían algo a su hermana. Por otro lado, muchas tardes, sus amigas aparecían en la tienda para hacerle visitas y pasar el rato. Desde el punto de vista de los encargados, aquello era inaceptable, pues daba una mala imagen emitiendo una sensación de vigilancia continua. Finalmente, cuando a Susana se le acabó el contrato de prácticas, a pesar de su buen trabajo -alabado ante ella misma y ante Miriam como tutora- no fue contratada con la protesta sobre el rígido control de los hombres de su familia y tras las quejas de las visitas de sus amistades.

El acompañamiento diario de los hermanos respondía al cuidado de una mujer gitana ante los estímulos exteriores o al control para que no ejerciese alguna actividad impropia. Se observa que los esfuerzos familiares por mantener respetable y respetada la cultura de la comunidad -la defensa de la mujer gitana contra la receptividad a la cultura exterior- fue un impedimento para que Susana pudiese llevar a cabo su libertad individual y de elección a causa de la percepción externa que se tenía del hecho. El control ejercido ante ella, tanto territorialmente como personalmente, ha provocado una carencia de posibilidades y ha creado para ella una ciudad dentro de otra ciudad⁴⁹.

Los casos que contaba Gabi, chico gitano que ya no vive en La Mariola, indican la presión de la comunidad para auto-protegerse de otras culturas, sobre todo la dominante, y de solidaridad de la comunidad. Pero, en contraste, muestran las consecuencias involuntarias en el territorio que tiene esta lealtad: el mal cuidado y su dejadez, la facilidad para cometer actividades ilegales o delictivas, o simplemente las dificultades para la reproducción social. Gabi, muestra como hay gitanos que priorizan la identidad y solidaridad étnica, protegiendo así actividades molestas, frente a la intervención del Estado.

Gabi: Es que La Mariola es un barrio de gitanos, ya se sabe. Y por eso también hay ese amiguismo. Al ser todos de la misma etnia... pues somos gitanos todos. Como primos hermanos. Aquí todos nos ayudamos, si hay problemas nos arreglamos entre nosotros. (...)

⁴⁹ Léase a Phillipe Bourgois cuando muestra el gueto como una categoría de dominación y racialización. A este respecto argumenta que las mujeres reafirman su dignidad por el cercano control impuesto sobre ellas por el territorio estigmatizado y su relación con la sociedad externa. También la muestra de fortaleza y manifestación de solidaridad que hacen los hombres jóvenes al imponer virtud y control afirmando un orgullo racial produciendo una tensión entre lo personal, lo social y lo colectivo. (Bourgois, 2010: 19-20)

Pero aquí, cuando entras, todo el mundo está a la ley de la necesidad, de lo necesito, ¿sabes? Yo soy tu amigo hasta que necesite algo y tú lo tengas. Y no me lo des porque te lo quito.

[...] Yo vivía allí, ¿sabes? Yo vivía donde había jaleo. Y encima en la planta baja. Los bloques Ramiro de Ledesma, ahí estás justo en el sitio, ¡perfecto! Sí, sí, es verdad, y escuchabas a las cuatro de la mañana, a lo mejor, a alguien que le había apetecido poner la música a todo volumen y... ¿sabes? O discusiones de matrimonios, mucha violencia de género, ¡a saco!, ¡a saco, Paco!. Y no llames a los Mossos, no llames a los Mossos, ni a la urbana ni a nada. Porque tú también eres gitano y no está bien... que un gitano denuncia a otro gitano por maltrato o por... no está bien, te pueden recriminar a ti, ¿sabes? Es un poco de locos, ahora lo pienso. Antes lo veía normal... “yo también soy gitano y puedo buscarme un lío porque me estoy...”, ¿no? Lo veía más normal, pero ahora... está haciendo él la cosa mala, por así decirlo, está siendo él el que agrede y está saltando la ley y, sin embargo, soy yo el que si denuncio me llevo las castañas.

La fuerte solidaridad gitana como etnia, ha dado pie a cometer actos mal vistos por la ciudadanía -también rechazados por buena parte de los gitanos- pero que salen impunes gracias a la presión de la solidaridad gitana ante la intervención estatal. Las consecuencias negativas del capital social -en este caso *de proximidad* y étnico-, reflejado en actos de solidaridad y encubrimiento ante estas actuaciones, son el deterioro del territorio a partir de su uso simbólico y material -pues se agrede, se ensucia y se realizan actividades ilegales en el espacio-. Pero, sobre todo, afecta a la relación entre territorio y sociedad, a la representación del espacio degradado y de un espacio social “contaminado” con la persona que vive en él o en sus proximidades. Estos actos rompen los lazos con otras personas de diferentes grupos, sobre todo, a través de encubrimientos de delitos o de gamberrismo. Gregorio había sido víctima de robos y destrozos constantes en su coche: denunció, pero retiró la acusación tras la presión de los patriarcas de las familias gitanas-. Ahora no suele tener relación con gitanos -aunque él lo es- pues sólo cree que encontrará problemas.

Finalmente, existe desde dentro pero sobre todo desde las instituciones, una falta de apoyo a la vida cultural y asociativa que no permite el desarrollo de actividades habituales o cercanas al ciudadano. Actividades simples y de fácil ejecución son apartadas y no existe intento de ser llevadas a cabo desde las instituciones ya que el estigma está presente en la propia base de los mecanismos de poder. Maribel, habitante y trabajadora social en el

barrio, explicaba indignada la forma de proceder desde la administración municipal ante un pequeño proyecto.

Maribel: el espacio ese delante del *Calidoscopi* [una pequeña cerca donde hay plantado un árbol y se suele acumular suciedad]. Nosotros como *Pas a Pas* propusimos al ayuntamiento si podíamos hacer el jardín. Nosotros, ir nosotros a plantar y a cuidarlo y nos dijeron que no; porque consideraban que era una pérdida de tiempo, que el mismo día que nosotros plantaríamos, esa misma noche, nos arrancaban las plantas o que no iba a aguantar. Y claro también sabe mal, dices: estamos aquí, llevo toda la vida viviendo aquí y esto así no era antes..

Desde el ayuntamiento y desde la administración existe un lento movimiento a la hora de aplicar políticas o de tomar ciertas decisiones. Durante mi trabajo de campo las quejas por la falta de colaboración y de aplicación de medidas por parte del ayuntamiento eran constantes. Tras acabar mi trabajo de campo el ayuntamiento cedió a conceder una reunión con los vecinos a causa de las continuas quejas y de la preocupación que había sobre los bloques Ramiro de Ledesma tras varios años de difícil situación .

2.4. NI DENTRO NI FUERA: LA ASOCIACIÓN DE VECINOS DEL TURÓ DEL GARDENY Y EL RESIDENCIAL ALOSA

Desde los años noventa hasta el año 2005, no han existido nuevas promociones de vivienda en La Mariola, tanto pública como privada. No es hasta alrededor del año 2005 cuando empieza a construirse un nuevo conjunto de viviendas: unas quinientas, edificadas en la parte más alejada del barrio y dirigidas a la clase media de la ciudad -el lugar se vende como un sitio familiar y tranquilo, rodeado de campo, al pie del Gardeny-. Representación del capitalismo inmobiliario en el que estaba inmerso el país -acumulación de capital a partir de la expansión de la ciudad-, el lugar estaba prodigado a ser un nuevo espacio de crecimiento.

Como es habitual en La Mariola, el nuevo espacio residencial aparece dándole la espalda urbanísticamente: detrás de un parque y de un club de petanca, al otro lado de una calle transitada, con todos los portales mirando hacia fuera del barrio, etc. El lugar llama su atención, aparte de por su contraste con el resto de viviendas, porque existe un segmento, la

mitad de las viviendas más o menos, que contiene una zona comunitaria de uso privativo en la que hay una piscina, de no muy grandes dimensiones. Así, en 2007, cuando la venta de vivienda aún era débil -el recinto no se llenará hasta prácticamente 2013- era un espacio abierto, semipúblico. Pero a partir de 2008, los vecinos deciden que el recinto no puede estar abierto por falta de seguridad. De esta manera, el lugar se cierra y pasa a ser totalmente un espacio privado, quedando dentro la zona comunitaria con la piscina y algunas terrazas. Este hecho puede ser percibido como algo normal dentro del urbanismo actual (véase a este respecto Caldeira, 2000); proteger una zona comunitaria de aquellos que no pagan para su disfrute. De hecho, ya en los años ochenta, cuando se crea el vecino barrio de alto standing, *Joc de la Bola*, muchos edificios son cercados por las mismas circunstancias, bajo pretexto como “entraban niños de La Mariola a bañarse en sus piscinas”⁵⁰.

Pero más llamativo es la decisión que toman los vecinos del nuevo lugar sobre la pertenencia al barrio. Formada una junta vecinal, se decide que no se quiere pertenecer a La Mariola y que se formaría una nueva asociación de vecinos, donde también entran las viviendas nuevas de fuera del recinto. Así pues, esta asociación no pertenecerá a la habitual de La Mariola, sino que será independiente y pasa a denominarse Asociación de Vecinos del *Turó del Gardeny* -en conjunción también a una nueva ludoteca que se instala al lado que se llama *Parc del Gardeny*⁵¹ y sobre todo, con el parque empresarial de nueva creación *Parc Científic Gardeny*. Evidentemente, tanto el cierre del recinto como la declinación a formar parte de la asociación vecinal tradicional del barrio son dos actos simbólicos que dejan claro el rechazo y el desentendimiento hacia La Mariola, una muestra de miedo hacia lo que pueda venir de fuera aunque nunca haya ocurrido nada⁵².

⁵⁰ Hay que decir que el barrio es el único de Lleida sin piscina municipal, junto con aquellos donde se alojan las familias de renta alta.

⁵¹ Es curioso, como mínimo, fijarse que ningún lugar o institución pública o privada lleva el nombre de La Mariola a excepción de la asociación de vecinos.

⁵² En la actualidad, existe un auge en los estudios sobre los espacios privados, el miedo y el control del espacio. En geografía urbana, por ejemplo, es notable esta línea. Son por ejemplo muestras cercanas de este interés el VII Congreso de Geografía Urbana de la Universitat de Girona en 2004 dedicado a la ciudad y el miedo y que se materializa en el libro coordinado por Obdulia Gutiérrez *La ciudad y el miedo* o también el libro coordinado por Alfonso Valenzuela: *Ciudades seguras. Cultura ciudadana, eficacia colectiva y control social del espacio*. México: Universidad Autónoma del Estado de México y Editorial Porrúa, 2011

Pero no deja de ser irónico que, finalmente, el residencial Alosa, como así le denominan, deja de ser un lugar de residencia de las clases medias acomodadas. Con la crisis económica de 2008 y la proximidad al barrio de la Mariola, así como la lejanía al resto de la ciudad, se convierte, tras la imposibilidad de vender los pisos a los precios convenidos, en un lugar apto para familias inmigrantes que han adquirido algo de bienestar y para familias del barrio de la Mariola que no han querido irse muy lejos de su antigua residencia y han decidido comprar una vivienda nueva en el mismo lugar. Queda entonces el residencial como una mixtura de clase media acomodada -los primeros habitantes- y clase trabajadora, parcialmente inmigrantes. Esta mezcla de clases aumenta todavía más cuando al lado el ayuntamiento construye al lado un edificio de viviendas sociales, las cuales, poco a poco, van siendo dadas a familias pobres.

El rechazo en La Mariola a la negación de este lugar a pertenecer al barrio es claro. Algunos de los informantes se sentían ciertamente insultados con la decisión de no querer formar parte de la Mariola. Un muchacho del barrio me hablaba un día sobre la discriminación que padecían e indignado comentaba: “¡estos que están aquí al lado, se están peleando para llamarse Turó de Gardeny!. ¡Y se quieren llamar Turó de Gardeny para no llamarse La Mariola! No quieren ser del barrio, ¡nos discriminan!”. El director del instituto, cuando manteníamos una charla sobre los diferentes problemas del barrio hablaba de dicha asociación vecinal como ejemplo de actuación institucional.

Antoni: El barri de La Mariola acaba fins a Cardenal Cisneros, allà és el barri de Turó de Gardeny: la associació de veïns de Turó de Gardeny. La seu la té aquí. Fa uns mesos, que aquesta associació em van venir a veure per a veure si volia col·laborar i les vaig oferir uns locals; i la seu la tenen aquí. Em van demanar [això] i el cartell està allà. I tenen la clau de l'institut. Jo ho faig amb tota la perspectiva que ha de tenir un centre educatiu, que ha d'estar obert al públic.

Aquestos nens d'aquí [han] d'anar cap al *camp escolar* [però no hi aniran]. I d'alguna manera ja s'eviten (...) s'han tret de sobre [a aquests alumnes]

Juan Manuel: La gent que viu aquí [al *residencial Alosa*]; han de venir aquí [a l'*Institut Castell de Templers*], però no vindran. On aniran?

Antoni: Els troben cabuda. Jo no crítico a les famílies. Jo m'hi oposo, però Ensenyament les donaran cabuda. Els nens els escolaritzen a Cappont, a l'escola de Cappont. Aquesta és la escola que han assignat als nens d'aquí. Aquella escola, els seus instituts són el camp escolar. Ja està, m'entens?. Però fixa't quina cosa, mirant des de fora: tu ets un visitant, pues veus críos per aquí jugant i penses, deuen venir tots a l'institut. No ve ningú! Com a ciutadà diries: què passa?... És curiós

(...)Llavors arriba aquí la cosa, tu fixa't que estàs vivint aquí, a quatre metres, i tu no vols anar. Es molt lamentable que jo estigui defensant un equip públic, uns serveis i veig que el veïns que tinc davant consideren que no es digne. Això posa en evidència la crueltat social.

Aunque la asociación de vecinos de Turó de Gardeny no quería pertenecer al barrio de La Mariola, no tienen tantas dificultades a la hora de pedir y usar los equipamientos públicos, en este caso el instituto, para realizar sus actividades o reuniones. Un instituto al cual, probablemente, sus hijos nunca vayan a estudiar, ya que, como dice el propio director del centro, acudirán a un colegio de otro barrio (Cappont) lo que les dará la posibilidad de asistir a un instituto para la clase media.

2.5. LA ESCUELA Y EL INSTITUTO: ALUMNOS DE SEGUNDA

Si hay algún lugar especial donde se nota duramente el estigma es en la escuela. Si recordamos, los hijos de los primeros habitantes del barrio son quienes estrenan el colegio; ellos se sentían orgullosos de él. Virgilio lo veía el mejor colegio público que había en Lleida y algunos, quienes habían estado estudiando, lo alaban. De hecho, varios entrevistados e informantes aludían su asistencia al colegio como muestra de un buen sentimiento y de su identidad barrial.

En la actualidad, la situación es bien diferente. Existen cuatro problemas respecto al campo educativo: 1) las familias mejor posicionadas del barrio no llevan a sus hijos al colegio de éste -por ejemplo, varios jóvenes de entre 18 y 22 años, de este nivel económico, con los que hablé habían ido a colegios privados; por otro lado, muchos niños que acudían al *centre obert Pas a Pas* estaban matriculados en colegios de otros barrios; 2) el nivel educativo es menor que en cualquier otro colegio similar de la ciudad -esto era corroborado por directivos de los centros educativos del barrio; 3) existe un alto abandono escolar; 4)

quienes han estudiado en el colegio del barrio son víctimas del estigma, el cual hace presuponer que todos los que proceden de allí no están a un buen nivel; en los institutos son concentrados en clases o cursos de un nivel muy por debajo del indicado para su edad o curso.

La ausencia de los niños de las capas medias y altas del barrio se presenta como el principal problema de la escuela para el director del instituto: “Aquí en el barri hi ha un sector de classe mitja-normal. Però ara mateix l'institut no representa el barri. En aquest moment, no és representatiu de res”.. Recordemos como los vecinos de la asociación Turó de Gardeny tiene como un referente que sus hijos no vayan al colegio que les pertenece por proximidad -apenas hay cien metros en los casos más extremos entre puerta y puerta-. De esta manera, el colegio, y sobre todo el instituto, tiene falta de afluencia, habiendo clases que están muy por debajo de la media local en número de alumnos. El problema se ha visto agravado cuando las familias de clase baja han decidido que sus hijos tampoco acudan al colegio o al instituto. Ya bien sea por imitación a las clases superiores, por rumores sobre la calidad de la educación o bien por prejuicios, muchas de las familias, sobre todo de procedencia extranjera, han decidido cambiar a sus hijos de escuela. Aunque la razón dada sea el bajo nivel formativo, la causa principal la encontramos en la creencia de que la población gitana es la culpable de ello, como si hubiese una predisposición en ella para que fuera así. Nadja, mujer argelina que vive en el barrio desde hace siete años, no quiere llevar a sus hijos al colegio del barrio:

Nadja: yo tengo el colegio de mis niños lejos, en el Prácticas 1 (...) Mi hijo cuando llegó vino a estudiar aquí, al Magí Morera, pero ahí el nivel es muy bajo, sólo hay gitanos. Él mira[ba] a los demás que no se esforzaban y no hacía nada; el nivel es bajo. Este año, mi hijo pequeño, que está en P3: no quiero que estudie en Magí Morera. Voy a cambiarlo de colegio al Prácticas 1. Nivel bajo, es cero en el Magí Morera. Mi hijo no puede coger una frase en la cabeza sin mirarla. Y mi hija que viene de estudiar de mi país, ahora está en el bachillerato [y no ha pasado por el colegio Magí Morera], coge cuatro o cinco papeles sin mirarlos.

Este problema es causante del resto. La escuela de La Mariola es incapaz -aunque los docentes lo intentan- de adaptarse a una situación de exclusión social. Cotidianamente, durante el trabajo de campo, me encontraba con chavales -algunos de ellos conocidos- que

no habían acudido a la escuela con cualquier pretexto como motivo. Muchas de ellas estaban formalmente justificadas: tenían que ir a vivir con el padre o la madre a otra ciudad durante un breve (o no tan breve) periodo de tiempo, ya que uno de los padres, que suelen estar separados, tenía algún tipo de problema; o su abuela, con la que vivían, estaba enferma y sola en casa y debían cuidarla; o habían de acudir a ayudar al padre o a la madre con el trabajo, etc. La escuela aparece como una institución inadaptable a las necesidades o a la vida cotidiana de algunas familias, no se muestra como un recurso primordial y necesario para su desarrollo. Las diferentes formas familiares que hay en el barrio, junto con gravísimos problemas -de tipo económico, de relaciones parentales, violencia de género o maltrato infantil, movilidad laboral o residencial, padres en la prisión-, hacen que la escuela no pueda sufragar un retraso en el desarrollo educativo de los niños y que a su vez padezca un ausentismo escolar que, finalmente, se vea traducido en un abandono muy prematuro. El director del instituto lo expresaba así: “problemes inimaginables per a qualsevol de fora. Problemes que els superen totalment. En canvi per ells és el pa de cada dia. És determinant, no és que t'afecti.. però, com construeixes amb aquest desgavell? Com construeixes la mínima?”. Dicho de otra manera, los problemas y las diferencias estructurales que sufren muchas familias no son compatibles con una escuela pensada para una sociedad homogénea sin distancias a la clase burguesa y que es incapaz de amoldarse a las exigencias de otros territorios y de otras relaciones sociales.

Durante años, el colegio de La Mariola ha sido un nido de producción de niños y muchachos que no han sido capaces de estudiar más allá del colegio elemental, y que muchos, en la actualidad, están sufriendo las inclemencias de un mercado laboral que estructura la sociedad informacional actual. Me encontré durante mi estancia en el barrio con personas del barrio que habían estudiado en colegios privados y que cuando hablaban de sus amigos, que habían asistido al colegio público del barrio, me decían que ninguno había estudiado más allá del instituto, si es que lo habían hecho. Esta diferencia es sobre todo significativa en las mujeres, que han sufrido más el abandono escolar.

Maribel: yo recuerdo de los de mi quinta, a los 18 años o a los 20 como mucho ya eran padres, ya... bueno, el perfil muy estereotipado; pues que no acabaron ni la ESO; no han continuado estudiando, que se han ido buscando la vida como han podido, ahora por aquí

ahora por allá. Y las chicas lo mismo, la única que ha ido a la universidad he sido yo. Las otras pues haciendo casas o en su casa de ama de casa, allí cuidando a los 4 o 5 niños que ya tienen.

En la actualidad, el barrio posee un instituto de reciente construcción, pegado a la escuela que ha existido siempre -también existe otro en la parte contraria (el Institut Ronda), al norte de los bloques Juan Carlos, lo que actúa también como un distanciador entre las diferentes partes del barrio-. Anteriormente, no era así. Antes de la aparición del Instituto *Castell dels Templers* en el año 2012, quienes estudiaban en el colegio de La Mariola tenían asignado un instituto en el campo escolar⁵³. Los pocos que acudían al instituto sufrían discriminación tanto del resto del alumnado como por el trato institucional. La mayoría, sino todos, de quienes procedían del colegio de La Mariola, al menos después de ser reabierto en la década de los 2000, eran concentrados en una clase con la creencia de que su nivel de estudios era muy bajo e incapaz de estar al nivel de los demás niños. Ninguno de los institutos querían acoger a los muchachos procedentes de allí y, finalmente, casi todos acababan yendo al mismo. Esto suponía un problema grave para el instituto de acogida, pues se encontraban con la dificultad de que algunos padres no querían que sus hijos fueran a ese instituto, pues había gitanos y el nivel descendía. La solución final fue realizar un nuevo instituto en el barrio.

Antoni: Aquestos nens d'aquí havien d'anar cap al camp escolar., [es decir, matricularse en un instituto de dicha zona] I d'alguna manera ja s'eviten.. tots els nens de lo que seria La Mariola, tenen, a banda nord, el Ronda i a l'oest, el Castell de Templers. Els nens poden anar, la meitat cap a allà i la meitat cap aquí.

Juan Manuel: abans havien d'anar al Joan Oró i ara no hi van

Antoni: S'han tret de sobre, em fa gràcia aquests moviments. Ells s'han quedat tranquils, una tranquil·litat enorme, diríem, per una banda, van fer, quan comença la secundaria, que tota aquesta gent no anessin allí, cap al camp escolar.. I aquí ja està ja s'ha tallat la comunicació amb el camp escolar, els xavals ja es queden aquí. I par tant, si que es veritat, és la idea esta d'encerclar el barri, el barri no creix, està tapat.

⁵³ El campo escolar es una zona en la ciudad de Lleida que concentra tres institutos diferentes.

Que los muchachos no vayan al instituto del campo escolar, acudan a un instituto más próximo y que se agrande el número de equipamientos públicos puede parecer beneficioso, pero tiene un efecto contrario a lo que se percibe. La localización del instituto tiene dos funciones claras: primero, evitarle a otros la carga de una población con dificultades y no deseada y, segundo, mantener dentro de unos límites bien marcados la movilidad y los pocos recursos necesarios de la población. Desde un punto de vista administrativo, el número de alumnos que acoge el instituto no es tan grande como para crear un nuevo complejo. Apenas se llenan las clases de los primeros cursos y los superiores todavía no se ofrecen. Además, muchos de los cursos ofertados son aulas taller, donde el perfil de los alumnos, tal como clama su web, va dirigido a: “nois i noies a qui no agrada gaire els estudis. En canvi, acostumen a presentar bones aptituds i una forta motivació pel treball pràctic i manipulatiu⁵⁴”.

Por otro lado, con el tiempo, el nuevo instituto se presenta también como un lugar de estudio para los chavales que viven en los bloques Juan Carlos y que acuden al instituto Ronda. Éste instituto, junto con el colegio que lo acompaña, el Santa Maria de Gardeny, se presenta totalmente contrario al anterior. Es un complejo escolar donde se juntan los hijos de familias dos clases sociales muy alejadas, -pues recordemos que forma parte de un cordón urbanístico que separa los dos barrios, uno de clase pobre-trabajadora y otro de “alto standing”- donde, por tanto, se podría hablar de mixtura social. En realidad, es dudosa la existencia de tal mezcla pues son diversas las estrategias que utiliza la institución para que no sea así: diferenciación de clases; horarios diferentes; actividades distintas, etc... Que este grupo de alumnos, de clase baja, no vaya al mismo colegio o instituto les da la posibilidad a estas instituciones de mantener una dirección concreta sin desviaciones. Es lo que siente el director del instituto:

Antoni: Aquest és un institut frontera, en quant es connecten territoris. De moment, lo que es visualitza és: “mira, aquesta és una frontera del barri, no cal sortir d'aquí”. El xaval des dels tres anys fins que acabi per cansament .. mira, no ha de sortir. Té tot aquí a trenta metres de casa, abans se li deia que fes l'esforç de sortir, ara la idea és que.. l'excusa de muntar-lo aquí és que no feien aquest esforç, lo abandonaven i clarament molestaven a l'Oró i es queixaven tot el temps. Estaven constantment expulsats: els pocs que sobreviuen. La finalitat,

⁵⁴ <http://www.xtec.cat/centres/c5999992/perfil.htm> (junio 2014)

l'encàrrec, l'èxit meu és escolaritzar-los fins que pugui, però això és una demanada cínica; no se donen ni conte. Està claríssim, estan tancats, els fotem aquí i no els cal ni sortir.

Cuando los otros institutos acogen a alumnos procedentes de la Mariola -en algunos casos no han estudiado en el colegio del barrio-, la reputación les precede y son tratados a partir de prejuicios y estereotipos denigrantes. Francis, quien ahora tiene 21 años, recuerda su paso del colegio al instituto del *camp escolar*, cuando aún no habían abierto el del barrio, y la discriminación que sufrió por su lugar de residencia.

Francis: ... y por ser de La Mariola me pusieron en el nivel más bajo; y yo estaba en el Joan XXIII y me mandaron al Rubies [barri de Cappont]. Como estaba muy lejos, al final [fui] al Joan Oró y namás por ser de La Mariola, que no vinieron ni que venía del Joan XXIII, me pusieron en un nivel más bajo. Sólo por ser de la Mariola me pusieron en [la clase] 1º C. Yo me reía porque me ponían, en primero, sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. Pues, ¿qué hacía?, los trabajo de clase los terminaba en cinco minutos y, luego, pues me aburría y me ponía a hablar y todo. Y es que no utilizaron ni libros ni nada. Fui el único de 1º C que, éramos 5 personas, pasé a segundo. Y cuando pasé no sabía nada, que los profesores me preguntaban: “¿pero tú no has hecho raíces cuadradas?” y yo: “no”. ¡Es que no sabía nada! Y me hicieron repetir. Y todo por ser de la Mariola.

Poner la atención en la escuela nos acerca a las relaciones de poder y dominación, y a ver las pocas formas de resistencia -negarse a cumplir con la obligación de la asistencia- que presentan ciertas capas de la población del barrio. La escuela del barrio no se presenta en este caso únicamente como un agente estigmatizador -los niños que acuden a ella son afectados por nuevos prejuicios- sino que en este caso es estigmatizada -los prejuicios recaen en ella- y, en cierta manera, pasa de formar parte del dominante a serlo del dominado frente a una forma de hacer y pensar diferente a las clases dominantes. En el instituto, no son prácticamente capaces de imponer unas normas reproductoras, vistas para quienes lo dirigen como lógicas. Su lucha es diaria por la asistencia a clase, por el entendimiento de unas reglas de convivencia o para el desarrollo escolar.

Antoni: [els nens amb més nivell cultural-econòmic] Anirien a fer anglès a alguna acadèmia o fer futbol i ara ho fan gratis [en el pas a pas]. Però no deixa de ser un sistema petit burgés. No hi ha la feina, amb la gent de la capa [baixa]. Perquè els altres, les mínimes regles que

poden... ja excloeu al nen que [no] pot seguir, que és la gran majoria. Hi ha un xaval aquí, que estic treballant només el fet de que vingui. Tu ara imaginat que ve;[però] acompanyat de la guàrdia urbana. Tu imaginat que començo a posar una cadena de regles.. és com contradictori. Llavors no sé, si poc a poc, si quan porti aquí uns dies, me demanarà algo. Perquè hi ha una quantitat, un alt percentatge de xavals que surten sense el coneixement de què és una regla. Tu saps de que ets capaç de prendre una normal, de dir tinc que anar. No un caprici, clar, molt d'aquests com no hi ha hagut un treball parental o lo que sigui, les normes són purament en el moment, i poden variar d'avui per demà. Lo han interioritzat i si tu vas posant un filtre de regles el que fas és, bueno.. jo lluito que vinguin. Perquè es obligatori.. llavors ja no hi ha la continuació. (...) Jo entenc que la feina que fan aquí, li donen oportunitats de futur, a xavals joves. Però diríem [què] la societat ja no et deixa, perquè no et dona les eines; una vegada tu controles les eines bé, perquè sinó la oportunitat és fictícia. No hi ha més eina.

Evidentemente, como se ha ido remarcando, el barrio es un conglomerado de grupos y de diferentes actitudes, niveles de vida y de desigualdades en general. Esto se ve reflejado a la hora de imponer o aceptar reglas. Durante el trabajo de campo, traté con chavales y niños diariamente y uno de los grandes trabajos dentro del *centre obert* era mostrarles la utilidad de las reglas en la vida cotidiana, reglas que servían para el funcionamiento “normal” visto desde la corriente dominante. No puedo mostrar que dentro del colegio y del instituto del barrio la estigmatización se muestre en un prejuicio de los profesores hacia el territorio y sus habitantes y que actúen conforme a la creencia de que tienen una menor capacidad para el estudio. Lo hablado con profesores y educadores indica que no, pero faltaría comprobar el modo de funcionamiento diario. Pero sí es cierto, que para entrar a formar parte del *centre obert*, tenían que demostrar cierta capacidad de compromiso, actitudes y aptitudes que asegurasen un comportamiento conforme al de la corriente principal, y que, por lo tanto, impedía la entrada de muchos niños con los cuales no se podría trabajar; siendo los *centres oberts*, como decía el director, únicamente “la punta del iceberg”, quedando sumergida una parte importante de niños que están al margen del sistema educativo.

3. SOBRE LA VIOLENCIA: EL PAPEL DEL ESTIGMA

El siguiente capítulo varía, en parte, de los dos anteriores tanto en contenido como en forma. El tema central pasa del estigma a la violencia; y la escritura, incorpora más observación particular dejando de centrarse en los relatos individuales y dando paso a algunas conversaciones en grupo que se grabaron al final del trabajo de campo y a una visión más centrada en el observador⁵⁵.

El cambio en el contenido no es radical. La violencia está ligada como veremos, al estigma; tanto como causa como consecuencia. El objetivo es dual, por un lado, mostrar cómo la violencia estructural desorganiza y produce desidentificación y, por otro lado, relacionar a través de las formas y expresiones *pseudoagresivas*⁵⁶ de los jóvenes del barrio formas de resistencia e incorporación del estigma.

Es por esto que el cambio en el registro del relato es necesario, ya que las expresiones que realizan los jóvenes suelen ser inconscientes y han de ser descritas desde el punto del observador. No porque el punto central sea el ojo del etnógrafo significa que no quepan relatos subjetivos sobre la violencia y su uso; estos son importantes y necesarios, y aparecen en el texto, aunque pasen a un segundo plano.

El estigma podría considerarse una forma de violencia estructural -cuando es ejercida por la administración y las instituciones- y simbólica -cuando es ejercida por la población-, por lo que el capítulo también pretende hacer visible la permeabilidad entre tipos de violencia. Para entender de qué tipo de violencia hablo a lo largo de esta sección haré un sucinto apunte teórico que no ha sido desarrollado en el marco teórico general de la investigación. El trabajo se basa en tres procesos de violencia no visibles: estructural, simbólica y normalizada (Bourgois, 2009).

⁵⁵Al fin y al cabo como concluye Clifford en su texto “La autoridad etnográfica” : [la] imposición de coherencia sobre un proceso textual difícil de gobernar es ahora, indiscutiblemente, una cuestión de elección etnográfica. (...) Si la escritura etnográfica está viva, como yo creo que lo está, lo está en lucha en y contra estas posibilidades. (Clifford, 1991:170)

⁵⁶ ¿por qué pseudoagresiva? Como veremos más adelante, estas manifestaciones que parecen ser agresivas a menudo son falsas. No se hacen con la intención de recurrir a la violencia física sino casi más bien de evitarla. El prefijo pseudo responde aquí a su acepción normativa como falso o engañoso, ya que no se busca la violencia y el cuerpo es (motivo) medio de engaño y no de intenciones verdaderas (un amago).

- Estructural: Referente a la privación y sufrimientos creados por el funcionamiento de estructuras o instituciones sociales (definición de Auyero y Berti, 2013)
- Simbólica: Desarrollado por Pierre Bourdieu, se refiere al mecanismos por el cual los sectores socialmente dominados naturalizan el *status quo* y se culpan a sí mismos por su dominación, transformándola en algo que parece legítima y natural.
- Normalizada: adaptada del término *violencia cotidiana*⁵⁷ de Nancy Scheper-Hughes. Nos permite ver como ciertos discursos habituales vuelven invisibles unos patrones sistémicos de brutalidad.

En mi caso, acoto las definiciones de las tres ajustándolas a los hechos más cotidianos de La Mariola. Así, violencia estructural -o institucional- hace referencia a la discriminación y al maltrato social por parte de instituciones y de la administración; violencia simbólica tiene que ver con la imposibilidad por parte de los jóvenes -sobre todo, pero también otras personas- de La Mariola a hacer frente a discursos y actitudes desde posiciones dominantes -en este caso, no creo que tengan porque asimilarlas completamente, pero sí aceptar su existencia-; y violencia normalizada, que hace mención a la aceptación de hechos, actividades o rutinas molestas.

La finalidad del texto se aleja de lo que pretende Bourgois cuando escribe sobre la violencia en Guatemala; siendo la mía mucho menos ambiciosa:

Mi objetivo al llamar la atención sobre ellas [formas específicas de violencia] como productos y mecanismos de la dominación discursiva y física y de la desigualdad, es subrayar las bases para unas formas punitivas de gubernamentalidad en la era neoliberal que han llegado a ser cada vez más aceptadas como legítimas tanto por las víctimas como por los perpetradores, quienes con frecuencia se transforman en los agentes de la destrucción de sus comunidades y de sí mismos (Bourgois 2003; Bourgois y Schonberg 2009 en Bourgois 2009)

⁵⁷ Según Scheper-Hughes, violencia cotidiana hace referencia a: aquellas pequeñas rutinas y actos de violencia que son practicados de forma normativa sobre cuerpos vulnerables en las familias, las escuelas, los hospitales, las clínicas, y en las diversas instituciones administrativas o burocráticas (desde las oficinas del alcalde y del registro público hasta la morgue pública y el cementerio) –todos los cuales, en el sentido de Basaglia (1986), son “instituciones de violencia”.

No niego la violencia como forma de dominación de la desigualdad ni que forme parte de las bases de un castigo por parte del Estado -que posiblemente podría ser una hipótesis válida para La Mariola-, pero mi propósito no es tan amplio, pues ni la violencia es tan crítica ni lo punitivo es parte central del capítulo. Lo que es importante aquí es dar visibilidad a la permeabilidad de la violencia a través de sus tipos y, cómo ésta se traslada de arriba abajo (es decir, se jerarquiza) ante la imposibilidad de organizar una resistencia colectiva al estigma -y a la discriminación y la pobreza- en el barrio.

Por ello, será importante resaltar como la violencia estructural o institucional dificultan la agrupación y organización -pues ya hemos visto a lo largo de la etnografía que su gran característica es la fragmentación- con el ejemplo de la desaparición de las fiestas mayores del barrio. Según mi hipótesis, esta carencia de asociación vecinal y social da lugar a una expresión individualizada con el uso del cuerpo y de la identidad, ambos mostrados de forma violenta. Estas muestras *pseudoagresivas* tienen poco resultado positivo como forma de manifestación y reacción al estigma y la discriminación, pues por lo general produce una sensación de legitimación desde el exterior. Es importante resaltar la violencia mostrada por la gente de La Mariola como una respuesta a la dignidad y a los valores de las personas.

3.1. VIOLENCIA INSTITUCIONAL Y LA SUMISIÓN Y ACEPTACIÓN DE LA SITUACIÓN⁵⁸: LA DESAPARICIÓN DE LAS FIESTAS.

Durante los años sesenta y setenta del siglo XX, en La Mariola no existían servicios e instituciones públicos ni asociaciones de vecinos. En cambio, durante aquella época todos los años se celebraron las fiestas populares del barrio. A partir de los años ochenta, con las asociaciones de vecinos legalizadas y consolidadas, la aparición de instituciones formales y la completa urbanización, el barrio siguió conservando las fiestas, pero poco a poco fueron gozando de una menor participación y repercusión, hasta que hace pocos años, terminaron por desaparecer. La Mariola ha quedado como el único barrio leridano donde no se celebran fiestas populares -con la excepción de los barrios de las clases altas, donde tampoco existen.

⁵⁸ También en el sentido que le da William I. Thomas (2005), donde la situación es tomada como real, al igual que sus consecuencias.

¿Por qué unas fiestas que habían sido exitosas cuando carecían de apoyo institucional desaparecen cuando existen más instrumentos de sustento?

Virgilio recuerda cómo se formaron las fiestas del barrio, en los años 60, y cuenta cómo un personaje singular de aquella época llamado “El Parrano”, se “desvivía” por recolectar dinero y sacar adelante las fiestas. En aquel momento, según él, la solidaridad en el barrio era casi total y todos participaban en ello; luego, la entrada de otros agentes supuso una decadencia que acabó en la desaparición.

Virgilio: El Parrano decía: “hay que hacer fiesta” y te volcabas. Dabas lo que podías, pues ya se pasaban por cada piso; no era obligado. Luego se encargó la Asociación de Vecinos. Llegó un momento que [todos] pasaban y les daban con la puerta en las narices. Luego ya empezaron a hacer los recortes los ayuntamientos, no daban subvenciones, y al fin y al cabo, de haber fiestas guapas... [ahora no queda nada]. Porque en La Mariola ha habido verbenas guapas [durante] una semana. Algún año han puesto delante del casal algún chiringuito para hacer el chiringote a los niños; luego ya lo que era verbena [se quitó]. En cambio, te bajas doscientos metros, a los que es el *Escorxador* [barrio de Lleida] y hay una señora verbena. En el *Escorxador*, hay una señora fiesta cada año. Porque va la asociación, porque funciona de otra manera.

Virgilio nombra en este relato casi todos los factores que han influido en las celebraciones de las fiestas: la solidaridad vecinal, la Asociación de Vecinos y el Ayuntamiento. Recordemos que Virgilio, hombre jubilado de 69 años, tenía especial tendencia a sentir nostalgia de tiempos pasados. Él se olvida, en su relato, del estigma del barrio y la influencia que ha tenido para que cada vez hubiera menos afluencia de público. Estigma y sensación de inseguridad han jugado en contra. Eduard, un chico de 27 años que vive cerca del barrio, recuerda por qué dejaron de ir a las fiestas de La Mariola: “Siempre que íbamos a las fiestas de La Mariola, o de los Bloques Juan Carlos, da igual, siempre había peleas y problemas.” Víctor, de 37 años y que siempre ha vivido en el barrio, comenta apenado como eran los últimos años de las fiestas: “Al final, no se podía hacer nada. Robaban los cables y no sé que más cosas. La gente no quería venir porque siempre había problemas”

La Asociación de Vecinos de La Mariola se hizo cargo de las fiestas a partir de su creación a finales de los años 70. Poco a poco se fue sustituyendo la solidaridad vecinal por una organización institucional que, como se ha visto, ha ido perdiendo presencia en la sociedad del barrio. Este hecho, ha ido siguiendo el camino del barrio, según el cual la solidaridad ha dejado paso a la dependencia de los servicios públicos y sociales. La sensación de inseguridad y la falta de implicación vecinal han sido la excusa para acabar con una tradición estimada y arraigada.

Parece existir una relación entre, por un lado, el funcionamiento de los servicios y la sensación de abandono por parte de la administración y, por otro, la falta de organización barrial. Como hemos visto en el apartado *las consecuencias internas del estigma*, la gestión de las instituciones públicas, han llevado a la atomización de los beneficiarios o al menos a una percepción interna de segmentación en grupos, a parte de la ya nombrada sensación de abandono.

Violencia institucional y violencia callejera, van de la mano. Los altercados sufridos durante las fiestas son vistos en buena parte como consecuencia del abandono por parte de la administración local, sobre todo, por la falta de acción policial. La incapacidad de las instituciones locales de controlar la “desorden social” es una queja bastante recurrente entre los diferentes sectores sociales del barrio, especialmente extensa e intensa entre los payos.

La sensación de inseguridad, creada a través de las instituciones, con el abandono social del barrio se traduce finalmente en un abandono político (Lapeyronnie, 2008: 281); dejando morir las fiestas y negándole al barrio las dotaciones para crear un ambiente agradable y de apego. La violencia institucional que queda escondida tras la violencia callejera y cotidiana, refuerza la legitimidad de sus actos y de la desigualdad social.

La fiesta y la revuelta, según Delgado en el libro *Carrer, festa i revolta*, son la misma expresión sólo que con diferente intensidad. Aquí la hipótesis que se plantea sobre este punto es: si el barrio no está motivado para realizar la fiesta en la calle, organizarse para ello y ponerlo en marcha, mucho menos lo estará para poder ejercer su expresión extrema, que es la revuelta o como mínimo organizarse de forma reivindicativa ante los problemas sociales que padecen. No se pretende decir que la fiesta sea un paso previo a lo

reivindicativo sino que puede existir un paralelismo en la capacidad auto-organizativa del barrio. Pero, por otro lado, si la ineficacia de organizar unas fiestas denota a su vez la incapacidad para asociarse y hacer frente a la situación de malestar, también lo hace para volver a mostrar la falta de apoyo por parte de las administraciones y las instituciones. Mantener las fiestas del barrio no sólo supone una forma de distracción sino que puede ser un instrumento importante para dignificar el barrio y fomentar el apego hacia él.

3.2. UNA MUY SUCINTA DESCRIPCIÓN SOBRE LA VIOLENCIA Y LA DELINCUENCIA EN LA MARIOLA

Es importante comenzar diciendo que durante los meses que estuve haciendo trabajo de campo nunca vi un acto de violencia física, ni tan sólo un trance o una situación pre-violenta. Sí oí muchas veces contar relatos sobre peleas o atracos -a veces me lo contaron directamente, otras a través de historias pasadas, algunas las oí de conversaciones ajenas en algún bar o plaza. En cambio, mi pareja cuando iba un día hacia nuestra casa -recuerdo que vivimos pegados al barrio- vio como volcaban unos jóvenes un coche en medio de la calle; también algunos de mis informantes me hablaban de como casi cada día veían jóvenes con armas en el barrio. Gregorio, me contaba prácticamente a diario, que había visto a uno o a dos con navajas en la calle -sospecho que muchas veces era la misma historia contada diferente-; una vez me contó que acababa de ver a un hombre con una “cacharra”[es decir, una pistola]. Víctor, también me había contado que, no hacía mucho tiempo, pocos meses atrás de conocernos, vio a un hombre con una pistola en mano corriendo por la calle. Lo cierto, es que, por casualidad o no, yo nunca vi una situación de este calibre.

Es verdad que la violencia física es cotidiana en el barrio, aunque yo no la haya vivido de cerca. Muchos jóvenes han estado envueltos diversas veces en problemas con violencia física. Por ejemplo Víctor, uno de mis informantes, me explicaba dos historias recientes de violencia que había padecido, una directa y otra indirecta. La primera fue una pelea física a causa de molestias vecinales en la que “tuvo que defender a su madre”; la segunda, fue la quema del pesebre navideño que estuvieron preparando durante varias semanas y que no llegó a exponerse más de cuarenta y ocho horas. Francis, de 21 años, quien concurría diariamente al *centre obert* tuvo también una seria pelea, y durante el resto de tiempo que

duró mi trabajo de campo, unos 3 meses, iba siempre vigilante por la calle pues él estaba amenazado.

Francis: hace poco. Sí. Mira, fue del derbi Madrid-Barça. Cuando terminó el partido hubo un problema y uno de mis tíos se discutió con uno y siguieron picándose y cuando salió mi tío del bar el otro le metió un guantazo, mi tío se lo devolvió y ya me metí yo. Y le rompí la nariz y le abrí la ceja e iba sangrando por la calle. Bueno, después vinieron a casa, hubo jaleo y ya... vigilando por la calle.

Pero todo ello no quiere decir que sea arriesgado o peligroso andar por las calles del barrio. De noche, cuando parece que todo sea más inseguro, cualquiera puede pasear por sus calles y, como yo experimenté, es probable que no se vea rastro de violencia alguna. Más bien, puede encontrarse formas de vida colectiva en los espacios públicos entre edificios que en algunos casos dan una sensación de tranquilidad que no dan las calles vacías. Pero al contrario que en otros lugares estigmatizados y segregados -por ejemplo, como ejemplifica Wacquant sobre Le Courneuve (2007:237)-, la carencia de lugares adaptados al paseo o zonas de juego y deportivas, resta a La Mariola de esa percepción completa de lugar “normalizado” que pueda asemejarla a otros barrios urbanos.

Es cierto, que hay una lectura del barrio que habla de inseguridad y temor, como se ha visto a lo largo de la etnografía, pero no es menos cierto, que los habitantes del barrio sienten cierta protección dentro de sus límites. Mercedes, de 75 años, aunque habla de la inseguridad que sufren en el barrio también lo hace sobre lo que siente cuando entra en él: “Yo al casco antiguo no iría de noche; será porque vivo aquí pero llevo y no tengo miedo con tanto que dicen de La Mariola”. También a este respecto, los muchachos del barrio sienten cierta protección dentro de sus límites, un poco amparados por su reputación: “Si tienes algún problema entras en la Mariola y te sientes tranquilo ya. Es verdad, sabes que no te van a hacer nada. Tuvimos unos problemas con unos de ahí de Pío XII y le quitamos la pelota y había unos que nos seguían y al entrar a la Mariola se quedaron ahí” (Ángel, 21 años). Muchas veces, los mismos que hablan de protección son quienes hablan de inseguridad -una contradicción que se explica por las ganas de defender el barrio ante el exterior pero a la vez por su malestar interno-. De esta sensación de inseguridad se culpa a los vecinos, sobre todo, a los jóvenes, obviando la función y responsabilidad de la

administración pública. Francis y Ángel, amigos, de 21 años los dos, me hablaban de la violencia en el barrio en el que se notaba un tono de desprecio hacia el lugar.

Francis: todos los días [hay violencia], la mayoría...

Ángel: entre familias...⁵⁹

Francis: pequeñas o grandes siempre hay violencia. Más que nada por la zona de La Mariola [Se refiere a los bloques Ramiro de Ledesma]. Pelea, discusiones.

Ángel: el otro día hubo una de las fuertes. Vinieron seis coches de los mossos, ambulancias, furgón.

Juan Manuel: ¿y qué pasaba?

Francis: dos personas peleándose

Juan Manuel: ¿sólo?

Francis: sí sí.

Ángel: sacaron las navajas y empezó a venir gente.

Francis: pero no pasó nada.

Ángel: [están dispuestos] de por sí, ya. Les gusta la pelea.

JM: ¿y la gente joven?

Ángel: más todavía, esos los que más.

Francis: tú aunque no busques. Si estás en el sitio, ya te la has buscado. Sólo con estar.

Vas por la calle y ya está. Más que nada por la zona de La Mariola.

La actuación policial también es un tema de controversia en el barrio. Como se ha dicho anteriormente, muchos consideran el abandono policial como una causa fundamental de la situación del barrio. Otros en cambio, aun no siendo reprimidos o violentados por policías, ven inaceptable algunas actuaciones o tratos personales. Jordan, joven de 20 años, contaba como en una pequeña pelea en el barrio aparecieron dos furgones policiales de los que bajaron *Mossos d'Esquadra* protegidos con chalecos antibalas y armados con fusil. Esta forma de violencia institucional provoca un rechazo directo a las actuaciones de los poderes

⁵⁹ La familia es un tema principal en la violencia del barrio. Como se ha visto Víctor defendió a su madre y Francis a su tío. Por otro lado, la familia, en su término más amplio, es un nido de enfrentamientos entre gitanos

locales y del Estado. Así pues, ambas partes, quienes ven una carencia de policía y quienes ven un exceso en las formas, comparten una desaprobación de la política hacia el barrio⁶⁰.

La delincuencia -robos, atracos, el tráfico de estupefacientes- suelen ser cotidianos en el barrio, aunque lo cierto, es que en los estudios realizados en Lleida sobre delincuencia y victimización La Mariola no destaca en ningún aspecto sobre la media de la ciudad⁶¹. Pero esta pequeña delincuencia visible, junto con otros aspectos más simbólicos que se verán en el siguiente apartado, dotan al barrio de una sensación de inseguridad -tanto para sus habitantes como al exterior- y de desconfianza que está fuertemente incrustada⁶².

Esta sensación de inseguridad ha acorralado a los habitantes en la esfera privada. El resultado es tal, que padres y madres no dejan a sus hijos jugar en las calles del barrio: los niños quedan reprimidos en sus casas o han de salir a jugar a otro barrio. Gregorio, tenía prohibido a sus sobrinos estar en el barrio; si querían jugar habían de marchar al barrio vecino del *Escorxador*. Carmen y Paco, una pareja del barrio, ante la sensación continua de inseguridad, no dejaban estar a la hija jugando en la pequeña plaza que hay debajo de su casa. Si ella lo hacía, era “a escondidas” y evitaba los encuentros con gente “indeseada”

Carmen: [mi hija] lo ve todo lo que hay allí. Menos mal que no la tenemos mucho en la plazoleta porque si no...

Paco: Ella si ve que no hay nadie en la plaza coge los patines y se baja.

Carmen: Eso en la parte de atrás donde no hay nadie.

Paco: Pero enseguida sube, cuando ve que empiezan a venir niños gitanos y camellos, ella coge y se marcha. No, porque ya tuvo una pelea y cogió miedo. Porque para salir a la calle, a casa de su tía, quiere que le acompañe porque está *La Borracha* y el marido y todos allí. Desde la 9 de la mañana ya está *La Borracha* y él allí. Y el crío allí hasta las 11 de la noche, el crío pequeño, viendo todo. [*La Borracha* es una mujer a la que Carmen y Paco la apodan así, pues, según ellos, está todo el día en bar consumiendo bebidas alcohólicas]

⁶⁰ Durante el mes de mayo, el gobierno local negó dotar al barrio con un plan estratégico de seguridad para no mediatizar el problema. *Cadena Ser*: “No hi haurà pla de seguretat específic per a La Mariola” 30/05/2014. http://www.cadenaser.com/catalunya/articulo/hi-haura-pla-seguretat-especific-per-mariola/csrsrpor/20140530csrsrcat_19/Tes

⁶¹ Es cierto que habría que tener también en consideración la proporción de denuncias. Véase tanto para el caso de Lleida como para relación entre denuncia y delito: Fraile, 2012

⁶² Para Lapeyronnie la desconfianza es la dimensión central de la experiencia del habitante del gueto (2007: 150)

No sólo los niños se ven relegados a sus casas o a otros barrios, sino que las propias familias no desean estar en el barrio. Antonio, un hombre de 78 años, no quería pasear por el barrio pues no estaba seguro y además “no le gustaban los chismorreos” cada día se iba a pasear al Paseo de Ronda. Paco y Carmen, no sólo vigilaban a la pequeña sino que ellos mismos no querían andar por el barrio:

Paco: ahora esta noche cuando vayas, ya no puedes pasar. Ya están jugando y dando a la pelota en la puerta... chutan allí.

Carmen: que podrían irse a trabajar o a buscarse faena o algo. Todo el día metidos ahí en el bar. Y se lo pasan bomba. Yo no cobro ni un duro y no puedo ni tomarme un café con leche ni un cortado allí a gusto en mi placeta como antes hacía: tranquilito, bien...

Paco: ahora cogemos y nos vamos a caminar, por no estar allí. Y vengo casi 20 minutos antes [a buscar a su hija] y nos metemos allí [un *centre obert ajeno al barrio*], recogemos a la cría y ya no salimos de casa.

Finalmente, en la actualidad la violencia estructural, que tiene un gran reflejo en los desahucios, se ve transformada en un violencia callejera y criminalidad con la ocupación de casas y robos en domicilios, así como atracos a los pequeños comercios como consecuencia del desempleo. En esta conversación entre jóvenes, Francis intenta restar importancia al estigma del barrio y Mammarr le apoya, pero Ángel enfadado les replica y usa la violencia de las ocupaciones de pisos como muestra del malestar y el peligro en el barrio, Francis se une a él en la crítica:

Francis: es un barrio que destaca de Lleida. Pero que tampoco es tanto como dicen.

Mammarr: ¡qué no estamos en Brasil, hombre!

Juan Manuel: ¡hombre, tiene mala fama!

Francis: sí sí, es de eso, viene todo de ahí. Había mucho pero ya no.

Ángel: ¡Hombre Francis, no digas que no! Cada piso vacío que ven, ¡pumba!

Patada, pa dentro. No puedes estar ni tranquilo.

Francis: no te puedes ir ni de vacaciones ya.

Ángel: te vas de vacaciones y ya te encuentras sin piso.

Francis: si mira, el bloque éste de al lado del *Calidoscopi*; con sus dueños dentro, les entraron a robar y les robaron toda la casa. Aquí al lado. La dueña durmiendo y le quitaron todo.

Juan Manuel: ¿gente de la Mariola?

Ángel: no se sabe

Francis: ¡a lo mejor hasta del mismo bloque! (risas)

Mammar: si es fácil entrar en los pisos, tampoco es tan... (risas)

3.3. VIOLENCIA SIMBÓLICA Y VIOLENCIA TEATRALIZADA DEL RESPETO

Durante mi colaboración en el *centre obert* estaba en contacto casi a diario con niños, adolescentes y jóvenes del barrio. Si bien al principio me llamaba más la atención las dificultades educativas por las que pasaban con el tiempo fui poniendo más atención en sus formas de actuar entre ellos, con los educadores y, por supuesto, conmigo. En este sentido, me fije en el uso de una expresividad violenta con el fin de conseguir sus objetivos.

En el tiempo que estuve en el *Calidoscopi*, no había prácticamente un día en el que algún chaval no mostrara un gesto violento hacia mí, aunque no significara nada. Simplemente, los adolescentes que estaban allí se expresaban de aquella manera: un modo violento. Quizás por mi forma de ser y de hablarle a los muchachos, pronto un chaval, Kike, me cogió aprecio y me repitió varias veces: “quillo, que tú eres uno de los míos”. Pues bien, Kike, a menudo hacía muestra de este aprecio “torturándome” a golpes, llaves marciales y demás. Evidentemente, yo no podía entrar en aquel juego, me “dejaba llevar” pero contrarrestándolo con otras estrategias no violentas. Al final, esta estrategia no jugó en mi contra, pues se dio cuenta de que le servía para amenazar el orden jerárquico por el que yo debía estar por encima y hacer gala ante sus compañeros y así ganar respeto -que yo no me defendiera era para Kike una muestra de que “podía” conmigo. Superarme en fuerza le daba el valor ante los demás, observando su actitud, de estar encima de mí.

Este juego violento se da tanto dentro como fuera del barrio, pero es en el primero donde las actitudes corporales son más fáciles de percibir. Pero incluso dentro, las propias

maneras de hacer cambian según la situación: si está sólo o en grupo o si este grupo está formado por jóvenes del barrio, maestros, educadores, etc.⁶³.

Una tarde de febrero, mientras estaba en el *Calidoscopi*, entraron tres muchachos de unos veinte años cada uno -yo no los conocía- que venían a pedir ayuda a Raúl para solucionar un problema con los estudios. Mientras esperaban, se toparon con Abanub, un chaval de casi 1'90 metros de altura y que debe rondar los 85 kilos de peso, pero que sólo tenía 15 años. Uno de los chicos, al verlo, le preguntó qué hacía allí y él le respondió que venía al “*esplai*”; ante la sorpresa le preguntó cuántos años tenía, a lo que Abanub respondió que 15. En su asombro, ver a un muchacho tan joven pero con un cuerpo grande, el chico comenzó a instar a Abanub para que demostrase “a ver quién era más fuerte” y le propuso varios juegos violentos. Abanub, desconcertado y visiblemente asustado, sólo quería deshacerse del entuerto y, sólo ante la llegada de Raúl, cejó el juego. Mientras esto sucedía los dos compañeros que venían con él, permanecían atrás con los brazos cruzados a la altura del pecho y serios, mientras unos niños pequeños miraban asombrados el momento. A la llegada de Raúl, el chico que había comenzado el juego le gritaba atónito: “¡Eh!, ¿has visto? ¡Sólo tiene 15 años, sólo tiene 15 años!”.

El juego en realidad no tenía que ver con quién era más fuerte, lo único que buscaba era imponer un respeto que tenía que ver con el orden jerárquico de la edad; demostrar de alguna manera que a pesar de que Abanub es corpulento él estaba por encima. Todo tenía que ver con la realización de un cierto espectáculo teatral con el fin de mantener un respeto jerárquico.

Este mismo chico coincidió días después conmigo en el *Calidoscopi*. Aquel día él estaba sólo y su comportamiento fue bien diferente. Sabedor que yo no era del barrio y de la diferencia de capital cultural entre ambos, él escuchaba, reía y se comportó “educadamente”; sin embargo, al llegar sus amigos, su forma de actuar cambió y se volvió a manifestar violento y a teatralizar su comportamiento: aumentó su nivel de voz e

⁶³ Así como afirma Layperonnie (2008: 22): La lógica del gueto impone una casi-ruptura ente el comportamiento personal y palabras y conductas colectivas, entre el individuo solo y el individuo dentro de un grupo, entre el individuo privado y el público, el individuo cuando está en el gueto y cuando no lo está.

incorporó insultos e improperios al vocabulario y su posición y expresión corporal se hizo más rígida y agresiva.

Estos comportamientos versátiles, los cambios de roles dependiendo de la situación, también se dan en otros barrios, situaciones y personas, pero aquí son habitualmente teatralizados, donde el juego de roles cambia según la situación y conlleva una puesta en escena, básicamente corporeizada en forma violenta. La diferencia significativa es, como advierte Lapeyronnie, que ya sea para victimización y glorificación cada uno se construye una “cara”, una “imagen” que todo el mundo sabe que no es real pero que aceptan y refuerzan” (2008: 294)⁶⁴.

Un día estábamos en el patio del colegio entrenando a los chavales, pues se habían apuntado a un torneo municipal de fútbol. Aquel día Mammar, de 16 años, hizo su primer entrenamiento. La emoción que expresaba por estar jugando la mostró repetidamente hacia Raúl, el educador que hacía de entrenador, propinándole, en un juego violento, diversos golpes en el hombro, forcejeos en forma de abrazos y patadas en el aire. Mammar suele ser un chico tranquilo cuando está en el *Calidoscopi*, pues generalmente, está a solas con los educadores, sin compartir espacio con otros chicos. Aquel día, la emoción y el estar rodeado de conocidos del barrio, le cambió la expresión y sus muestras de afecto se tornaron violentas. Estas señales de aprecio, suelen ser típicas en el barrio, entre los jóvenes hombres, una expresividad violenta en la cual puedes mostrarte cercano sin arriesgarte a una pérdida de respeto. Mantener esta actitud, te libra de soportar enfrentamientos y poder desenvolverte con más soltura en los límites del barrio. Los muchachos son sabedores que dependiendo de su comportamiento, si éste parece débil, su reputación puede cambiar.

Ángel: no somos peleantes nosotros

Juan Manuel: entonces no hay tanta pelea en el barrio, ¿no?

Mammar. ¡qué va!

Francis: sí que hay peleas pero como somos del barrio...

⁶⁴ Es adaptable aquí la teoría de la dramaturgia de Goffman donde: la identidad es formada por la construcción de la estructura social en la cual vivimos y los roles que representan los individuos que tenemos alrededor -según los diferentes contextos-. La ejecución de un simple rol (una actuación teatral) acaba formando parte de su vida cotidiana, al vivir dentro de su contexto social. Por lo tanto, esta actuación teatral que suele formar parte del juego de roles, se convierte en La Mariola, una parte fundamental de la vida cotidiana de buena parte de los habitantes y jóvenes del barrio.

Mammar: ¡no hay peleas! Hay abusos... Si ven a alguien que no se defiende...

Ángel: se ríen de él sólo, Mammar.

Mammar: pues eso. Le dejan mal y eso

Ángel: se ríen de él y le hacen cuatro cosas.

Estas formas de definir el respeto, pueden llegar a ser no solamente un juego, pueden convertirse en violencia física real. La identidad del “mariolero” es usada como forma de imponer jerarquía sobre aquellos que o no son del barrio o han llegado recientemente y pueden suponer una “amenaza” al orden interno. Ángel y Francis, en contestación a una pregunta mía sobre qué le pasaría a alguien que anduviera por el barrio y que no fuera de él, cuentan un suceso en el que, según ellos, un hombre que provenía del barrio barcelonés de La Mina, fue víctima de un acto violento. Ambos, indicaban el hecho como una manera de ser de parte de algunos habitantes del barrio:

Ángel: A un gitano que venía de Barcelona lo metieron dentro de un contenedor y lo tiraron al río.

Francis: ¿qué gracia tiene meter al tío dentro de un contenedor, ir al puente y tirarlo al río?

Juan Manuel: ¿era conflictivo?

Francis: El tío se hacía el chulo porque venía de La Mina. Pues lo metieron en el contenedor y ¡ale!, lo tiraron por el río.

Ángel: En un contenedor de basura orgánica, lo tiraron por el puente y ¡a bajar el río!

Estos hechos posiblemente contribuyan a la fijación y al valor de la identidad colectiva - negativa vista desde el exterior- del barrio. La relación que Francis y Ángel hacen de un “extraño” con un acto violento suele estar extendida y marca en parte la auto-formación interna de la imagen del “mariolero”.

Esta imagen está basada principalmente en las formas corporales: muestras agresivas de afecto, exageración de los movimientos, las posiciones y el vocabulario. Es esto lo que lleva, cuando se está en el exterior del barrio, a crear una distancia entre actores y espectadores; una fijación de los estereotipos y prejuicios que les son devueltos.

Dentro del barrio -o con la gente del barrio- esta actitud, este juego teatralizado, tiene como finalidad la búsqueda de respeto entre los que consideran iguales; y la jerarquización con

los que consideran inferiores. Fuera del barrio, buscan protegerse de un sentido que le es impuesto, que paradójicamente, ellos ponen en práctica y que para quienes son espectadores refuerzan los prejuicios.

La interacción en el grupo de amigos puede llegar a marcar parte de la marginación a la que se ven sometidos. Cuando estos grupos se aventuran al exterior y hacen muestra de estos comportamientos teatralizados y exagerados, aparecen ciertos límites para quienes son espectadores.

La falta de unidad, de acción conjunta en el barrio, supone que cada individuo ha de lidiar con los problemas sociales que le afectan, buscando principalmente una dignidad que le ha sido robada. Cada uno depende de su capacidad para contrarrestar el estigma o de eliminarlo parcialmente (Lapeyronnie, 2008: 168). Al fin y al cabo, todo es una forma de ganarse el respeto y evitar así problemas. Individualmente, los jóvenes son conscientes de ello y no suelen actuar de una forma similar a la que adoptan en el barrio. En cambio, ante ciertas circunstancias, sobre todo, aquellas en las que se les devuelve su imagen externa, muchos jóvenes retoman esta actitud, mostrando, amplificada, la identidad “mariolera”⁶⁵; paradójicamente, buscan un respeto y una forma de distanciarse y protegerse ante la violencia simbólica a la que se ven sometidos con otras formas violentas. Los jóvenes del barrio saben que pueden usar esta identidad como protección; “ser de La Mariola” puede salvarles de situaciones y sabedores de ello, sacan provecho. Evidentemente, estas situaciones refuerzan la mala visión externa sobre el barrio y sus habitantes. Eduard, joven de 27 años que no vive en el barrio, recuerda que en el instituto, sus compañeros de La Mariola se “aprovechaban” de su procedencia para infundir miedo, respeto o conseguir algún objetivo: “siempre te venían con lo de que eran de La Mariola, se aprovechaban de eso. Sí, están mal vistos, pero ellos sacaban provecho, decían: “¡eh, que yo soy de La Mariola!” y con aquello te metían miedo.”

Bourgois, analiza estas situaciones relativamente parecidas en Harlem asegurando que:

[son] un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo, de oposición. La cultura callejera surge de una búsqueda de

⁶⁵ Evidentemente, esto depende de la habilidad o capacidad de cada uno para evitar o rebajar el estigma al que son sometidos. Aun con todo, siempre es un recurso que está presente en el hacer de cada uno.

dignidad y del rechazo del racismo y la opresión, a la larga se convierte en un factor activo de degradación y ruina, tanto personal como de la comunidad. (Bourgois, 2010)

Al igual que en Harlem, estos modos de actuar terminan por revertirse afectando a la imagen externa del barrio, reforzando sus prejuicios y, a la vez, confirmándolo como una forma de resistencia personal, que, en realidad, no consigue grandes resultados. Pero, ante la carencia de instrumentos que contrarresten el estigma, la resistencia individual a través de la identidad contra la violencia simbólica, en la que el grupo dominante muestra su lugar en el espacio social, se presenta como la única forma mínimamente útil que poseen.

Según mi modo de ver, las prácticas corporales son el método más fiable para los jóvenes de La Mariola para hacer frente al estigma y la discriminación, para intentar contrarrestar el capital simbólico negativo que se les es impuesto desde el exterior. El cuerpo se convierte en una hoja de ruta de entrada y salida de todos estos procesos marginadores que determina la calidad de las relaciones sociales tanto dentro como fuera del barrio.

A pesar de su presencia, las instituciones se han mostrado débiles para acabar con la discriminación territorial que sufre La Mariola. El apoyo institucional y, especialmente, del gobierno local es fundamental para que el barrio pueda volver a organizarse a través de las relaciones vecinales y fomentar el apego al barrio y una visión no desviada desde el exterior. La primera forma vital es fijar tradiciones para conseguir el aprecio del territorio.

CONCLUSIONES

Me propongo realizar una pequeñas conclusiones, las cuales divido en tres partes: un pequeño resumen del caso estudiado; un diálogo entre datos empíricos y el marco teórico; y una pequeña reflexión con propuestas para La Mariola. En ninguno de los tres casos se puede profundizar pero sí que sirven para trazar unos caminos, tanto para la investigación como para unos resultados más profundos; así como en la propuestas alternativas, que tendrían que ser estudiadas y analizadas en profundidad.

El legado histórico de La Mariola se ha presentado como fundamental para entender la formación y la fijación del estigma territorial. Las políticas públicas aplicadas en el territorio han sido claves para ello; primero, a través de la *localización segregada* de las promociones de vivienda -incluyendo que el barrio no entró en ningún plan urbanístico hasta décadas después de su formación-; y segundo, a partir de las *políticas de movilidad forzada* (realojo) y de las estrictas *asignaciones de vivienda*; también, apoyadas por la continua llegada de diferentes grupos sociales -trabajadores-obreros, funcionarios, migrantes, etc.- así como de diferentes etnias -paya, gitana, magrebí, etc.-. De esta forma, se ha producido en La Mariola un proceso de *sustitución étnica* a partir del realojo -dicho de otra forma, a través de la intervención estatal- y del funcionamiento del mercado inmobiliario -en el que en los últimos años está formando parte uno alternativo e ilegal-. Ambos procesos, junto con la fuerte presencia de vivienda de promoción pública, ha producido una bajada de precios en el mercado que a su vez ha devenido en una concentración de los grupos menos favorecidos al implicarse también la actuación de la administración. En la actualidad, el barrio sufre fuertemente casos de desahucios, daciones en pago y ocupaciones ilegales que provocan una mayor degradación de la zona y del parque de viviendas -a través de impagos, generalmente-.

La *falta de mantenimiento* de las zonas comunes y del barrio en general, que fue momentáneamente subsanado a partir del *Pla de Barris* entre los años 2004 a 2008, ha supuesto una degradación física en las zonas de vivienda de promoción pública que ha

facilitado la asociación de *degradación física y social*, lo que ha estigmatizado el lugar y a quienes lo ocupan.

En este sentido, la administración ha supuesto un agente potenciador, actuando como medio de fijación del estigma sobre todo a través del urbanismo y las *carencias en equipamientos y bienes de valor simbólico como pudieran ser la monumentalización y patrimonialización* del lugar, así como la falta de apoyo a comercios y empresas en general. Esta situación, unida al legado histórico, ha hecho que el barrio entre en un proceso acumulativo donde morfología social y urbana se retroalimentan.

El legado histórico forma pues parte esencial de la formación del estigma territorial; se pueden nombrar tres factores que han sido claves para ello: la percepción desde fuera de lugar de delincuencia y peligrosidad; la aparición de las drogas; y la sustitución étnica en la que se mezclan el estigma territorial y el étnico. Desde la actuación administrativa resaltan: la falta de equipamientos y de monumentos; la acumulación de vivienda pública; y los desplazamientos y realojos.

El barrio se ha visto inmerso en una decadencia reflejada en buena parte por la pérdida de población desde mediados de los años ochenta -cuando era el barrio más habitado-, a pesar del fuerte crecimiento de la población de la ciudad de Lleida. La llegada de población diversa, la concentración de la pobreza y la degradación física han fomentado la *fragmentación*, que si bien no fue profunda en las primeras décadas se ve fuertemente agravada en el momento en el que La Mariola es afectada por los nuevos factores de la *nueva marginalidad urbana*, en los que destaca la *estigmatización territorial*.

Por otro lado, los discursos cambian según las diferentes generaciones. Los más mayores suelen recurrir a la *nostalgia* de “tiempos mejores”, como dice Savage (2010), en busca de una mayor cohesión social que han perdido. Por su parte, las generaciones más jóvenes tienen un discurso prácticamente de *rechazo y desapego* al barrio, en el que prácticamente sólo ven una denigración social y una degradación física; ellos son quienes sufren más fuertemente las consecuencias externas del estigma. A caballo, están quienes se criaron en La Mariola durante los años ochenta y noventa, se mueven entre el buen recuerdo y el rechazo; conocedores del estigma y sabedores de la mala reputación no ponen interés en

definir o mostrar las consecuencias que supone para ellos. Así pues, se extrae de los relatos de los vecinos, que hay una convivencia de diferentes discursos generacionales donde los más mayores hablan de La Mariola como un pueblo con fuertes relaciones vecinales y familiares y los más jóvenes de un *espacio de microlugares* fragmentado social y geográficamente que fomenta el desapego y la desidentificación con el barrio.

El discurso de los medios de comunicación locales es marcadamente diferente al analizado en otros casos de estigmatización territorial. La Mariola, durante los últimos tiempos, ha sido invisibilizada en los medios a través de un escaso seguimiento, lo que ha conllevado un desconocimiento de la verdadera situación, llegando la información parcial y segmentadamente, algo que contrasta con muchos casos analizados donde suelen alimentar el estigma. . Por otro lado, la gente del barrio, en una estrategia contra el estigma interno, adopta un *discurso de denigración lateral*, en el que se tacha a vecinos de incivilizados o salvajes, tomando como referencia películas, series o programas de televisión.

También, las *experiencias subjetivas* son claves para completar la percepción sobre el barrio, tanto para los de afuera como los de dentro. Los vecinos “de arriba” o los “de abajo”, su comportamiento, el encuentro con inmigrantes, problemas personales con el incivismo o la delincuencia o la cercanía en las ocupaciones de pisos, son elementos claves para que quienes viven o visiten el barrio adopten posiciones que están en mayor o menor medida acordes con el estigma territorial y los prejuicios que lo acompañan. Estos *prejuicios*, que actúan sobre el territorio -y también sobre la condición de raza o etnia: un estigma social localizado- proponen los marcos y los esquemas cognitivos con los que se filtra y categoriza la experiencia. En este sentido, las instituciones se han mostrado portadoras de estigmas dentro de sus mecanismos de funcionamiento. El estigma territorial, presente a la hora de asignar o no empleo, se ve ocultado, por los trabajadores de las instituciones, quienes creen que el problema es el bajo capital cultural de quienes acuden a ellos en busca de empleo. Los mecanismos de funcionamiento, sobre todo a través de los empleados sociales tienen incrustados los prejuicios que recaen sobre dichas personas. Los habitantes de La Mariola sufren pues dos tipos de *discriminación*: una procedente *desde arriba*, que tiene como agente a las instituciones, organizaciones y empresas y que se muestra visiblemente en el funcionamiento del mercado laboral e inmobiliario; otra

procedente *desde abajo*, que se produce tanto dentro como fuera del barrio. Desde dentro se produce una discriminación lateral que consiste en la denigración del vecino con una posición social más baja; desde afuera en la puesta en práctica de los prejuicios, que se muestra en su puesta en práctica en el encuentro, como hemos visto por ejemplo en los encuentros en las fiestas nocturnas.

Se han mostrado en La Mariola *cinco estrategias* con las que se intenta contrarrestar el estigma: discriminación lateral; distinción entre sectores del barrio, es decir, existencia de “microlugares”; negación de pertenencia; relegación a la esfera privada; y un quehacer cotidiano fuera del barrio. A éstas, hay que añadirle el uso de la identidad, que aunque está formada tanto desde dentro como desde fuera, es usada como un medio para contrarrestar el estigma e intentar equilibrar la diferencia de capital simbólico.

La *movilidad* geográfica se ha visto como una respuesta al estigma territorial en lo que respecta a la movilidad social *ascendente -huida* del barrio ante mejor posición social-, pero también, de forma más indirecta con la salida del barrio por causas de problemas vecinales y *movimientos forzosos* producidos por desahucios. En cambio, no se ha visto que La Mariola sea un lugar de donde se huya ante la mínima posibilidad; la abertura de nuevas viviendas en el barrio ha demostrado que sigue quedando *arraigo y apego*, pues algunos vecinos han querido instalarse allí para conservar la proximidad con el barrio. También respecto a la movilidad geográfica podemos decir que La Mariola tiene un *estigma como barrio pobre* al que van habitantes de otras zonas con diversos problemas socio-económicos.

Finalmente, la *erosión del capital social* se ha visto como una consecuencia y, a la vez, un factor importante para la fijación del estigma territorial. A pesar del fuerte uso tradicional en La Mariola de los *lazos fuertes*, que pueden servir, para “ir tirando”, en la actualidad, destaca una fuerte fragmentación de los lazos tanto dentro del barrio como fuera. En este sentido, sobresale la existencia de un *capital social negativo* que tiene que ver: primero, con la debilidad de las instituciones para fomentar nuevos lazos sociales; y segundo, con las consecuencias de presiones de solidaridad entre gitanos: un capital social *informal* negativo

En la introducción, comentaba el trato que le daba al estigma, no como una relación entre ciudadano y territorio únicamente, sino que también era un proceso que se movía entre la administración, las instituciones presentes en el barrio y su actitud ante el territorio. Sin duda, La Mariola, tiene como principal característica, en relación a su estigmatización, la fuerte *presencia estatal* y su participación en tal proceso. No únicamente a partir de sus políticas de vivienda, sino también en su fuerte presencia, la ineficacia de sus instituciones y el trato desigual en comparación a otros barrios de la ciudad. La Mariola es en la actualidad una zona de control social de la pobreza y así lo ven sus habitantes..

Como bien se planteaba en la introducción han entrado en juego tres partes fundamentales: los intereses estatales (organizaciones, instituciones y Estado); la percepción y los prejuicios; y finalmente, factores estructurales donde participa el medio urbano.

La hipótesis sobre la cual La Mariola, como barrio perteneciente a una *ciudad intermedia*, podía tener características diferenciadas respecto al estigma de las grandes metrópolis ha resultado débil. Las características básicas que afectan a las grandes ciudades actuales respecto del estigma territorial también tienen presencia y actúan de una forma similar en La Mariola. La diferencia más destacable es la facilidad de fajarse del *estigma a partir de la movilidad geográfica*: realizar la vida cotidiana en otro lugar y cambios de residencia. En este sentido, destaca la relación entre los dos barrios más estigmatizados de la ciudad, La Mariola y el Centro Histórico, donde existe una fuerte relación de movilidad geográfica y que da posibilidad de un desplazamiento geográfico sin pérdida de capital social.

Evidentemente, La Mariola está inmersa en el funcionamiento global de la sociedad, sobre todo, en lo que se refiere a las consecuencias locales de lo global: fuerte desempleo, individualización, exclusión, etc. -lo que Wacquant denominaba “*la desconexión funcional de las tendencias macroeconómicas*”- pero sobre todo, en la nueva forma de marginalidad con la principal característica de la *concentración de la pobreza*, como sugieren Castells (1989) y Wacquant (2000, 2007) entre otros. Las seis características básicas que formula Wacquant sobre la marginalidad avanzada (ver páginas, 20 y 21) se dan en La Mariola en mayor o menor medida, pero no es posible una equiparación a la profundidad con la que actúan en los guetos estadounidenses, ni siquiera en las *banlieues* francesas. Aunque La Mariola pudiera tener una función de control sobre la pobreza su equiparación con tales

zonas de relegación y control de la marginación, como apuntan Wacquant en Estados Unidos y Lapeyronnie en Francia, está lejos de la realidad.

De esta manera, el estigma territorial se ha planteado como un estudio pertinente en el que destaca sobre todas las demás características del barrio, especialmente, por su efecto en todos los habitantes, a diferencia de otras características como desempleo, analfabetismo, precariedad, etc. En realidad, como bien apuntan diversos autores, poca es la importancia de lo que realmente pasa, pues en La Mariola no existe una gran actividad criminal, ni una exagerada venta pública de drogas u otros productos; la importancia radica en la creencia de que aquello que creen pasa. Como apunta Lapeyronnie, la segregación espacial aparece como causa y consecuencia de una *imagen deteriorada*.

Las cuatro estrategias de auto-protección, que nombra Wacquant, existen en La Mariola: creación de micro-diferencias; denigración lateral; retiro a la esfera privada; y huída del barrio. A la que hay que añadir, la negación de pertenencia y el quehacer cotidiano fuera del barrio. En cambio, no se pueden equilibrar los resultados territoriales que Wacquant nombre para el gueto negro como “batalla entrópico peligrosa”: no existen prácticamente lo que él denomina depredadores callejeros, ni por el contrario sus opuestos; los organismos de vigilancia no ocupan la calle; y no hay una gran presencia de depredadores institucionales en busca de beneficio -a excepción de la acumulación de pisos por parte de la administración y de las entidades bancarias-. El territorio es más bien un reflejo de la fragmentación social, que tiene como base la localización de grupos en diversos puntos.

Lo que caracteriza a La Mariola, y confluyendo con Lapeyronnie para el gueto francés, es la *desconfianza* tanto dentro del barrio como en la relación dentro-fuera y la incrustación del estigma en los mecanismos de funcionamiento de las instituciones, principalmente de las que sirven de apoyo para la entrada en el mercado laboral. Los trabajadores sociales tienen incorporados los prejuicios de la mayoría de la población: prejuicios sobre la etnia, la raza o el capital cultural convertido en capital simbólico negativo -y que es prácticamente tratado como una patologización, como se refirió en el marco teórico (pág. 29). También son fuertemente influyentes los medios de comunicación proporcionando imágenes estereotipadas de estos barrios, que después son usados por la gente de La Mariola. Hemos visto en este sentido las referencias de otros barrios y de series y programas de televisión

que sirven a los habitantes del barrio como medios de comparación. Habría que dar la razón para el caso de La Mariola a Arthurson, Rogers y Darcy (2014) cuando afirma que la serie “Housos” es un instrumento de refuerzo del estigma.

También como se apuntaba en el marco teórico, la relación entre estigma territorial y capital social ha resultado ciertamente importante. Principalmente, en tres sentidos: un *fortalecimiento de los lazos de proximidad* -sobre todo, para la etnia gitana-; un *capital social negativo formal* para todo el barrio, e *informal* para la etnia gitana; y finalmente, la *conversión del capital social y del capital cultural en un capital simbólico negativo*. Como aseguran Kessler (2012) y Warr (2005), esto ha debilitado la capacidad de los habitantes del barrio para organizarse. En el caso de La Mariola, he propuesto el tema de las fiestas populares como un posible ejemplo de la dificultad de organización interna del barrio en la que entraban en juego la discriminación simbólica y estructural hacia el barrio. Víctima de esta discriminación era la escuela, que no sólo actúa como medio de estigmatización de los alumnos, sino que es estigmatizada por muchos de los habitantes del barrio.

Finalmente, en general, se puede destacar una erosión generalizada del capital social, sobre todo en relación a los lazos débiles, pero también se puede negar la diferenciación que realiza Putnam del capital social *de proximidad* como excluyente y el capital social *punte* de incluyente. Los lazos fuertes se han mostrado útiles durante la historia del barrio como fuentes de solidaridad, como apuntaban Leonard (2004) y Fol (2010): por ejemplo, se ha mostrado en La Mariola, la utilidad en el cuidado de los niños y de su vigilancia.

Por último, hay que destacar lo que he decidido llamar *prácticas pseudoagresivas* de los jóvenes de La Mariola; una práctica relacionada con la discriminación simbólica *desde abajo*, principalmente, y que trata de la conversión del capital simbólico negativo en una puesta en escena, que en muchas ocasiones puede actuar como potenciador del estigma sobre La Mariola.

El estigma territorial, aunque central y de relativa nueva importancia en la nueva pobreza urbana, claramente, no es el único problema a solucionar en los lugares donde se ve

concentrada tal pobreza. Resolver las consecuencias del estigma sobre quienes lo habitan puede parecer un tema central tras analizar la estructura de la marginación, pero no será una solución fiable y duradera sino se acotan las desigualdades sociales, principalmente, de clase y de etnia, que generan, acompañan y acentúan el estigma territorial. La creciente polarización de la sociedad, que tiene un claro reflejo en estos barrios situados en el margen social -y en muchas ocasiones también geográfico- no sólo golpea simbólicamente a quienes están en la parte más baja de la estructura social, ni únicamente resta dignidad a quienes padecen la discriminación; factores estructurales -como son el acceso al trabajo, a la vivienda o, en los últimos años, al sistema educativo de calidad-, lo hacen directamente sobre las bases económicas de la clase trabajadora tradicional y de su forma de vida. Los “ajustes estructurales” vividos en las últimas décadas, más fuertemente en los últimos años en España, y el agotamiento del Estado social, conlleva que quienes formaban parte de la clase trabajadora sean, cada vez más, relegados a una clase social marginal y a unas desigualdades sociales crecientes.

A continuación, hago una relación de propuestas generales y ciertamente superficiales, pero que pueden servir de dirección y ejemplos de una actuación directa y donde no todas tienen por qué ser explícitamente localizada en el territorio.

Seguramente, la actividad policial centrada en el tráfico de drogas y en peleas en las calles sea la forma de intervención predilecta en estas zonas relegadas -como se ha visto en La Mariola desde que se realizara una reunión con el Ayuntamiento- a causa de su repercusión y de “éxito” a corto plazo. Ya sabemos que el tráfico de drogas y su consumo -al menos en estos barrios- tienen más que ver con las dificultades económicas y con la superación de la indignidad que padecen que con una forma autodestructiva o de pérdida de esperanza, como demostró Bourgois (2010). En este sentido, la actuación de la administración ha de evitar la ocupación de las calles por parte de la policía y su control represivo que, aunque sea demandado por parte de algunos habitantes actúa directamente contra el sentimiento de dignidad y pertenencia al lugar.

La administración ha de ser un medio pacificador, que aporte lazos entre barrios segregados y relegados y el resto de la sociedad. Pero antes, se ha de hacer que las personas recuperen el respeto buscado, y mientras en la sociedad actual el trabajo legal sea el centro del

funcionamiento social, el respeto sólo puede verse recuperado a través del mismo trabajo y de un sueldo digno; y en su ausencia, ha de ser suplido por una Renta Básica Ciudadana que aleje a jóvenes, mujeres y desempleados del trabajo informal-doméstico o ilegal-callejero. Esta Renta Básica ha sido demostrada como sostenible para España y Cataluña en muchos medios que apuestan por una economía alternativa. Es necesario reformar el Estado de Bienestar, no con “ajustes estructurales” sino adaptándose a las nuevas exigencias socio-económicas. La Renta Básica puede suponer una forma de dignidad en cuanto ésta permita la separación entre subsistencia y trabajo y facilite la suficiente autonomía para poder seguir accediendo a la vivienda y educación.

Por otro lado, los programas del Estado social, como el *Pla de Barris* en La Mariola, no han de estar rellenos con actuaciones semi-vacías de contenido -por ejemplo, en La Mariola, se construyeron rotondas, nuevas avenidas “de acceso”, se pintaron casas- ni han de ser actuaciones temporales que caigan en el olvido. Estos planes, seguramente erróneos en la creencia de que han de estar localizados, han de tener continuidad cuando desaparecen como tales y, para ello, se han de crear estructuras fuertes controladas por la ciudadanía, evitando la instalación de “apoltronados” en sus puestos. Es necesario pues, crear asociaciones más abiertas y transparentes y evitar el clientelismo entre quienes ocupan los puestos de mando en instituciones y organizaciones. No puede existir un discurso generalizado que recrimine la carencia de representatividad de quienes están en las negociaciones y en la toma de decisiones de los barrios.

Por otro lado, hay que actuar contra los problemas de vivienda que afectan a estos barrios y en particular a La Mariola -en la actualidad es el problema principal del barrio, casi el único motivo de presencia en la prensa y, sin duda, se convertirá en un potenciador del estigma del lugar. La burocracia se presenta lenta e ineficaz ante los problemas particulares del barrio: desahucios, daciones en pago, realquileres, ocupaciones, etc. La administración ha de cambiar la forma de actuar y agilizar los procesos para minimizar los daños. Si bien, la principal solución sería ilegalizar los desahucios y actuar contra quienes los llevan a cabo, en su defecto, se han de ceder las viviendas vacías que aún están en posesión de la administración -y negociar con las entidades bancarias- a la ciudadanía para que se creen cooperativas de vivienda que aceleren procesos y minimicen daños; buscando una gestión

ciudadana con la intención de rehabilitar edificaciones deterioradas y enfrentándose no sólo a la necesidad de vivienda para las clases populares, sino también a los procesos de declive y degradación.

Siguiendo esta línea, y ante el fracaso de la administración local de generar nuevos comercios, han de inclinarse por crear “empresas de barrio” que apunten a mejorar el entorno y la cohesión social. La idea es salir de la vieja idea del negocio clásico y adentrarse en empresas de mejora de viviendas, energía y medio ambiente en la que participen sus habitantes y colaboren a cambio de un cierto tipo de “beneficio”, y además que estas empresas puedan salir fuera del barrio y generen ciertas ganancias para seguir adelante, sean autosuficientes y económica y medioambientalmente sostenibles.

En todo esto, el Ayuntamiento, y el resto de organizaciones, han de crear una ciudad policéntrica, que cuente entre sus núcleos los barrios relegados que estén alejados de los grandes centros comerciales. Como se dijo durante el trabajo, La Mariola, no ofrece ningún equipamiento de ciudad ni ningún tipo de monumentalización; se han perdido las fiestas y las actividades en la calle y los habitantes de Lleida no pasean por ellas. Por lo tanto, es necesario recuperar las actividades populares en las calles, que inviten a los habitantes de Lleida a visitar el barrio y que creen una sensación de territorio digno y de apego hacia él a través de un lugar vivo y rico en relaciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAMBURU, M. (2000). *Bajo el signo del gueto. Imágenes del "inmigrante" en Ciutat Vella*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- ARTHURSON, K. (2004) "From stigma to demolition: Australian debates about housing and social exclusion", *Journal of Housing and the Built Environment* 19 (3): 255-270.
- (2013). Mixed tenure communities and the effects on neighbourhood reputation and stigma: Residents' experiences from within. *Cities*, 35, 432-438.
- ARTHURSON, K., DARCY, M., y ROGERS, D. (2014): Televised territorial stigma: How social housing tenants experience the fictional media representation of estates in Australia. *Environment and Planning A*, 46, 000-000.
- AUYERO, J. (1997). Wacquant in the Argentine Slums: Comment on Loïc Wacquant's "Three Pernicious Premises in the Study of the American Ghetto". *International Journal of Urban and Regional Research*, 21(3), 508-511.
- (2001): Introducción: "Retratos etnográficos de violencias urbanas" en Wacquant: *Parias Urbanos*. Buenos Aires: Siglo XXI
- AUYERO, J., & BERTI, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz Editores
- BAUMAN, Z. (2006): *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjero*. Barcelona: Arcadia
- (2010): *La globalización: Consecuencias humanas*. México: Fondo de cultura económica.
- BECK, U. (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Surcos 25.
- BELLET, C y MÒDOL, J. R (2007): La Mariola: de polígonos de vivienda pública o barrio urbano. Coloquio y Jornadas de Campo de Geografía Urbana. VIII. 2006. Mahón, 47-70

- BLANC, M. (2010). Le ghetto en France : La fi d'un tabou. *Espaces et sociétés*, 140-141, 215-222.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1997): *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Taurus.
- BORJA, J. y MUXÍ, Z.,(2001): *L'espai Public: Ciutat i Ciutadania*. Barcelona: Diputació de Barcelona
- BOURGOIS, P. I. (2005): Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador en Ferrándiz, F., & Feixa, C: *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- (2009): Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas. Guatemala: Violencias desbordadas, 1-27.
 - (2010): *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Avellaneda: Siglo Veintiuno Editores.
- BOURDIEU, P. (1985): "The Forms of Capital", en Richardson, J. (ed.): *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York: Greenwood.
- (1999). Efectos de lugar en *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- CALDEIRA, T. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- CASTELLS, M. (1989): *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1998): *La era de la información. Fin del Milenio Vol.3*. Madrid: Alianza,.
- CLIFFORD, J. (1991). Sobre la autoridad etnográfica en Reynoso, C.: *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México: Gedisa Editorial,141-170.
- COLEMAN, J. (1990): *Foundations of Social Theory*, Chicago: University of Chicago Press

- DELGADO, M.(Coord.) (2003): *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona (1951-2000)*. Barcelona: IPEC-Departament de cultura, Generalitat de Catalunya.
- DELGADO, M. (2011): *El espacio público como ideología*. Madrid: Catarata.
- EKSNER, H. J. (2013): Revisiting the 'ghetto' in the New Berlin Republic: immigrant youths, territorial stigmatisation and the devaluation of local educational capital, 1999–2010. *Social Anthropology*, 21(3), 336-355.
- FERNÁNDEZ-KELLY, M. P. (1995): Social and cultural capital in the urban ghetto: Implications for the economic sociology of immigration, en A. Portes (1995): *The Economic Sociology of Immigration*, Nueva York: Russel Sage Foundation.
- FERRÁNDIZ, F. (2005): Venas abiertas: africanos y vikingos entre los jóvenes espiritistas venezolanos en Ferrándiz, F., & Feixa, C. (Eds.): *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Barcelona, Antrophos.
- FOL, S. (2010) : Mobilité et ancrage dans les quartiers pauvres: les ressources de la proximité, *Regards Sociologiques* 40, 27-43.
- FRAILE, P. (2012): *Delito, victimización y conflicto en la ciudad de Lleida (2008-2011)*. Edicions i Publicacions de la Universitat de Lleida.
- FORREST, R. (2004). Who Cares About Neighbourhoods?: ESRC Centre for Neighbourhood Research 26. University of Glasgow y University of Bristol
- GARBIN, D., y MILLINGTON, G. (2012): Territorial stigma and the politics of resistance in a Parisian *banlieue*: La Courneuve and beyond. *Urban studies*, 49(10), 2067-2083.
- GARCÍA VÁZQUEZ, C: (2004): *La ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Barcelona: Gustavo Gili
- GOFFMAN, E. (2008) [1963]: *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRANOVETTER, M. S. (2000) [1974]: La fuerza de los vínculos débiles. *Política y sociedad*, (33), 41-56.

- GUERRERO, A. (2005): “Prefacio”, en Bretón, V., *Capital social y etnodesarrollo en los Andes*. Quito, Centro Andino de acción popular, 11-18
- HANNERZ, U. (1986): *Exploración de la ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HARVEY, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- KESSLER, G. (2012): Las consecuencias de la estigmatización territorial: Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios en blanco. Serie indagaciones*, 22(1), 165-197.
- LAPEYRONNIE, D. (2008): *Ghetto urbain: ségrégation, violence, pauvreté en France aujourd'hui*. París: Robert Laffont.
- LEONARD, M. (2004): Bonding and bridging social capital: Reflections from Belfast. *Sociology*, 38(5), 927-944.
- LYNCH, K. (1998) [1960]. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1999): Multiculturalismo a la española. El Parque Ansaldo en Alicante en *Pobreza, segregación y exclusión espacial*. Barcelona: Icaria Editorial
- MÉNDEZ, R. (2008): Globalización y organización espacial de la actividad económica, en J. ROMERO. (Coord.): *Geografía Humana: Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona: Ariel.
- MOONEY, G. (2008): Urban nightmares and dystopias, or places of hope? *Variant*, 33, 14–16.
- MORENO, L. (2007): “Europa social, bienestar en España y la malla de seguridad”, en Espina, A. (coord.): *Estado de bienestar y competitividad. La experiencia Europea*. Madrid: Fundación Carolina/Siglo XXI
- NAROTZKY, S. (2010): “Reciprocidad y capital social: modelos teóricos, políticas de desarrollo, economías alternativas. Una perspectiva antropológica”, en Bretón, V. (ed.), *Saturno devora a sus hijos. Miradas críticas sobre el desarrollo y sus promesas*. Barcelona: Icaria, 127-174.

- PEACH, C (1998). "Loic Wacquant's 'Three pernicious premises in the study of the American ghetto'." *International Journal of Urban and Regional Research* 22(3), 507-510.
- PORTES, A. (2012): *Sociología económica de las migraciones internacionales*. Madrid: Anthropos.
- PUTNAM, R. D. (1993): *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- (2001): Social capital: Measurement and consequences. *Canadian Journal of Policy Research*, 2(1), 41-51.
- QUICENO, N., y SANÍN, P. (2009): Estigmas territoriales y distinciones sociales: Configuraciones espaciales en la ciudad de Medellín. *Anagramas-Rumbos y sentidos de la comunicación-*, 7(14), 115-132.
- SAN ROMÁN, T. (1991): La marginalización como dominio conceptual. Comentarios sobre un proyecto en curso. *Antropología de los Pueblos de España*.
- SARAVÍ, G. A. (2008): Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Eure (Santiago)*, 34(103), 93-110.
- SASSEN, S. (1998): *Los espectros de la globalización*. S.L: Fondo de cultura económico.
- SAVAGE, M. (2010). The politics of elective belonging. *Housing, theory and society*, 27(2), 115-161.
- SLATER, T., y ANDERSON, N. (2012): The reputational ghetto: territorial stigmatisation in St Paul's, Bristol. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 37(4), 530-546.
- SMITH, N. (2005): El redimensionamiento de las ciudades: la globalización y el urbanismo neoliberal en Harvey, D., y Smith, N. (2005). *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*. Barcelona: Univ. Autònoma de Barcelona, 59-78.
- THOMAS, W. I. (2005)[1923]. La definición de la situación. *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, (10), 27-32.

UITERMARK, J., DUYVENDAK, J. W., y KLEINHANS, R. (2007): Gentrification as a governmental strategy: social control and social cohesion in Hoogvliet, Rotterdam. *Environment and Planning A*, 39(1), 125.

VILAGRASA, J. (1990). *Creixement urbà i producció de l'espai a Lleida (1940-1980)*. Barcelona : Institut Cartogràfic Català.

WACQUANT, L. J. (1998): Negative social capital: State breakdown and social destitution in America's urban core. *Netherlands journal of housing and the built environment*, 13(1), 25-40.

- (2004). Las dos caras de un gueto. La construcción de un concepto sociológico. *Renglones* 56, 72-80

- (2007a): *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. Avellaneda: Siglo veintiuno editores.

- (2007b): La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada. *Ciencias sociais Unisinos*, Sao Leopoldo: Universiade do Vale do Rio dos Sinos, vol. 43, núm. 3. ISSN (Versión Impresa), 1519-7050

- (2013) [1997]: "Tres premisas nocivas en el estudio del gueto norteamericano." *Revista INVI* 28 (79), 165-187.

WACQUANT, L., SLATER, T., y PEREIRA, V. B. (2014). Territorial stigmatization in action. *Environment and Planning A*, 46(6), 1270-1280.

WARR, D. J. (2005a): Social networks in a "discredited" neighbourhood. *Journal of Sociology*, 41(3), 285-308.

- (2005b): There goes the neighbourhood: the malign effects of stigma. *Social City*, 19, 1-11.

WIRTH, L. 1927. 'The ghetto', *The American Journal of Sociology* 33(1), 57-71.

